

Leonardo Felipe Olivos Santoyo  
**Sujeto, verbo y movimiento**  
Los verdes en México



281490



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES



Sujeto, verbo y movimiento  
Los verdes en México

T E S I S

que para obtener el título de Licenciado en Ciencia Política y Administración  
Pública presenta: LEONARDO FELIPE OLIVOS SANTOYO

México, D. F.,

2000

**A**ntes que nada, este trabajo va en prenda para saldar una deuda de toda la vida. Para mis madres Cecilia Santoyo y mi alma matter la Universidad Nacional Autónoma de México.

Para aquellos con quienes comparto una profunda identidad colectiva, estrechos lazos solidarios y ganas de seguir cambiando al mundo. A Laura, Nicolás, Alejandro, Cecilia, Aurora, Marco, Elena, Hadhyn, Gabriel y Leslie.

A mi papá Nicolás Olivos.

A Kevin O'Brien por ser el incentivo principal para colocar el punto final.

A mis profesores, especialmente los del CEPPSTUNAM, lugar en donde además del ABC, aprendí jugando los encantos de la rebeldía.

Para Angélica, René, Yuri, Alejandro B., Teresa, Nahún, Alejandro L., Gabriela, Georgina, y demás fauna de la facultad a quienes además de los memorables años de licenciatura, nos une la vida y la muerte.

A Lucía Álvarez y Alicia Márquez por nuestro amor común a la Ciudad, la cumbia y el danzón y por este espacio de catarsis y reflexión que hemos edificado en nuestro Centro.

A los Doctores Fernando Isunza y Ricardo Winkelman con mi cariño, respeto y agradecimiento eterno.

Para Angélica Cuéllar por su paciencia y dirección siempre afectuosa.

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN - - - - -	6
CAPÍTULO 1	
LOS DEBATES EN TORNO A LOS MOVIMIENTOS SOCIALES - - - - -	12
La crisis del marxismo y los nuevos movimientos sociales, 12	
Sociedad civil y movimientos sociales, 23	
CAPÍTULO 2	
..Y SIN EMBARGO SE MUEVE. APROXIMACIÓN A LOS LLAMADOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES - - - - -	35
Hipótesis y premisas para comprender la acción colectiva. De los comportamientos irracionales a los valores posmateriales, 35	
Los movimientos sociales: la construcción de un modelo, 42	
La novedad de los llamados Nuevos Movimientos Sociales, 54	
La dimensión política de los movimientos sociales, 70	
CAPÍTULO 3	
TODO EL PODER A LAS FLORES - - - - -	88
Las simientes de la revolución verde, 88	
La morfología del movimiento verde en la capital del smog, 98	
<i>El Estado, el subdesarrollo y otros elementos más del entomo ecologista,</i> 98	
<i>Vicios y virtudes: algunos rasgos de origen,</i> 108	
<i>Herramientas para armar un rompecabezas,</i> 119	
<i>Los bemoles de la institucionalización,</i> 128	
<i>De la acción contestataria a la propuesta,</i> 134	
CONCLUSIONES - - - - -	140
BIBLIOGRAFÍA - - - - -	147

## INTRODUCCIÓN

**A**l borde del Siglo XXI, cuando la rapidez en los cambios adquiere tintes de vértigo, las palabras, los conceptos, las tesis y las teorías parecen tímidos esfuerzos por aprehender una realidad que se escabulle y esconde por vericuetos y pasajes secretos. Esta realidad pariente de los camaleones y las gacelas se ufana por demostrar, en cada momento, la inocencia de los utensilios con los que el hombre emprende la cacería para asirse de ella. Con los colores del arco iris se muda de ropajes, se inventa formas y texturas diversas para que nadie conozca su identidad. Esta realidad, reina del azar y la accidentalidad, no permite ser atrapada en las redes de las causas y los efectos, se niega a quedar sometida bajo las estrictas reglas del método científico. En cambio, parece exigir de sus captores menos soberbia y mayor humildad, permite acercársele siempre y cuando sea a través de sutilezas e imaginación.

Contrario al optimismo con el que la humanidad cerró los mil ochocientos para abrir el nuevo siglo, al filo del año dos mil el clima se dibuja sombrío y cierta fatalidad permea al pensamiento. Las humanidades como las artes capturan el sin sentido de la época y recrean una realidad cercana a la catástrofe. Así, la sociología se tiñe de desesperanza y el posmodernismo se erige como la sin respuesta, el pragmatismo se apodera de la política, mientras lo neoliberal se convierte en la única certeza económica. Todo ello en un escenario de pobreza creciente, de falta de modelos alternativos y de una profunda desarticulación social vivida con especial dramatismo en los países del Tercer Mundo.

Quienes incursionamos por vez primera en el mundo de las ciencias sociales podemos dejarnos caer en esta inercia, o bien, asumir como un *a priori* que el interpretar la realidad es un “largo y sinuoso camino” y que nuestro compromiso (sin despegar los pies de la tierra) es el de los sueños, la construcción de utopías. “Y es que para las ciencias sociales en general, es impensable un modelo social sin una etapa futura, porque al hacerlo se tendría que renunciar también al contenido humanista, al principio de que la historia está o debe estar orientada hacia la satisfacción de las necesidades de los

hombres y hacia un orden que potencie sus cualidades más elevadas: la comunicación racional, la igualdad de oportunidades, la concordia, el incremento de la cultura y el cultivo de las artes, el cuidado del cuerpo, etcétera” (Zermeño, Sergio, 1989: 122).

Es en esta era de cambios vertiginosos y de opciones múltiples que se inscribe la presente tesis. Su ingrediente: justo una de las fuerzas que mueven al mundo: los movimientos sociales, y específicamente aquel que ha convertido en reivindicaciones políticas las aves y los desiertos, los pinos y los manglares.

¿Por qué movimientos?

Basta con salir a la calle, pasear por el Zócalo capitalino y presenciar un mitin protagonizado por cientos de expulsados de Pemex que demandan su reinstalación, o quizá amas de casa de Polanco hartas de la violencia, o bien del movimiento cívico de San Luis Potosí exigiendo limpieza electoral en cierto municipio de la Huasteca. Podemos presenciar en el mismo sitio y en el mismo momento dos concentraciones con signos ideológicos diferentes y hasta opuestos. Del otro lado de la ciudad, los gays salen del ghetto, se apoderan del Museo del Chopo y entre música y pintura reclaman la legitimidad de su preferencia. Un puñado de monjas se deciden por la opción hacia los pobres y constituyen el Comité Eclesial de Base de la colonia Guerrero; mientras, las prostitutas de la Merced cansadas de la extorsión policiaca fundan cierta asociación civil, que entre otras cosas, busca detener la propagación del SIDA entre las de la llamada “profesión más antigua del mundo”. Lejos de intentar medir el grado de madurez de nuestra *sociedad civil*, sólo podemos inferir que en ésta se ha generado una eclosión de demandas y reivindicaciones, múltiples identidades colectivas dan cuerpo a otros tantos sujetos sociales, quienes hoy exigen salir a escena por la puerta principal.

Pero la fascinación no proviene exclusivamente de las coreografías multitudinarias que se escenifican en la ciudad, el encanto por la masa nace también del impacto que generan en la configuración de los escenarios políticos y el desafío permanente a las formas institucionales de hacer política. De cómo de entre los hilos que conforman la vida cotidiana emergen colectividades que cuestionan y resignifican lo hasta entonces “normal” e “inmutable” para emprender caminos alternos que trastocan el orden establecido. De cómo desde fuera del Estado y en general del sistema político, grupos de diversa índole vienen a romper con el monopolio que sobre lo público parecían detentar los gobiernos, los partidos o los grupos de presión, insertando, a su vez, nuevas discusiones e innovando formas de acción y organización.

Frente a un escenario de tal naturaleza, una preocupación central guía la presente tesis; buscar los puentes entre dos universos hasta hace poco claramente diferenciados: el mundo de lo social y el mundo de la política.

La modernidad, nos dice Sartori, permitió a la política alzarse autónomamente y distinguirse de las determinantes éticas y económicas. Dicha evolución tiene su correlato teórico en la obra de Maquiavelo, quien brindó los cimientos de una disciplina que dio

cuenta de un universo particular regido por los imperativos del poder e independiente de cualquier consideración moral o religiosa. Durante el siglo XX, la autonomía se transformó en preeminencia, a lo largo de estos años la humanidad ensayó diversas formas de organizarse dando como resultado el fortalecimiento del Estado y la colonización de éste sobre otras esferas de la vida social. Sin embargo, desde finales de la década de los sesenta, un proceso inverso comienza a ser advertido: a partir de ese momento, los ciudadanos suelen servirse con mayor intensidad del repertorio legal de recursos participativos, al mismo tiempo que someten a los sistemas a una incertidumbre constante, al desplegar formas no institucionales de participación o de *política contenciosa* (Tarrow Sidney, 1997).

En suma, es un fenómeno que vuelve a redimensionar las fronteras Sociedad-Estado, pero ahora desde la perspectiva de una sociedad que politiza sus relaciones e instituciones, que pretende acotar al Estado y alzarse ella misma como el territorio en donde los proyectos de transformación de corto y largo plazo deben confluir, reeditando de tal forma las discusiones ya olvidadas sobre la sociedad civil y colocando dicha categoría en el centro de las teorías y utopías de hoy.

Dentro de este ámbito denominado sociedad civil, tejido a través de múltiples procesos asociativos, los movimientos sociales juegan un papel central, debido posiblemente a la visibilidad que alcanzan y a su carácter potencialmente masivo, sobresalen de otros fenómenos colectivos que aquí se mueven. En esa medida, constituyen los referentes empíricos que apuntalan, como ningún otro, el mantenimiento de las fronteras sistémicas que diferencian el universo civil de los sistemas político y económico, en donde la solidaridad y la acción comunicativa constituyen los imperativos que articulan y posibilitan su existencia.

Uno de estos movimientos que emerge de los intersticios de la vida cotidiana viene a problematizar y a dotar de nuevos significados a aquello que por inmediato y ordinario fue valorado de intrascendente; esto es, la relación medio ambiente-sociedad. No sin premoniciones funestas y escenarios apocalípticos, los ecologistas construyeron políticamente un tema que muy pronto y gracias a la numerosa evidencia se transformó en uno de los grandes retos de la especie y de la civilización: la crisis ambiental.

La dimensión de dicha crisis era de tal magnitud que en juego se encontraba el destino de la vida planetaria, una catástrofe de dimensiones civilizatorias fue anunciada por los activistas verdes, quienes, lejos de coincidir con las imágenes de inofensivos amantes de animales, procrearon una de las críticas más feroces hechas a la civilización y a la humanidad. Ningún rincón quedó a salvo; la ciencia, la tecnología, el desarrollo capitalista, los valores de consumo y de propiedad, la organización política, las relaciones familiares. En síntesis, todo espacio y actividad humana fue sometido al más severo de los juicios.

Dicho cuestionamiento, por otro lado, entrañó una propuesta de transformación histórica muy distinta a aquellas que inspiraron a los movimientos de la clase obrera. De



entrada, las ideas de futuro lejos de adoptar una sistema de creencias coherente constituían una serie de principios difusos que difícilmente se asumían íntegros por el grueso del movimiento. Pero además, los propios resultados de las experiencias revolucionarias, sumado al desencanto, proveyeron algunas enseñanzas que fueron incorporadas a la praxis ecologista. Se reconoció que en las sociedades contemporáneas no existe un centro rector que asegure la reproducción del sistema o en dado caso su transformación, como así lo suponía el marxismo. Es decir, se dejó de pensar en el Estado y en su monopolio como la clave para modificar los demás espacios sociales, y de esa forma, la relación con la naturaleza.

El territorio de la utopía ecologista reconocía otros terrenos y prefiguraba distintas formas de acción, que a pesar de adoptar formas no institucionales, se han caracterizado por su *autoncontención*. Esto es, la renuncia a tácticas y estrategias de transformación radical, y por el contrario, la práctica de formas de actuar en el extremo del reformismo.

De esta manera, tenemos un movimiento que no sólo genera acciones de impacto socio-histórico y en esa medida claramente políticas, sino que también dota a la propia praxis política de contenidos y formas singulares que llevan a discutir forzosamente lo que en la actualidad se está comprendiendo bajo la noción de lo político. Esta problemática conforma el hilo conductor de la presente tesis: saber cómo estos nuevos agentes, entre ellos los ecologistas, establecen acercamientos distintos con el poder y con el espacio público. Sin embargo, responder a ello requiere de precisar ¿quiénes son estos sujetos? ¿Cuáles son aquellos componentes analíticos que los hacen diferentes de otros fenómenos colectivos? ¿En dónde estriba su novedad?

La naturaleza de las preguntas y el propio objeto de estudio fueron puerto de entrada a una diversidad de campos de naturaleza teórica, de los que fue difícil escapar. Aunado a la discusión en torno a lo político, los movimientos sociales problematizan también la forma en que los individuos conocen y actúan colectivamente. A estas alturas de la historia nadie puede seguir sosteniendo que las ausencias o la crisis explican, por sí solas, el desarrollo de acciones colectivas. Los sujetos sociales además de estar influenciados por las transformaciones que se dan a nivel de las estructuras, intervienen activamente reasignando significados a aquello que ocurre más allá de sí mismos, en un proceso en el que interviene la dimensión subjetiva: el sistema de creencias y valores, los recursos cognitivos e informativos, así como la afectividad.

Es justo en torno a temas alrededor de los movimientos como inicia el primer capítulo, concretamente se hace referencia a la crisis del marxismo y los debates sobre la sociedad civil. Ambos, además de haberme permitido descubrir a los llamados nuevos movimientos sociales, son sin duda, algunas de las discusiones centrales de fin de milenio.

Entre sus repercusiones más relevantes, los procesos arriba mencionados abrieron un campo de oportunidades para el desarrollo de múltiples de actores sociales que de tiempo atrás venían expresándose, ambos fenómenos han contribuido, de forma

irrefutable, con la tendencia hacia la complejidad y pluralidad de las organizaciones humanas y la estabilización de un espacio distinto al estatal por donde se edifican orientaciones de naturaleza pública. Por supuesto que ni la caída del socialismo ni el fortalecimiento de la sociedad civil son las causas que explican la emergencia de los movimientos, pero sin lugar a duda, son elementos de contexto que han posibilitado un mayor protagonismo de dichos actores.

Diversos analistas del tema han reconocido en la crisis del marxismo uno de los elementos a considerar en los estudios sobre movimientos sociales, no sólo por lo que respecta a su agotamiento en tanto modelo explicativo, sino también por lo que toca a su naturaleza doctrinaria que abasteció de sentidos históricos a buena parte de la sociedad. Es en esta doble dimensión que se desarrolla el problema del marxismo y su impacto en el abanico de organizaciones, demandas y formas de acción que hoy surcan nuestras sociedades. Por otra parte, en el apartado se resaltan algunos atributos del llamado “sujeto histórico” con el fin de comprender aquello que distingue a los nuevos movimientos sociales de los primeros, haciendo énfasis en el abandono de cualquier pretensión hegemónica y al radicalismo autocontenido que caracterizan la praxis de los últimos.

Por lo que respecta al asunto de la sociedad civil, en este mismo capítulo se realizó un breve recorrido por la historia del concepto, resaltando algunos de los aportes de los pensadores clásicos que aun ofrecen pistas. De igual manera, se hace énfasis en ciertos usos y abusos que permean el debate actual y partiendo de la propuesta introducida por Arato y Cohen se pretende establecer los hilos que vinculan sociedad civil y movimientos sociales.

El segundo capítulo inicia con un esbozo de las principales corrientes sociológicas que han conceptualizado los movimientos sociales, se reflexiona sobre los aciertos y limitaciones de cada una de ellas, introduciéndose al mismo tiempo, la premisa de que los movimientos son ante todo un sistema multidimensional que sólo puede ser explicado desde un marco multirreferencial. En el siguiente apartado, recupero la propuesta de teóricos europeos como Melucci, Alberoni y Touraine para reconstruir algunos de los componentes analíticos de los movimientos sociales que a un juicio son fundamentales: *identidad, conflicto y transgresión de límites sistémicos*.

También aquí se problematiza la *novedad* de los movimientos, partiendo de la idea, de que el debate sólo arrojará luz si se le piensa a partir de los diversos elementos que conforman al movimiento. Es decir, la novedad sólo tiene sentido cuando se le aborda a través de las innovaciones que estos fenómenos colectivos presentan en cuanto a los recursos ideológicos, formas de organización, actuación externa, base social, temas y valores. Es en estos niveles como se discute lo *nuevo* de los llamados nuevos movimientos sociales, sirviendo de preludeo para reflexionar en torno a la dimensión política. Asumiendo que ésta es una actividad que se ejerce desde espacios autónomos pertenecientes al *mundo de vida* y explicando las diferencias que los actores de este ámbito guardan respecto a aquellos pertenecientes al *sistema político*.

Finalmente, en el tercer y último capítulo tiene lugar el análisis del ecologismo, comenzando con una breve historia del movimiento y de la problemática ambiental a nivel mundial, para posteriormente explicar algunos elementos que en nuestro país han incidido en la conformación de los rasgos más sobresalientes de los verdes mexicanos y más concretamente, de los grupos ecologistas en la ciudad de México. Uno de estos, quizá el más importante, es la relación que guardan con el Estado, quien históricamente ha sido el antagonico de las luchas ecologistas y en esa medida quien ha proporcionado los principales recursos identitarios al movimiento.

El que la ciudad de México sea el territorio seleccionado para la presente investigación no se debe a ninguna casualidad. El Area Metropolitana de la ciudad constituye uno de los conglomerados poblacionales más extensos del planeta, en esa proporción es también uno de los territorios que a escala mundial se encuentran próximos al desastre. Contaminación, destrucción de ecosistemas, sobreexplotación de recursos son algunos de los indicadores de esta crisis cuyas repercusiones sociales no pueden pasar inadvertidas.

¿De qué forma la magnitud de los desastres ecológicos determina los aspectos cuantitativos y cualitativos del movimiento? Esta interrogante marcó una de las líneas de investigación de la presente tesis, pero contrariamente a lo que podría suponerse, la búsqueda topa con un actor colectivo que lejos está de poder hacer frente a los retos de la ciudad y del país, por el contrario, su tendencia a la disgregación y su estado de latencia constante hacen de él, como se verá más adelante, un movimiento casi invisible.

La ciudad de México representa también un conjunto de oportunidades que hipotéticamente tendrían que repercutir en el fortalecimiento del movimiento. Me refiero a los recursos informativos y educativos, relativamente abundantes aquí, esos que influyen en el proceso de dotación de sentido, reasignación de valores y socialización de los asuntos ambientales. Estos elementos, aunado a las condiciones reales de deterioro ambiental juegan un papel relevante, comparativamente hablando. Es decir, pese a su debilidad política, los grupos ecologistas en la capital son más numerosos y tiene mejores posibilidades de impactar en políticas públicas que sus pares en provincia. Estas condiciones y contradicciones hacen de los organismos verdes aquí asentados un desafío para la investigación.

Finalmente, en el análisis de los *grupos del movimiento* se abordan algunos elementos como el perfil de los activistas, las formas organizativas que presentan, y una clasificación de las principales corrientes que convergen en el ecologismo; ya para cerrar, se da cuenta de un proceso relativamente nuevo, que es la tendencia a la institucionalización de estos grupos, institucionalización que se expresa en diversos niveles: organizacionales, en la forma de relacionarse con agentes externos y en su dimensión política.

Sirvan estas reflexiones para introducir la presente tesis.

## LOS DEBATES EN TORNO A LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Los filósofos no han hecho más que  
interpretar de diversos modos el mundo,  
pero de lo que se trata es de transformarlo

Carlos Marx

### LA CRISIS DEL MARXISMO Y LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Con toda seguridad, esta cita pronunciada por millones de bocas en decenas de idiomas, ha terminado, a fuerza de uso y rehusos, confinada en el lugar de los lugares comunes. Si hoy la rescato es porque en sí misma encierra la riqueza y al mismo tiempo la tragedia del marxismo. De un paradigma que se negó a ser sólo modelo explicativo para surcar con todo propósito las corrientes de la historia.

Para el marxismo, la objetividad del pensamiento más que un asunto teórico constituía un problema práctico, desde esta perspectiva, la realidad se alzó como el único criterio para validar al conocimiento. Las teorías emanadas de la realidad, aquellas que son reproducciones conceptuales de lo real, no tienen más camino que regresar por donde vinieron para objetivarse, convertirse en experiencias sensibles y concretas para demostrar su autenticidad. De tal forma, el marxismo, en tanto ciencia de la historia, no podía menos que devenir en historia misma. Una teoría de la historia que dotó de motivos y dirección al quehacer de hombres y mujeres.

Reivindicar el papel del hombre como sujeto de la historia significó la secularización del destino. No era el azar ni Dios sino los propios hombres los responsables del ahora y del mañana, así, a partir de entonces, sobre sus manos recaía la posibilidad de mejorar el mundo. El pensamiento de Marx como autoconciencia del hombre y su historia comprometió a cierta parte de la humanidad a buscar y encontrar los caminos hacia el paraíso perdido. No obstante, dicha tarea requirió de un conocimiento pleno, de un desentrañar el pasado y el presente para precisar las leyes del movimiento y el comportamiento humano.

Teoría y praxis, relación dialéctica y fundante del marxismo dotó al conocimiento de una doble dimensión, al mismo tiempo que era y servía para entender la realidad social, tenía el propósito confeso de incidir en su transformación. Nunca antes y quizá nunca

después una corriente de pensamiento ha impactado de tal manera los diversos niveles del quehacer social. La vida en la fábrica, los conflictos nacionales, las relaciones internacionales, la ética, la estética, las formas de producir y también las de consumir se entendieron por mucho tiempo y en gran medida, por las ideas de Marx y sus seguidores. Comparada sólo con las grandes religiones, esta teoría cautivó a millones que por doquier se identificaron y se apropiaron de ella, dándose lugar a las más diversas empresas en pos de hacer de la historia el recipiente de la voluntad humana.

No obstante, hoy en día somos testigos de su pronto agotamiento y reclusión en los anales enciclopédicos. Convertido en un referente más de los frutos del pensamiento humano, el marxismo, a fuerza de desgaste, se transformó un *virus in vitro*, en uno que al ser aislado perdió su capacidad de contagio y virulencia.

Este agotamiento presenta una doble dimensión; se manifiesta como crisis de paradigma y como desgaste de su componente utópico. La realidad misma, aquella que desde la lógica del marxismo resultaba el criterio para certificar la objetividad de toda teoría, parece empeñada en invalidar gran parte de las leyes del movimiento que los marxistas enarbolaron como verdades. Incapaz de interpretar al mundo, sus posibilidades de dotar de sentidos, de trazar líneas socio-históricas alternativas son cada vez menores.

Si bien, desde los años sesenta su muerte era una verdad anunciada y entre adioses al proletariado, sus frutos más consistentes, (los socialismos reales) comenzaron a ser ampliamente cuestionados, no es sino hasta fines de la década pasada, con la caída de Muro de Berlín, que se certifica su defunción.

El ocaso de los regímenes comunistas, el retraimiento de las luchas sindicales, la rápida decoloración de los partidos socialistas y la ofensiva neoconservadora parecen constituir los elementos empíricos de esta doble crisis. De tal suerte, el marxismo se transformó en víctima de su propia premisa. La objetividad en el conocimiento, solían decir, no es un problema teórico sino uno práctico, y la práctica hoy ha dejado de conferirle objetividad.

Lejos de constituir el más reciente ejemplo de cómo los paradigmas se revolucionan, (al estilo que T.S. Kuhn describió) la crisis del marxismo encierra también el dilema, que hoy en día, las ciencias, y en particular, las ciencias del hombre enfrentan, su imposibilidad de seguir siendo la reproducción conceptual de los fenómenos sociales.

Así, más que la crisis de un paradigma y su sustitución por otro, muchos auguran la extinción de esta especie; las ciencias han dejado de producir esas enormes y compactas teorías que dieron cuenta y ordenaron las minucias de la vida social, la desarticulación, señalan, a llegado a tal nivel que él generarse amplios consensos dentro de las comunidades epistémicas resulta una empresa irrealizable.<sup>1</sup> Para otros, lo que se

---

<sup>1</sup> Para T.S. Kuhn son los grupos o subcomunidades de especialistas, los que los que dan crédito o ponen en crisis las interpretaciones científicas de lo real a través de la operación de consensos o de la reconstrucción

encuentra en la mesa del debate es sólo una concepción de la ciencia, justa de aquella que se ostentó como el reflejo de lo real, como la réplica o traducción fiel de lo existente con independencia del pensamiento humano.

La muerte de las utopías, el ocaso de las ideologías y el fin de los paradigmas son los enunciados complementarios a aquel que ha hecho del marxismo y de los marxistas los difuntos más celebrados de la historia. Y es que sin lugar a dudas es el propio marxismo quien sintetizó con nitidez estos vectores hoy divergentes: el pensamiento histórico junto al sentido utópico, las expectativas humanas cifradas en el poder de la ciencia y el binomio ciencia-progreso como resumen del sentido histórico. Sin pretender unirse a la celebración y convalidar alguna de estas afirmaciones, la línea de argumentación que se pretende desarrollar se referirá a la crisis del pensamiento marxista en tanto forma de entender e incidir sobre los sujetos colectivos. Esta crisis expresada en una doble dimensión; como agotamiento de las premisas que dieron cuenta del fenómeno, así como también del empobrecimiento y consumo de una forma de comportamiento social que se pretendía hegemónico.

Esta doble crisis nos interesa como un referente para explicar la presencia de manifestaciones colectivas por largo tiempo ignoradas o aletargadas, eclipsadas, o porque no, subsumidas a una lógica que en la realidad aparecía como la contradicción motora de la historia. De hecho, estos fenómenos que denominaremos como Nuevos Movimientos Sociales (NMS), sin entrar por el momento en mayores detalles, han adquirido el adjetivo “nuevo”, en parte a su oposición a aquellos movimientos que desde la perspectiva marxista constituían la contradicción primaria del capitalismo industrial<sup>2</sup>.

Sin embargo, cabría precisar que no es correcto entender a los nuevos movimientos en una relación causa-efecto ante el supuesto debilitamiento de la clase obrera. La crisis de esta clase, y la erosión misma de la dinámica social expresada y entendida en términos de clase explican en gran medida la visibilidad adquirida por estos fenómenos, pero al mismo tiempo, la debilidad de las primeras es explicada por la emergencia de estos “nuevos” sujetos, en cuya pluralidad se encierra un cuestionamiento a la centralidad de cualquier actor colectivo.

Para entender mejor esta crisis teórica/práctica y su relación de ida y vuelta con los movimientos sociales, es necesario regresar a los marxistas y encontrar aquellas ideas que fundamentaron la tesis de que el comportamiento colectivo y en ese sentido, la propia dinámica de la sociedad era expresión de una división interna, de una división de clases; Así, como la argumentación en torno a la misión histórica de cierta clase predestinada a revolucionar al mundo entero.

---

del campo. Ver en T.S. Kuhn; *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, FCE, 1986 pp.128-175

<sup>2</sup> Ver en Gunder Frank, Andre; Fuentes, Marta; “Diez tesis acerca de los movimientos sociales”, *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, oct-dic 1989, México, pp. 22-23

El inicio de esta búsqueda topa con un primer inconveniente; la carencia de un tratado, en donde con rigurosidad se desarrollen los argumentos para entender ¿Qué son las clases sociales? ¿Porqué la historia sólo se explica en su acción? La obra capital de Marx, llamada del mismo modo, concluye justo con un esbozo sobre Las Clases, el cual se interrumpe debido a la muerte del autor. En estas breves líneas Marx distingue para el moderno capitalismo tres grandes bloques: obreros asalariados, capitalistas y terratenientes ¿Qué es lo que los hace clase? Se preguntará, para afirmar posteriormente; los obreros son clase en la medida que poseen su fuerza de trabajo y viven de un salario; mientras, los capitalistas los son pues ellos disfrutan de las ganancias precisamente por ser los dueños del capital; y finalmente, los terratenientes quienes se benefician de la renta de la tierra de la que detentan su propiedad (Marx Carlos, 1978). Es decir, son grandes contingentes sociales determinados por su posición dentro del proceso de producción capitalista.

Los hombres y las mujeres nacen sociales, esto significa que son y existen justo al formar parte de un entramado de conexiones que los vinculan con los otros y las otras. Estos vínculos o relaciones sociales, determinados por las formas de producir y distribuir propias de cada época son las verdades insoslayables con las que el individuo se enfrenta y a las cuales su propia práctica se encargará de dar vigencia y continuidad. Es por eso que estas relaciones y su devenir conforman la trama histórica de pueblos y naciones, de grupos e individuos, cuyo hilo conductor lo constituyen precisamente las rupturas y continuidades en las formas hacer y crear, de dividir y repartir.

Bajo este razonamiento, la historia de la humanidad es la historia misma de las relaciones de producción y distribución, y más precisamente, la historia de cómo hombres y las mujeres producen y distribuyen sus productos en cada época. Estas relaciones han presentado a lo largo del tiempo una característica permanente: la asimetría. Es decir, el lugar que los grupos sociales ocupan dentro del proceso productivo, más que una simple división del trabajo, reviste de desigualdades tales que hace de unos los explotados y dominados de los otros.

Dichas relaciones, mediadas por la explotación (dimensión económica) y la dominación (dimensión político-cultural) de cierto grupos hacia otros, se han desempeñado como las fuerzas generadoras de la historia misma. “Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna.” (Marx Carlos; Engels Federico, 1969: 116).

No obstante, a decir de Lukács, no es sino hasta el moderno capitalismo cuando con toda desnudez se hace patente el interés económico de la clase como motor de la historia. En los períodos anteriores, los intereses de clase se encontraban y se expresaban

de manera confusa, envueltos en una maraña de componentes políticos, culturales y religiosos que en sí mismos reproducían la estructura heterogénea e imprecisa de las sociedades pre-capitalistas; en donde, la centralidad del elemento económico no alcanzaba a consolidarse: son comunidades casi autárquicas, con escaso o nulo comercio de mercancías. No será sino con la victoria de la burguesía cuando ésta, en su capacidad para revolucionar al mundo, destruye la estructura estamental de la antigüedad, dotando de unidad y coherencia económica a la nueva sociedad (Lukács Georg, 1969: 59-61).

Es con el nacimiento del capitalismo cuando la dinámica misma de la industria comienza a homogeneizar las condiciones y las formas en que los grupos sociales se relacionan para crear productos a lo largo y ancho del orbe. Es por tanto, que la idea de la historia universal, aporte de la sociedad burguesa, significó que la estructura económica pudiese devenir en matriz social, y los intereses de clase ser capaces de dotar de unidad y universalizar el devenir histórico.

Así, las antiguas relaciones patriarcales entre oficiales y maestros, y de vasallaje entre siervos y señores, relaciones que presentaban rasgos diversos según el lugar, y se expresaban de manera difusa, empañados por atributos estamentales o de casta (como reflejo de la preeminencia religiosa y cultural), comienzan a ser suplantados por vínculos monetarios entre trabajadores y capitalistas, vínculos en donde la esencia de clase salta a la vista en toda su dimensión, posibilitando a su vez, el nacimiento de expresiones en la conciencia que darán cuenta de esta realidad en esa justa dimensión.

El capitalismo se entiende por la acción de las clases sociales, ya que es aquí en donde la contradicción se hace visible y cristalina, esta claridad permite del mismo modo, que sus miembros se observen y tomen conciencia de su papel en la historia, por eso, la lucha de clases ya no se presenta más de forma velada, sino abierta y contundente. Para Marx, el tránsito de una "clase en sí" para arribar a la fase de "clase para sí", atraviesa necesariamente por esa toma de conciencia, por ese proceso de identificación de condiciones comunes, de intereses y enemigos semejantes, por el cual, los grupos sociales se compactan e identifican como clase siempre en oposición y lucha frente a otra.

Como puede observarse, para el marxismo el trabajo constituye el punto nodal para el intercambio de experiencias y la construcción de solidaridades; el lugar por excelencia para la edificación de un "nosotros" y la ubicación de un "ustedes". Así, por lo que respecta al capitalismo, el trabajo industrial compacta en dos grandes bloques la contradicción fundamental de este sistema económico: el proletariado y la burguesía.

Lo anterior no significa que para el marxismo no existiesen otras clases, no obstante, los trabajadores y los capitalistas "son las únicas clases cuya existencia y cuyo desarrollo se basa exclusivamente en el desarrollo del proceso de producción moderno, y sólo partiendo de sus condiciones de existencia es imaginable incluso un plan para la organización de la sociedad entera." (Lukács Georg, 1969: 65). Son las clases sustantivas



precisamente por su lugar privilegiado dentro del proceso industrial, por ese lugar que las coloca en condición de poder promover el desarrollo del capitalismo o su transformación. Es decir, los intereses particulares de ambas clases se encuentran en relación directa con el devenir de la totalidad. En la consecución de sus intereses, la burguesía y el proletariado afectan las relaciones de producción y en esa proporción el modo de producir. Sea para intensificar la ganancia o para proteger las condiciones de trabajo, desde ambas direcciones los intereses y las acciones encierran consecuencias que afectan al sistema por entero.

La burguesía, clase dominante en la actualidad, ejemplificó para el marxismo el tránsito de una clase dominada en clase revolucionaria. En su condición de subordinada fue capaz de tejer los hilos que hicieron posible la cohesión del resto de la sociedad sometida en un solo bloque opuesto al poder feudal. Una vez sucumbido el viejo orden su sentido de conducción se hizo manifiesto al hacer coincidir sus intereses particulares con los del resto de la sociedad, convertir sus propios y específicos intereses en el interés común y a partir de ellos ordenar el todo social.

En síntesis, esta es la lógica que Marx y sus seguidores encontraron para explicar el tránsito del feudalismo hacia el capitalismo, sobre la línea de acción de una clase determinada. Por lo tanto, para este nuevo modo de producción existen las mismas expectativas, sólo que ahora cifradas en otro actor, cuyo papel en la producción industrial, y sobre todo, debido a su capacidad de enfrentarse a la clase dominante no podía ser otra que el proletariado mismo.

Pero aún hay más, para el marxismo, con la lucha de clase del proletariado concluye el conflicto social expresado en términos de clase, ya que, con la desaparición del capitalismo, desaparece forzosamente toda forma de propiedad. Sólo la clase obrera es aquella con la fuerza necesaria para realizar tamaña empresa. “Las cosas, por tanto, han ido tan lejos, que los individuos necesitan apropiarse la totalidad de las fuerzas productivas existentes, no sólo para poder ejercer su propia actividad, sino, en general, para asegurar su propia existencia. Esta apropiación se halla condicionada, ante todo, por el objeto que se trata de apropiarse, es decir, por las fuerzas productivas, desarrolladas ahora hasta convertirse en totalidad y que sólo existen dentro de un intercambio universal. Por tanto, esta apropiación deberá necesariamente tener, ya desde este punto de vista, un carácter universal en consonancia con las fuerzas productivas y con el intercambio. La apropiación de estas fuerzas no es, de suyo, otra cosa que el desarrollo de las capacidades individuales correspondientes a los instrumentos materiales de producción. La apropiación de una totalidad de los instrumentos es ya de por sí, consiguientemente, el desarrollo de una totalidad de capacidades en los individuos mismos. Esta apropiación se halla, además condicionada por los individuos apropiantes. Sólo los proletarios de la época actual, totalmente excluidos del ejercicio de su propia actividad, se hallan en condiciones de hacer valer su propia actividad, íntegra y no limitada, consistente en la

apropiación de una totalidad de las fuerzas productivas y el consiguiente desarrollo de una totalidad de capacidades”. Así, el proletariado, a diferencia de otras apropiaciones en la historia, sólo puede poseer para sí las fuerzas sociales de producción, en la medida que suprime cualquier forma parcial de apropiación, borrando de golpe toda resabio de propiedad privada. (Marx Carlos, 1987: 79-80).

Hasta aquí se puede inferir que la propuesta marxista de clases, aunque dispersa en toda la obra, se encuentra sustentada en un sistema teórico de gran coherencia. No obstante, el rol asignado al proletariado como portador de la transformación social debe buscarse también en el contexto histórico en el que se desarrolla el planteamiento. “En el siglo XIX el problema de la centralidad de la clase obrera -y la idea misma de las clases sociales- no era sólo un problema teórico, tenía una constatación sociológica: proceso acelerado de proletarización en Europa y Estados Unidos. En torno a la clase obrera se organizaban grandes movimientos sociales y políticos; la cuestión social se caracterizaba por miseria material y de condiciones de trabajo, exclusión cultural y política de los trabajadores, y revoluciones periódicas” (Garza Enrique de la, 1992: 19-20).

Las revoluciones europeas de 1848, la Comuna de París de 1871, el movimiento cartista de Gran Bretaña (1830-50), las luchas por reglamentar el trabajo y aquellas por extender el sufragio, suponían, quizá, las pruebas para hablar de una clase revolucionaria. “Más allá de la propia temporalidad de Marx o Engels- el concepto de sujeto histórico en el marxismo se ha visto apuntalado durante más de 100 años por la existencia de los movimientos obreros, que sumados, constituyen el más importante y persistente movimiento social del último siglo. Ningún otro movimiento ha tenido sus capacidades de transformación de la sociedad, aunque los resultados hayan desbordado las posibilidades de predicción de la teoría marxista: por un lado, la constitución de los Estados sociales; por el otro, los socialismos reales, ambos en desmantelamiento” (Garza Enrique de la, 1992: 22).

De tal manera, sin negar que la idea de la clase obrera como sujeto histórico se sustenta fuertemente en justificaciones subjetivas y valores asignados desde fuera, es un hecho también, que esas determinaciones “externas” fueron apropiadas por la base misma de la clase y por otros grupos y sectores sociales y políticos, quienes terminaron por asumir como propia “la misión asignada”. En ese sentido, la trascendencia del proletariado dejó de tener esa condición subjetiva, valorativa e ideológica, para convertirse en un fenómeno real, contundente y objetivo.

Pero, así como esa *constatación sociológica* reafirmó por largo tiempo la centralidad de la clase obrera, hoy ese mismo criterio se encuentra detrás de su crisis, la crisis del marxismo y del agotamiento de las energías utópicas.

Entre el sinnúmero de determinantes que hoy constituyen esta realidad, destacan una serie de fenómenos colectivos cuya propia existencia, en principio, choca diametralmente con la dinámica social basada en la centralidad de un sujeto social.

A partir de los años sesenta “nuevos actores entran en escena”, se trata de un abanico amplio de movimientos de tintes aún difusos, cuyo perfil se irá dibujando durante las siguientes dos décadas. Dichos movimientos expresan la heterogeneidad social que en todos los países del mundo se experimenta. Esta no es otra cosa que el rol cada vez más preponderante de las dimensiones culturales, étnicas y religiosas en contraparte al papel menos totalizante del elemento económico. En términos concretos, se trata de un cambio en la centralidad del trabajo como lugar para el intercambio de experiencias y la construcción de subjetividades. La fábrica, metafóricamente hablando, dejó de ser el eje primordial en la construcción de lo social, permitiendo que otras dimensiones cobrasen mayor relevancia como espacios de interrelación de individuos, de edificación de colectividades y de eclosión de masas.

Los movimientos sociales entendidos en términos de clases (dimensión económica) y su correlato político izquierda-derecha constituyeron una forma de acción que en la realidad se imponía, en torno a esa contradicción se nuclearon las distintas colectividades y sus respectivos movimientos, la hegemonía de las clases centrales se cifraban en su habilidad para hacer del resto de los actores sociales acompañantes de su propia representación, haciendo que las particularidades religiosas, culturales y étnicas no apareciesen con nitidez y sí como contradicciones secundarias superadas sólo, en la superación de la principal. Así, la hegemonía del proletariado se cifró en su influencia sobre el resto de los sujetos, logrando, en ocasiones, la subordinación de las reivindicaciones particulares al proyecto macro de transformación global.<sup>3</sup>

La fragmentación del proletariado, su empujamiento y recomposición, enlistan algunos elementos estructurales que explican su posición de menor relevancia, de forma paralela, los estragos en su hegemonía se alimentan del debilitamiento de aquellas alternativas socio-históricas que hasta hace poco se alzaban contundentes. Ambos procesos tienen su correlato en la consolidación de identidades particulares que no se reconocen ya dentro de los límites de las clases sociales. Demandas monotemáticas, enarboladas por sujetos con identidades restringidas, y cuyas acciones no persiguen una trascendencia global, empiezan a cobrar relevancia en oposición a las tendencias del movimiento obrero y de sus organizaciones (sindicatos y partidos socialistas/comunistas/).

La debilidad de unos es la contundencia de los otros. En este sentido, quizá sólo con la pérdida de hegemonía de cierto sujeto puede apreciarse la existencia de esos otros

---

<sup>3</sup> Para ejemplificar lo anterior, basta con mirar a ciertos destacamentos que constituyeron los Nuevos Movimientos Sociales en México, para ver como hasta bien entrado los años ochenta, conservaron buena parte del discurso marxista, el cual no sólo formó parte de su identidad, sino condicionó también la caracterización que estos hicieron de la sociedad y del Estado. Esto se encuentra tanto en las feministas, como en el movimiento urbano popular, el movimiento de liberación homosexual y el movimiento estudiantil.

movimientos, que aunque siempre presentes, se expresaban realmente subordinados u orbitando dentro de los confines de la contradicción sustantiva. “Los múltiples movimientos sociales en el Occidente, en el Sur y en el Este que hoy son denominados nuevos, constituyen, con contadas excepciones, nuevas formas de movimientos sociales que han existido a través de los tiempos. Irónicamente, los clásicos movimientos de la clase trabajadora y sindicales, surgieron principalmente en el último siglo, y con el paso del tiempo parecen ser más bien un fenómeno transitorio relacionado con el desarrollo del capitalismo industrial. Por otra parte, los movimientos campesinos, de comunidades locales, étnicos/nacionalistas, religiosos y hasta de mujeres/feministas han existido por siglos y hasta milenios en varias partes del mundo. Pero en la actualidad muchos de estos movimientos son comúnmente denominados como nuevos” (Gunder Frank André y Fuentes Marta, 1989: 22). Así, esta adjetivación independientemente de ser resultado de una visión estrecha de la historia, y por tanto, poco precisa, proviene del interés de diferenciar a los nuevos movimientos sociales de los movimientos de la clase obrera.

La consolidación de las distintas identidades colectivas se afirmó, en ocasiones, como actos emancipatorios de la hegemonía de los trabajadores y de sus proyectos históricos-alternativos; expresándose en críticas incisivas al reformismo de las organizaciones obreras cuyos intereses y demandas, desde esta perspectiva, se habían subsumido a la dinámica de crecimiento capitalista, convirtiéndose en bases de apoyo de los Estados Sociales. Los denominados nuevos movimientos emergen interpelando al supuesto actor trascendente, cuestionándole justo su falta de conducción para protagonizarse como los constructores de la nueva historia.<sup>4</sup>

Al interno de dichos movimientos se comienza a sospechar del marxismo, en un principio no tanto de sus fines como sí de sus métodos, se afirma entonces que la revolución necesita de nuevos actores. Ante la conversión de los obreros en *obreros de cuello blanco*, en parte misma del sistema, nuevas colectividades se aprestan a protagonizar la tarea de la transformación radical, en 1968 todo hacía ver a los estudiantes como los portadores de la batuta, tiempo atrás Mao demostró como el campesinado lejos de ser un “saco de papas” podía emprender la Gran Marcha para edificar el socialismo chino. Los intelectuales, los jóvenes, las mujeres, las etnias, en suma, diversos actores comienzan a disputarse la conducción de proyectos de trascendencia social.

En un primer momento, ciertas expresiones colectivas “nuevas” comparten con el

---

<sup>4</sup> Como ejemplo de esto basta observar la crítica que ciertos sectores del movimiento estudiantil francés de 1968 hicieron a los sindicatos y al propio Partido Comunista por no haberse comprometido con el posible derrumbe de status quo, viable en ese momento, convirtiéndose, por el contrario, en esquirols de los estudiantes al llamar al levantamiento de las huelgas de trabajadores justo en el momento más crítico del aquel mayo del 68.

marxismo esa visión de la historia como proceso ascendente, de la idea teleológica de un futuro promisorio de justicia, armonía y paz, el cual provee de sentidos a las acciones en el presente de aquellos movilizados. No obstante, aquí la construcción de futuro es vaga, mucho menos coherente y convincente que la idea del comunismo en Marx. No existe claridad en el modelo alternativo, ni tampoco resultan consistentes o plenamente creíbles las formas y métodos para alcanzar dicho porvenir; no logran vislumbrar ni identificar las fuerzas y estrategias que están en juego en la construcción de una nueva sociedad.<sup>5</sup>

Así, a diferencia de la capacidad hegemónica que en algún momento detentó la clase obrera, los llamados nuevos movimientos sociales parecen poco aptos para dotar de contenidos sus principios utópicos. Esto se pone de manifiesto en su carácter eminentemente particular; es decir, en la ausencia de valores y normas de envergadura universal, en la falta de banderas en donde se sinteticen necesidades y demandas de amplias colectividades distintas a la convocante. Lo anterior significa que ningún actor en el presente tiene la fuerza o habilidad para dar cuenta de los deseos y aspiraciones de los diversos sujetos sociales; ni para edificar un proyecto en el cual se opere una suerte cohesión y la acción en bloque de múltiples vectores en torno a un objetivo común. Como ejemplo de lo anterior, tenemos a un movimiento de mujeres que no logra trascender el grueso de sus demandas a la humanidad entera o a los ecologistas quienes todavía no pueden transformar la cuestión ambiental en un asunto planetario.

A juicio nuestro, éste constituye uno de los rasgos más sobresalientes de los NMS, justo porque da cuenta como estos se vienen apartando, conceptual y prácticamente, de la idea del sujeto histórico.

Si bien, en un primer momento el cuestionamiento de lo hegemónico se centró en una crítica hacia la clase obrera, subrayándosele su reformismo y colaboracionismo, y si bien, partiendo de esa crítica lo siguiente fue la disputa por la centralidad histórica, la carencia misma de un futuro preciso, la falta de estrategias y tácticas para hacerlo realidad y finalmente, la imposibilidad de universalizar las demandas, redundaron en un abandono paulatino de cualquier pretensión de hegemonía y de transformación radical. Primeramente de modo implícito para posteriormente explicares y subrayarse como una característica inherente a los movimientos de la actualidad.

A diferencia de la violencia revolucionaria, preconizada por la interpretación leninista del marxismo, la apuesta de los NMS no se pasa por la obtención del poder

---

<sup>5</sup> Para Offe, toda doctrina política que merezca ese nombre debe responder a dos cuestiones. En primer lugar ¿cuál es la forma deseable para organizar a la sociedad y el Estado, y cómo podemos demostrar que será practicable o coherente? En Offe, Claus; *Contradicciones en el Estado de Bienestar*, CNCA-Alianza, México 1991, pp. 141.

político, mas bien apunta hacia la generación de cambios en la vida cotidiana, de aquellos que operan gradualmente y se encuentran en lo más profundo de las representaciones y prácticas del diario acontecer. Dentro del mundo de las tradiciones culturales, de las múltiples y pequeñas determinantes que posibilitan la construcción de las identidades y las solidaridades humanas. Este es el territorio de la acción y disputa de los NMS y como es de esperarse, la violencia <sup>6</sup> como método y el monopolio del poder como fin parecen no tener razón.

Sintetizando, la emergencia o mejor dicho, la mayor presencia de estos nuevos movimientos ha terminado por romper con las ideas que hacían del movimiento obrero el actor hegemónico, así como con sus certezas para transformar al mundo. Pero de ninguna manera estos sujetos son portadores del no futuro, por el contrario, entrañan “un movimiento histórico de transformación civilizatoria” (Leff Enrique, 1990:375). Lo que significa que continúan generando sentidos alternativos y avivando las energías utópicas, ya no alrededor de un futuro totalizante sino de proyectos acotados por sus propias identidades restringidas.

Como más arriba se señaló y se seguirá precisando en los siguientes capítulos, la misión de los NMS no es el monopolio del poder estatal, para a través de la violencia revolucionaria transformar el modo de producción y las demás esferas de la vida humana. Es decir, no es el cambio radical del sistema la estrategia para reinventar una nueva sociedad, son, como bien se señaló, cambios en lo cotidiano que redunden en el fortalecimiento de la esfera civil frente al Estado y frente a los poderes económicos. De tal suerte estos movimientos presentan una característica en oposición a los clásicos movimientos de la clase obrera. Esto es, la *autolimitación* o *radicalismo autocontenido*. (Avritzer Leonardo y Olvera Alberto, 1992: 240 ) Autolimitación que significa el abandono de proyectos maximalistas y revolucionarios por la adopción de estrategias de reformas radicales, tan radicales como el sistema lo permita.

“Una autocomprensión que abandona sueños revolucionarios en favor de la idea de reforma estructural, junto con una defensa de la sociedad civil que no persigue abolir el funcionamiento autónomo de los sistemas político y económico” (Reichmann Jorge y Fernández Buey Francisco, 1994: 86.) “El desafío que los nuevos movimientos plantean al orden político de las democracias occidentales nace del interior de las mismas. No se trata de un ataque revolucionario contra el sistema, sino de un llamamiento a que las democracias cambien y se adapten” (Reichmann Jorge y Fernández Buey Francisco, 1994: 86).

En suma, estas son algunas de las innovaciones que vienen aportando los NMS al análisis, y a la acción misma de los sujetos colectivos, las cuales vienen a innovar el

---

<sup>6</sup> La violencia se puede encontrar como una práctica ocasional en torno a cierto grupos radicalizade los NMS como ha sucedido en la lucha antinuclear. No obstante, hoy en día movimientos de carácter étnico la emplean como la principal estrategia.

repertorio de temas públicos que los tomadores de decisiones y la sociedad en general debate actualmente.

Sin embargo no podría finalizar este apartado sin hacer un claro deslinde de los postulados que han querido ver en los NMS, los referentes empíricos para negar la existencia de las clases. Hoy en día, las ciencias sociales son presas de un agrio debate en torno a la pertinencia del concepto de clase social. En este sentido, los NMS son los datos de la pluralidad que se opone o sobrepone a la acción de clases.

El concepto de clases entraña la existencia de relaciones desiguales, relaciones que se expresan en términos de explotación y dominación de ciertos grupos por otros, y que en países como el nuestro la *modernidad* no ha logrado suprimir. Por el contrario, estos son ingredientes que siguen actuando en la conformación de las identidades, demandas y acciones de los distintos movimientos sociales. Basta con observar el panorama de los actores en nuestros días y percatarse como los sin techo, los sin tierra, los sin rostro continúan siendo un referente importante de acciones sociales. No se puede negar tampoco que el movimiento obrero aun existe, no con la vitalidad de antes, pero sí como uno de los destacamentos que sigue generando importantes luchas sociales.

“La existencia de esta pluralidad de movimientos sociales, no obstante, ni niega ni desplaza, de manera alguna, la presencia de los elementos característicos de la clase en los diferentes tipos de conflicto político. Resalta, sin embargo, la importancia, como ya antes se había señalado, de distinguir entre la **relevancia** de la clase y la **centralidad** de la clase. Si el análisis de la acción colectiva no puede prescindir de los elementos constitutivos de la conflictividad más importantes, sean o no clasista, tampoco pueden desconocer las líneas de jerarquías y desigualdad general, o al menos de prioridad que, en diferentes períodos, adquieren las distintas relaciones constitutivas, ya que dichas líneas son las que ordenan los vínculos de determinación y condicionamiento de dichos conflictos. (...) Si la nueva subjetividad política es constituida sólo por una determinada relación (v. gr. lo económico o la transición a la democracia) o por varias relaciones no clasistas, sin considerar las dimensiones de clase, aun cuando estas últimas no estén provocando el conflicto, es repetir el procedimiento explicativo reduccionista que llevó a que la clase gozara de una hegemonía conceptual ahistórica, complicando el intento de conocer la realidad, sustituyendo la clasista o lo económico por un acento en la modernización estatal y/o los nuevos movimientos sociales.” (Guido Fernández, 1989: 71-72).

## SOCIEDAD CIVIL Y MOVIMIENTOS SOCIALES

De encontrarse en esas largas listas de conceptos en vías de extinción, la llamada sociedad civil emerge con nuevos bríos para colocarse en el centro de los debates y

esperanzas del mundo, de éste que sin más remedio cierra la página del presente siglo para inaugurar el nuevo milenio.

El resurgimiento no deja de tener sus bemoles, la popularización y los abusos en la discusión, hacen sospechar de otra moda pasajera más. Sin embargo, ante la contundente multiplicación de fenómenos asociativos se hace necesario afinar un concepto que, desde mi perspectiva, soporta y da cuenta de categorías más concretas como la de movimientos sociales.

Antes que nada es conveniente señalar que el concepto tiene una amplia gama de interpretaciones, que reflejan las apreciaciones del autor, las corrientes en boga, así como los distintos escenarios sobre los que se teoriza. De igual manera, entre las constantes para determinar su significado, los pensadores sociales han necesitado fijar la esfera opuesta y dar cuenta de los elementos ante los cuales se pretende contrastar. Así por ejemplo, encontramos que en la antigüedad griega, sociedad civil fue entendida como sinónimo de sociedad política opuesta a la sociedad o comunidad familiar.<sup>7</sup> Mientras, para la escolástica medieval, la necesidad de precisar los ámbitos correspondientes a lo eterno-trascendental y a lo mundano-temporal hizo enfocar la dicotomía entre “sociedad civil y sociedad religiosa”. (pp. 2-3).

En los albores de la teoría moderna, sociedad civil siguió siendo equivalente de sociedad política pero aquí, la antítesis es la supuesta sociedad natural<sup>8</sup>. No será sino hasta fines del siglo XVII y durante el siglo XVIII cuando en el concepto se opera una transformación de la cual emergerán contenidos semejantes a los que actualmente utilizamos. Esta revolución en el pensamiento tiene su referente histórico en la separación entre lo civil y lo político-militar que empieza a apreciarse en el viejo continente (pp. 3-4).

Dicho movimiento no es otra cosa que la consolidación del Estado moderno; esto es, la cimentación de un ordenamiento político centrado en el monopolio de los aparatos y recursos de coacción. Desde esta perspectiva, el mundo de la sociedad civil comenzará a delimitarse y a ser ubicado en términos negativos, como el conjunto de relaciones sociales no reguladas por el Estado (Bobbio Norberto, 1989: 39).

Una vez ubicada dicotomía entre sociedad civil y Estado; el debate buscó determinar los elementos que constituían al primer conjunto para dar cuenta de las relaciones y tensiones que mantenían ambos universos. De acuerdo con Enrique Serrano serán dos tradiciones las encargadas de explicar tales cuestionamientos: “la liberal” (con Adam Smith como uno de sus representantes) y la “republicana” (con Montesquieu en primera fila). Ambas tradiciones coinciden en incorporar dentro del ámbito civil los siguientes

<sup>7</sup> Serrano, Enrique. “Reflexiones sobre el concepto de sociedad civil”, mimeo, 1993, 42 pp. A menos que se indique otra cosa, las próximas citas y el número de página entre paréntesis corresponden a este trabajo.

<sup>8</sup> Para el iusnaturalismo el adjetivo civil ya no se refiere a *civitas* (traducción latina de polis) como en el mundo griego sino a *civilitas*, es decir sociedad civilizada que emana y al mismo tiempo se distingue del estado salvaje.



elementos: a) el mercado; b) las asociaciones y estrechamente ligado a lo anterior; y c) la opinión pública. Las divergencias entre ellas se expresan en el énfasis que cada una le atribuye a los distintos componentes.

Así, para la tradición liberal, la dimensión económica juega un papel determinante en la conformación de la sociedad civil, ya que el mercado, al encontrarse libre de intervenciones ajenas, permite establecer los puentes que vinculan el interés individual con el general. Desde esta perspectiva, los individuos buscan y encuentran la satisfacción de sus demandas en el entramado de relaciones de producción y consumo, del que forman parte al generar productos socialmente necesarios. Aún sin pretenderlo, el individuo conforma esta cadena de producción y consumo que lo obliga a mantener vínculos con los otros, con sus necesidades, y con la generación de los satisfactores.

Aunado al progreso material, el mercado tiene la facultad de promover el aprendizaje en el campo moral, el intercambio constante entre individuos de rincones apartados y en ese sentido, la interrelación de culturas y estratos sociales diversos obliga a crear un piso común, un marco normativo que reconozca y supere las particularidades, para de esta forma, alentarse el intercambio mercantil (pp. 8-9).

Por lo que respecta a la llamada tradición republicana, aquí los acentos se colocan en el potencial asociativo de los individuos, en su capacidad para construir intereses y demandas comunes. La libertad de actuar en la esfera social se encuentra íntimamente vinculada a estos procesos asociativos, tanto en su dimensión de “libertad negativa”, es decir, el de sentido de “oponerse”, de “hacer frente”, de “reaccionar ante” disposiciones y medidas provenientes del Estado, como también en su carácter “positivo” o lo que es lo mismo, en el derecho a intervenir y participar propositivamente en los asuntos de carácter público.

Para la tradición republicana, la autonomía de la sociedad civil se encuentra asegurada por la existencia de agrupaciones, que al mismo tiempo que garantizan la presencia de espacios independientes de lo estatal funcionan como centros catalizadores y generadores de “opinión pública”; o lo que es lo mismo, sitios en donde es posible el razonamiento público de las personas privadas. Esta operación requiere de una sociedad libre y autónoma que permita a los individuos razonar y discutir con los otros, para de esta manera, edificar amplios consensos que redunden en la transformación o en los ajustes a las políticas estatales. (pp. 10-11).

Hegel será el encargado de sintetizar las dos tradiciones anteriormente expuestas, entendiendo como principio, que los elementos constitutivos de la sociedad civil forman parte de un mismo proceso, en donde no existe la determinación de una fase sobre la otra, sino una profunda interconexión.

Fruto del proceso histórico y de su arribo a la modernidad, la sociedad civil rompe con la dicotomía vigente en las sociedades tradicionales caracterizadas por una dualidad entre lo familiar y la comunidad política. La sociedad civil implica por sí misma, la

consagración de dos tendencias opuestas fruto de la modernidad: el camino hacia lo particular concretizado en la individualidad y la universalidad consolidada en el Estado. La sociedad civil nace como puente entre estas dos direcciones, como tránsito activo entre lo particular y lo general; entre la individualidad y la universalidad.

Para la teoría hegeliana la constitución de la sociedad civil implica tres momentos, que como más arriba se señaló se encuentran profundamente interrelacionados. Hegel distingue como partes de este proceso los siguientes elementos: a) el sistema de necesidades que nos remite al mercado y al primer desprendimiento del individuo con su comunidad familiar; b) la administración de justicia ligada a las relaciones contractuales sustentadas en el Estado, en donde los individuos adquieren y se reconocen con derechos y deberes y c) la administración y corporación o unidad familiar de la sociedad civil, en donde se advierten los lazos de semejanza entre los distintos grupos de la sociedad y opera la posibilidad de protegerse de los excesos estatales. (pp. 14-15).

Hasta este momento, el fugaz recorrido por los clásicos nos brinda la posibilidad de extraer algunas ideas, que a juicio nuestro, arrojan cierta luz para aproximarnos al debate actual. Primeramente, habrá que remarcar que el ámbito de lo civil aparece invariablemente dentro de una relación dicotómica, y que la versión moderna de ésta es aquella que la vincula con la esfera estatal. Pero, sumándonos al esfuerzo por trascender la definición negativa, tendríamos que precisar a la sociedad civil como la antesala hacia el Estado o su tránsito activo. Segundo, la sociedad civil, en tanto tránsito, opera por la existencia de procesos asociativos, los que a su vez son producto del reconocimiento de necesidades comunes, así como de la construcción de proyectos colectivos.

De esta manera, definiremos al mundo de la sociedad civil como el espacio de la solidaridad. Como el sitio en el que se edifican las semejanzas entre individuos y se concreta en la multiplicidad de grupos y organizaciones de signos y direcciones diversas. Asociaciones que protegen a los individuos de los excesos del poder, y al mismo tiempo ofrecen los medios para influir en las decisiones de naturaleza pública.

Por otra parte, se recupera la idea del mercado como un elemento fundante del fenómeno que nos atañe, ya que desde aquí, emergen pulsiones tendiente a diferenciar la esfera económica de la política; abriendo así, (aunque no de forma automática) la posibilidad de redimensionar el mundo de lo civil como ámbito distinto tanto del Estado como del propio mercado; como un espacio en el que opera una racionalidad distinta tanto de las determinantes del intercambio como de aquellas provenientes del poder burocrático. De esta forma tenemos un esquema que ha dejado de ser dicotómico para volverse un conjunto de relaciones tripartitas, en donde se contempla al sistema económico, al sistema político y al mundo de la sociedad civil como ámbitos diferenciados.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Arato y Cohen son quienes proponen abandonar la dicotomía clásica y enfocar la definición de la sociedad civil en este esquema tripartito. Arato Andrew y Cohen Jean; *Civil society and political theory*, Cambridge, 1994, MIT Press, 721 pp.

Pero antes de adentrarnos en esta propuesta, habrá que retomar otro principio extraído igualmente del pensamiento clásico. Este proviene de la tradición marxista y versa precisamente sobre la premisa que niega a la sociedad como lugar idílico de relaciones armónicas. El gran aporte de esta tradición reside justamente en ubicar al mundo de la sociedad civil como el espacio en donde emergen y se desarrollan los conflictos entre clases.

Cualquier reflexión o descripción que no tome en cuenta el carácter conflictivo de la sociedad civil, resulta, en estos tiempos, poco afortunada. Es de vital importancia subrayar que dichos “espacios intermedios” son un continuo heterogéneo mediado por el conflicto (ya sea por la obtención de recursos, por la existencia de proyectos antagonicos o por los efectos de necesidades excluyentes). La trascendencia de remarcar esta característica se explica hoy como remedio para paliar algunas secuelas generadas al calor de las constantes “invocaciones a la sociedad civil”. Invocaciones que han hecho de la discusión un instrumento ideológico que sustituye las viejas nociones de “pueblo”, “explotados” o “proletariado” por el de sociedad civil como si se tratase de una entidad homogénea, cargada de valores enteramente positivos.

Una vez precisado el punto, pasaremos a definir algunos de los atributos con los cuales se reconstruirá el concepto de sociedad civil, para posteriormente ubicar la trascendencia del presente debate en la comprensión de los movimientos sociales y viceversa.

La sociedad civil así como los acercamientos teóricos que dieron cuenta de su importancia, parecieron sucumbir ante la inminente preeminencia estatal que durante el siglo XX se fue afianzado en todo el orbe y que se expresó de diversas formas<sup>10</sup>. De igual manera su resurrección se encuentra vinculada a los reajustes que en fechas reciente viene sufriendo la esfera del poder político, como resultado de la crisis del estatismo experimentado en el mundo entero. Dicho fenómeno, el cual podríamos denominar como de readecuamiento entre fronteras, ha tenido su correlato en una serie de acercamientos teóricos, en donde se comienza a poner en duda la utilidad analítica de dicha dicotomía. “En estos años se ha cuestionado si la distinción entre sociedad civil y el Estado que ha tenido lugar durante los dos últimos siglos todavía tenga alguna razón de ser. Se ha dicho que el proceso de emancipación de la sociedad frente al Estado fue seguido por un proceso inverso de reapropiación de la sociedad de parte del Estado; que el Estado, que se transformó de Estado de derecho en Estado social (de acuerdo con la expresión divulgada sobre todo por los juristas y politólogos alemanes), precisamente porque social difícilmente se distingue de la sociedad subyacente que él penetra completamente mediante la regulación de las relaciones económicas. Se ha notado, de

---

<sup>10</sup> El populismo, los estados totalitarios, las dictaduras militares y el propio Estado Social constituyen algunos ejemplos de cómo el Estado en el siglo XX revistió forma que implicaron su expansión sobre otros ámbitos de la vida social, lo que hasta hace poco se alzaba como una tendencia irreversible.

otra parte, que a este proceso de estabilización de la sociedad ha correspondido un proceso inverso, pero no menos significativo de formas de participación en las alternativas políticas, el crecimiento de organizaciones de masas que ejercen directa o indirectamente un poder político, por lo que la expresión Estado Social no sólo puede ser entendido como Estado que ha permeado a la sociedad sino que también como Estado que la sociedad ha permeado” Bobbio Norberto, 1989: 66-67).

Más allá de los procesos globales que apuntalan tales transformaciones, al interior de los sistemas sociales se experimentan movilizaciones tendientes a crear una ciudadanía, extensiva e intensivamente más amplia. Es decir, detrás de la premisa de que la sociedad socializa al Estado o bien, que politiza sus relaciones e instituciones, existe un gran despliegue de energías participativas surcando las sociedades tanto del norte como del sur, del este como del oeste. A decir de Offe este diagnóstico se apoya en tres fenómenos distintos: “a) El aumento de ideologías y de actitudes participativas que llevan a la gente a servirse cada vez más del repertorio de los derechos democráticos existentes; b) el uso creciente de formas no institucionales o no convencionales de participación política, tales como protestas, manifestaciones, huelgas salvajes; y c) exigencias políticas y los conflictos políticos relacionados con cuestiones que se solían considerar temas morales o temas económicos más que estrictamente políticos.” (Offe Claus, 1991: 164).

Como podrá apreciarse, la relevancia de la sociedad civil en las discusiones políticas contemporáneas se debe en gran medida a la construcción y multiplicación de espacios asociativos y participativos, a través de los cuales, los individuos convertidos en fuerzas sociales inciden preponderantemente en la configuración de los escenarios políticos.

Este proceso de reconstitución de la dimensión civil en la sociedad, tiene lugar en lo que la teoría habermasiana ha denominado el *mundo de vida*<sup>11</sup>. Es decir, el mundo de lo cotidiano edificado por el entramado de diminutos y poderosos hilos, el mundo de los valores y tipificaciones reproducidas en las acciones diarias de hombres y mujeres. En suma, el espacio en donde se opera, a través de procesos comunicativos, la transmisión de la cultura, la construcción de identidades, la socialización y la edificación de las solidaridades humanas.

No obstante, no pretendemos equiparar sociedad civil a *mundo de vida*, lejos de eso, entendemos aquí que la noción de sociedad civil es una dimensión del espacio mencionado, un momento, a partir del cual las creencias que dan sentido al actuar cotidiano comienzan a ponerse en duda y por tanto a perder legitimidad. Así por ejemplo, la violencia en casa deja de ser normal para problematizarse, mientras ciertas

---

<sup>11</sup> Si bien, el propio Habermas no ha desarrollado extensamente el concepto de sociedad civil, Arato y Cohen recuperan la teoría habermasiana y a partir de algunas de sus herramientas conceptuales han logrado definir con rigor dicho concepto. Será en torno a esta propuesta que se problematizará y debatirá la noción.

minorías étnicas se cuestionan aquellos roles que por costumbre se pensaba inamovibles. La gestación de espacios “civiles” implica necesariamente el replantearse las evidencias heredadas, redefinir y readecuar el conjunto de normas y principios que hasta entonces organizaban y definían al mundo de vida. Tales relaciones reflexivas y críticas con la tradición suponen una modernización cultural; la modernización cultural, en este sentido, hace posible el desarrollo de formas de asociación, de publicidad, de solidaridad e identidades igualitarias y democráticas post-tradicionales y post-convencionales (Arato Adrew y Cohen Jean, 1988).

De tal suerte, el *mundo de vida* es problematizado, pero sólo cuando se reconoce la naturaleza colectiva del asunto, cuando el problema deja de ser meramente individual para descubrirse y resaltar su influencia sobre amplios grupos sociales, sólo en ese momento es posible la construcción del piso civil de la sociedad.

De esta manera, la sociedad civil más que un lugar en sí, es un proceso constituido por acciones que se alzan en nombre de intereses, demandas o preocupaciones de ciertos colectivos, actos en donde los sujetos despliegan recursos de poder y cuyas consecuencias transforman obligadamente las interacciones sociales al igual que las relaciones de poder mismas.

En la formación de espacios civiles o cuerpos intermedios, una noción propia de lo “público” y por tanto de lo “político” va perfilándose. En ambos casos, un movimiento parece sacudirlos de la órbita exclusiva del Estado para tramitarse así una doble residencia que los ubicará también en ciertos espacios de la sociedad. De esta manera, lo público desde la perspectiva social se encuentra edificado por los deseos y aspiraciones generados en las acciones cotidianas; en donde, el apelar e invocar al “bien público” está alimentado por recursos provenientes del *mundo de vida*, de aquellos que una vez problematizados y tematizados cristalizan como centro del interés colectivo.

Por otra parte, esta dimensión tiene en sus protagonistas otra de sus especificidades, es decir, los actores responsables de edificar dichos espacios son justamente aquellos que no tienen cabida dentro del sistema político y que difícilmente se pueden expresar a través de los canales institucionales de participación. Se trata de actores que no se rigen por el principio o *media*<sup>12</sup> del sistema político, o lo que es lo mismo, no los mueve la obtención y el monopolio del poder, (en dado caso es un medio más que el fin de sus acciones) sino la defensa de su identidad, de su autonomía, así como la distribución de recursos para satisfacer necesidades.

---

<sup>12</sup> Desde la perspectiva de la teoría de sistemas propuesta por Niklas Luhmann la *media* es aquel principio coordinador específico de cada sistema que permite establecer claras las foronteras entre estos, al igual que entre estos y su entorno. Esta categoría es también retomada por Arato y Cohen para edificar su noción de sociedad civil. Arato Adrew y Cohen Jean *Op Cit*.

En suma, esta construcción paralela de lo público y lo político tiene por lo menos tres elementos claves que la distinguen de la publicidad y la política propia del sistema político: los temas, los actores y las acciones. En primer lugar los temas que conforman la agenda, cuya procedencia, como vimos, emanan directamente de la vida cotidiana, son cuestiones que solían considerarse ajenas a lo propiamente político, (básicamente asuntos de orden cultural, moral o económico) y que ahora empiezan a destacarse como problemas de interés público. Actores no institucionales cuya racionalidad se contraponen al orden jerárquico-burocrático de los actores del sistema, así como a su noción en torno al uso y finalidad del poder; y por último, las acciones que se desarrollan, es decir, la apertura de vías alternas de participación política, lo que lleva a dichos actores a valerse de un repertorio de acciones que los coloca en los bordes de la frontera institucional.

Esta realidad, hace necesario introducir una distinción analítica entre el concepto de la *política* y de lo *político*<sup>13</sup>, como formas diferenciadas de construcción de espacios públicos, en donde, el primer conjunto aparece por definición como el territorio de los partidos políticos, los procesos electorales y las instituciones de gobierno. En suma, el agregado de actores, temas y formas de expresión propias del sistema político; y por el otro lado, los sujetos, las preocupaciones y los procesos asociativos que surgen y se desarrollan en el *mundo de vida*, dando contenido a la noción de lo *político*.

Es en la segunda dimensión donde se configuran los espacios públicos que dan sustancia a lo que conocemos como sociedad civil, dichos espacios pueden ser reconocidos por un atributo inherente a su naturaleza: la autonomía. Dicha cualidad no significa una relación antagónica con su entorno y en específico con los sistemas político y económico. Es decir, no son universos autárquicos, lejos de eso, la autonomía reside en que el imperativo organizador de dichos espacios no es otro que la *acción comunicativa*.

Así, tenemos que los temas, actores y acciones de la sociedad civil se rigen bajo una racionalidad distinta al principio coordinador tanto del sistema político (poder) como del económico (dinero). Este hecho, como ya se venía anunciando, permite trascender el esquema dicotómico para ubicar el debate en un enfoque tripartito. Esta *diferenciación* constituye uno de los aportes de la presente propuesta, la cual además de permitir una mejor comprensión del conjunto social, posibilita ubicar dentro de la sociedad civil a todo movimiento o fenómeno asociativo que busque autoorganizarse desde sus propias bases y afirmar su diferencia tanto de instituciones del Estado como de las del mercado. De esta manera, "conforman la sociedad civil tanto los movimientos que buscan separar al Estado del mercado, como aquellos que tratan de crear espacios autónomos de acción respecto del Estado e impulsar la esfera pública"

<sup>13</sup> Cabe precisar que aquí retomamos esta propuesta elaborada originalmente por Marco Estrada Saavedra. Estrada Saavedra, Marco, *Actores Colectivos y Participación Política*, México, UIA-Plaza y Valdés, 1995, 178 pp.

(Avritzer Leonardo y Olvera Alberto, 1992: 231).<sup>14</sup>

Dentro esta triada, (sistema político, económico y mundo de vida) el mundo de vida ha sido históricamente vulnerado por los embates tanto del mercado como del Estado, éstos ámbitos se han fortalecido, penetrando y subordinado la reproducción de las instituciones culturales y sociales. Dicho fenómeno es denominado por Habermas como la “colonización del mundo de vida”.

La *diferenciación* a la que se hizo referencia es un proceso vinculado a la reconstrucción o en su caso, al desarrollo de la sociedad civil. El mundo de vida colonizado, ya sea por la acción económica o la estatal, no es otra cosa que la desarticulación asociativa y el desmebramiento de las tendencias solidarias. Las experiencias autoritarias muestran como desde el Estado se reprimió, se cooptó, y finalmente se pulverizó esta esfera utilizando el poder como recurso, del mismo modo, queda claro cómo algunos efectos del mercado pueden individualizar en forma extrema a las sociedades diluyendo todo lazo de identidad colectiva. Teóricos ecologistas como Dominique Simonnet han sintetizado esta visión de la siguiente manera “ni el poder, ni el mercado ni el Estado son del todo inocentes, ni uno más confiables que el otro”. (Simonnet Dominique: 1987).

Garantizar la permanencia del mundo de vida y por ende la existencia de la sociedad civil lleva irremediamente a pensar en las formas de estabilizar los entornos sistémicos, es decir, buscar los mecanismos para asegurar la subsistencia de los sistemas económico, político, así como del mundo de vida en tanto entidades diferenciadas. Esto sólo es posible con la existencia de un sistema jurídico “independiente” y “operativo”, y con el libre flujo expresiones públicas a través de canales permanentemente abiertos.

De esta manera, Arato y Cohen encuentran en el derecho una fuente de recursos que potencialmente tienden a apuntalar al mundo de vida; esto siempre y cuando la ley plasme demandas y aspiraciones proveniente de grupos sociales y lo más importante, que esté acompañada por una cultura política moderna que valore la auto-organización social y genere grupos e individuos que se valgan de esos derechos. En este contexto, podemos aislar tres complejos de derechos: aquellos concernientes a la reproducción cultural, (libertades de pensamiento, de prensa, de expresión, de comunicación); aquellos que aseguran la integración social (libertad de asociación y reunión); y aquellos que aseguran la socialización (protección de la privacidad, de la intimidad, inviolabilidad de la persona). (Arato Adrew y Cohen Jean, 1988).

En este sentido, la estabilización de la sociedad civil sólo tiene lugar dentro de

---

<sup>14</sup> Este principio de *diferenciación* ayuda a precisar, desde la perspectiva de los autores mencionados, el autoritarismo latinoamericano como un proyecto de fusión de sistemas o como la racionalidad estatal permeó y colonizó tanto al mercado como a la sociedad misma; de igual manera permite observar como el neoliberalismo, por el contrario, insiste en consagrar a las fuerzas del mercado como las determinantes organizativas de la sociedad. Ver Olvera Alberto, Avritzer Leonardo, Op.Cit. pp. 239.

sistemas democráticos en donde el estado de derecho es una realidad cotidiana. Así, pese a que los actores del ámbito civil tienden a denunciar los límites de la democracia formal, la protección de la sociedad civil se mantiene gracias a los recursos legales, a los procesos judiciales independientes, a la existencia de partidos políticos, de procesos electorales, a la multiplicidad de periódicos y revistas que permiten publicitar opiniones, a las libertades de reunión, asociación, manifestación, en suma, al conjunto de reglas y valores reinantes en las democracias formales.

La transiciones de Europa oriental y América Latina ejemplifican como las movilizaciones de la sociedad civil, además de canalizar sus energías hacia el desmantelamiento de los regímenes autoritarios, participan, con la misma intensidad, en la construcción o reconstitución de la democracia, intuitivamente los actores del mundo de vida reconocen la posibilidad de edificar espacios públicos autónomos sólo en aquellos sistemas políticos cimentados en principios democráticos.

Sin embargo, aunque democracia no es garantía de una sociedad civil estable, es innegable que la ciudadanía plena tiene lugar en aquellos países en donde el derecho brinda a los individuos los recursos para resguardarse de los excesos tanto del mercado como del Estado, así como también, la posibilidad de tomar parte e incidir en las decisiones y orientación de la vida social.<sup>15</sup>

Otro de los rasgos sustanciales de la sociedad civil tal y como en la actualidad se expresa y se piensa gira en torno a la llamada *autolimitación*. Esto significa, que si bien los movimientos y demás fenómenos asociativos tienden a cuestionar la democracia formal, y por otro lado, constituyen un núcleo crítico sobre los peligros del culto hacia el mercado, la vía revolucionaria como medio para generar bienes, para subsanar carencias y marcar las transformaciones históricas parece descartarse.

Este atributo se aprecia con claridad en los llamados Nuevos Movimientos Sociales, quienes tomando distancia de las experiencias revolucionarias buscan “reformular radicalmente” la realidad. Así, paralelamente a la ausencia proyectos macros, la democracia va ocupando el centro de las expectativas y acciones de estos grupos, bajo una modalidad: la legitimidad de la democracia no radica, aquí, “en el número de quienes tienen derecho a participar en las decisiones que les atañen, sino los espacios en los que pueden ejercer este derecho” (Bobbio Norberto, 1989:21-22). He aquí el contenido “radical” de la propuesta.

Los actores civiles tiende a subrayar los límites de la democracia formal aun cuando ésta constituya su propia garantía. Parecen alertar sobre la formación de oligarquías y la

---

<sup>15</sup> En este sentido, como el imperio de la ley y la transición a la democracia no son procesos concluidos, se puede afirmar que la sociedad civil mexicana se encuentra igualmente en etapa formativa, por lo tanto, su estabilización esta profundamente ligada a la creación de reglas y principios democráticos en el país y al establecimiento de un marco normativo claro e imparcial.



propensión de los sistemas democráticos a transformarse en competencias de élites. Esta crítica se traduce en acciones de grupos y movimientos tendientes a ensanchar los contornos democráticos sin provocar rupturas sistémicas. Esto significa multiplicar espacios para orientar y decidir sobre cuestiones de naturaleza pública, recorriendo el centro de las expectativas y acciones del Estado a la propia sociedad civil.

De esta manera, rompiendo una larga tradición estatolatras, las asociaciones y movimientos de hoy en día reivindican a la sociedad civil no sólo como el lugar de sus acciones, sino como el núcleo de su proyecto democratizador. Para ello, en mayor o menor medida, emprenden la tarea de destacar su dimensión política, politizando sus propias relaciones (laborales, vecinales, conyugales, de etnia, de edad, etcétera), creando zonas de conflicto cuya solución requiere forzosamente de su intervención, e insertando temas que engrosan las agendas de tomadores de decisiones.

En resumen, los actores de la sociedad civil comienzan por descubrir el poder existente en ellos para así emprender su ejercicio. Dicha energía se utiliza entonces en el fortalecimiento de los linderos civiles y en proteger la esfera de los flujos colonizadores, provenientes tanto del sistema político como del económico.

Sin embargo, el poder civil requiere de la *participación*, he aquí que se apele y subraye la dimensión participativa de la democracia. Desde esta óptica, la conjunción este binomio permite la independencia de asociaciones y grupos, la autonomía de sus espacios públicos, así como también, la posibilidad real de que los múltiples actores de la sociedad se conviertan en los agentes de cambios sociales, de incidir en territorios antes impensables.

Sólo en esta dimensión, la democracia se convierte en medio y fin, praxis y utopía de movimientos y asociaciones, y es en esta unidad, en donde reside el contenido radical de la propuesta reformista.

Por último, cabe señalar a los movimientos sociales como el fenómeno asociativo que con mayor fuerza propicia el resurgimiento de debates en torno a la sociedad civil, esta relación ha sido tan contundente que en algunos casos ciertos teóricos llegaron a igualarlos. Lejos de pretender eso, se reconoce aquí que los movimientos representan sólo una dimensión de la primera, quizá la más vistosa. No obstante, las fronteras de la sociedad civil rebasan por mucho las dinámicas de movilización que se gestan en su seno<sup>16</sup>.

La reconstrucción de los rasgos más sobresalientes de la sociedad civil, tal y como la actualidad se manifiestan, permite esbozar algunas características de los propios movimientos sociales que desde otras perspectivas tienden a diluirse. El análisis centrado

---

<sup>16</sup> Los multicitados Arato y Cohen, por ejemplo, enfatizan más en el aspecto institucional de la sociedad civil, en sus instituciones de reproducción cultural, identitaria y social. Esto por supuesto, parecería ir a contracorriente del análisis centrado en las movilizaciones. Pero, lejos querer abrir un debate esto se extrae únicamente para reconocer que la sociedad civil no se resume en los movimientos sociales.

desde la perspectiva de la sociedad civil, permite enfatizar en la dimensión política de los movimientos, cuestión que en la presente tesis es valorada de manera central.

De esta forma, a falta de un examen más profundo, aquí se resumen los atributos de los movimientos sociales vistos desde la óptica de la sociedad civil: a) los movimientos sociales son experiencias asociativas, que nacen y se desarrollan en el *mundo de vida*; b) los movimientos sociales son esferas construidas por la *acción comunicativa*; c) los movimientos sociales son espacios en donde los *individuos* se convierten en *semejantes*, (personas con necesidades o problemas comunes) es decir, se relacionan a través de *vínculos solidarios*; d) los movimientos sociales son experiencias colectivas que trascienden la dimensión individual de las personas para convertirlas en entidades con necesidades y aspiraciones *públicas*; e) los movimientos sociales constituyen *espacios públicos* en tensión permanente por la defensa de su *autonomía*; f) la existencia de diversos movimientos, de corrientes y redes al interno de estos expresan la *complejidad y pluralidad* de la sociedades modernas; g) los movimientos hablan de la dimensión *conflictiva* o contradictoria inherente a toda sociedad, los movimientos son luchas de sujetos colectivos por obtención de recursos; h) la acción de los movimientos sociales y en especial de los llamados *nuevos* tematiza la *diferenciación* de los *sistemas* económicos y político, así como la distinción del mundo de vida frente a los sistemas; i) los movimientos sociales conllevan una *autolimitación* que se expresa en su renuncia a emprender transformaciones de dimensiones globales y en la centralidad que la propia sociedad civil cobra como el lugar de acciones y proyectos.

## ...Y SIN EMBARGO SE MUEVE. APROXIMACION A LOS LLAMADOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

### HIPÓTESIS Y PREMISAS PARA COMPRENDER LA ACCIÓN COLECTIVA DE LOS COMPORTAMIENTOS IRRACIONALES A LOS VALORES POSMATERIALES

**L**a realidad es un eterno devenir, un movimiento perpetuo que rige los principios de la vida, la materia, la mente y por supuesto el comportamiento de la especie humana. Desentrañar los mecanismos que se encuentra detrás de las transformaciones ha sido preocupación central de toda disciplina cognitiva. La tarea, más allá del esfuerzo se antoja irrealizable; perseguir y capturar al movimiento parece tan factible como detener el tiempo o calcular el infinito.

No obstante, el conocimiento humano versado en proezas ha definido con éxito aquello que se mueve, la forma cómo se mueve, logrando determinar la dirección y previendo la concurrencia de comportamientos similares para futuros próximos o lejanos.

Sin embargo, son los cambios en las vidas de hombres y mujeres, aquellos que producen la mayor de las incertidumbres. Francia 1789, Rusia 1917 y 1991, Nicaragua 1989, Los Ángeles 1993, esos episodios, como muchos otros, han tomado por sorpresa a los observadores de su tiempo quienes difícilmente han previsto el desenlace.

Para comenzar es pertinente deslindar responsabilidades y ubicar a los actores y fuerzas que alientan el devenir de las sociedades. Si bien, uno de los papeles protagónicos recae justamente en los llamados movimientos sociales, (objeto de estudio de la presente tesis) el mérito no es exclusivo de ellos, las decisiones tomadas en los sistemas políticos y las contingencias ocurridas dentro de los sistemas económicos son fuentes de poderosas transformaciones, tampoco es posible ignorar los cambios en valores, creencias y saberes que definen a los hombres y a sus sociedades.

Los movimientos sociales, cobran relevancia sobre otras fuerzas y actores de los cambios porque representan y al mismo tiempo problematizan la esencia del

comportamiento de hombres y mujeres en su búsqueda de sentidos; implican un desafío teórico y metodológico al traer de la mano una serie de temas que a la luz de la acción colectiva cobran nuevas interrogantes. Así, al inquirir sobre el cómo y el porqué de la acción colectiva, los movimientos obligan a preguntarse por las mediaciones existentes entre el individuo y sus múltiples experiencias grupales, la forma y los motivos por los que se realiza este tránsito. Al pretender descubrir las causas que originan estos fenómenos, aparece la polémica entre objeto y sujeto, estructura y subjetividad, planteada en torno al factor determinante para el surgimiento de los movimientos; o en su caso, la manera en que estos se ligan para la producción de los mismos.

Por otra parte, como se observó en el capítulo anterior, los movimientos en tanto manifestaciones de la sociedad civil, expresan la urgencia de reconceptualizar y redefinir los límites entre lo público y lo privado, lo social y lo político, abriendo así una discusión en donde obligadamente convergen la sociología, la ciencia y la filosofía política.

La fascinación que despiertan y en ese sentido el reto que representan no termina ahí, la complejidad de las sociedades modernas adiciona otros elementos: la aceleración de los procesos y la multiplicación de campos y actores de conflicto. Hoy en día, con la transformación del conflicto central en múltiples polos de disputa, han surgido, en proporción similar, sujetos sociales, que se aprestan a intervenir sobre los acontecimientos de la historia. Diversos actores, distintos temas, variadas formas de organización, diferentes estrategias de acción son producidos a toda velocidad, día con día la novedad tiene un rostro distinto y así como intempestiva y sorprendentemente aparecen, de esa misma forma los movimientos salen y se extinguen (por lo menos sus formas visibles).

¿Qué es aquello que alienta a investigar y a reflexionar sobre los movimientos? Seguramente la seducción por lo nuevo, por lo diferente, por esos momentos de efervescencia en los que se hacen añicos las inercias del pasado y se producen valores e ideas frescos, momentos en los que las fuerzas creadoras ensayan y juegan a ampliar los límites de lo "permitido", "lo normal", "lo posible", creando pautas y normas que alimentarán nuevas instituciones. Es ese *Estado Naciente*<sup>17</sup> observado por Alberoni, el que parece atesorar los secretos y fundamentos de la vida, por eso, no es de extrañar que los deseos y pasiones por descubrirlos siempre estén a la orden del día.

Siguiendo con la línea de análisis propuesta por Alberoni, es de suponer que la *institución* (el otro lado de la moneda) perciba al movimiento como su enemigo mayor, como un peligroso desafío dispuesto a vulnerar su existencia; el movimiento pone en evidencia el fracaso y la incapacidad institucional de resolver dentro de sus propios límites las aristas de la convivencia humana, es la prueba fehaciente de que el

---

<sup>17</sup> El estado naciente y el estado institucional y de vida cotidiana forman el binomio que Alberoni denomina los dos Estados de lo social. Ver Alberoni Alberto; *Estado e institución. Teoría general*, Madrid, Editora Nacional, 1984.

perdido toda credibilidad; los referentes empíricos<sup>18</sup> nos hablan de que los actores de las protestas distan de ser entes desprotegidos, excluidos o explotados; de sujetos cuyos valores son ajenos a la idea romántica del retorno a un pasado idealizado; por otra parte, existe evidencia de operaciones realizadas dentro de los movimientos, en donde, en mayor o menor medida se ponderan los medios para maximizar ganancias; en suma, pruebas que sugieren la existencia de un mismo nivel de racionalidad, entre estos fenómenos y otros a los que nunca se les niega dicha cualidad (partidos, grupos de interés).

A la luz de los acontecimientos, la irracionalidad se entiende únicamente como recurso esgrimido por los detentores del poder para restar legitimidad a la movilización. Como consecuencia del bloqueo de comunicabilidad que media la relación entre institución y movimiento.

No obstante, y pese a sus magros alcances, las teorías del *comportamiento colectivo* fundamentaron posteriormente los modelos denominados de *privación relativa* (relative deprivation), los cuales se convirtieron en los primeros intentos para explicar las revueltas estudiantiles y las movilizaciones de los derechos civiles norteamericanos. Los enfoques continuaron sosteniendo la “rebelión de los márgenes” como argumento central, señalando la privación económica o política como el motor de las acciones de protesta. Sin embargo, un cambio cualitativo los distingue de sus antecesoras, los comportamientos colectivos no son tratados aquí como respuestas históricas obligadamente antinstitucionales, contrariamente se resalta la naturaleza de las reivindicaciones en donde el acceso, el reconocimiento y la participación proporcionan la clave de su disponibilidad a ser reabsorbidos dentro de las fronteras institucionales. Es el negro que pelea por ser reconocido con los mismos derechos que los blancos, o las mujeres por el acceso a espacios hasta entonces privativos de los hombres. (Riechman Jorge, Fernández Buey Francisco, 1994: 19-20)

Desde una lógica diametralmente opuesta a las teorías de la sinrazón, la frustración y la rabia, se encuentran las premisas que fundamentan la teoría de la *elección racional* (rational choice). Este modelo sostiene la idea-eje del individuo egoísta dotado de la capacidad para efectuar cálculos, en los cuales se ponen en juego costos y beneficios. Desde esta perspectiva, los individuos se involucran en acciones colectivas motivados por el interés de conseguir el máximo de ganancias, invirtiendo la menor cantidad de recurso.

Este enfoque supone que los individuos suelen calcular en términos de eficiencia su participación en experiencias colectivas, y que justamente es en esta operación en donde estriba la racionalidad del comportamiento. Se adhiere a determinadas protestas o se

---

<sup>18</sup> Estos referentes empíricos de los que se habla son los observados por los teóricos europeos (Offe, Melucci, Touraine, etc.) en los países desarrollados, aquí se reproduce el contraargumento a sabiendas de que su validez no es tal en casos como el mexicano, pero previendo su utilidad para negar esta teoría de comportamiento irracional, y así explorar otros enfoques.

participa en marchas, plantones o huelgas siempre y cuando el provecho supere los costos implícitos.

Para los teóricos de la elección racional como Mancur Olson, los fenómenos colectivos, en tanto concentrado de voluntades individuales, son en sí garantía de que la inversión de recursos será siempre mínima en comparación a las ganancias; el potencial colectivo ofrece ventajas claramente superiores a las acciones, que en solitario, los individuos emprenden para lograr sus propósitos.

Por otra parte, con la emergencia de lo que se suele llamar Nuevos Movimientos Sociales (NMS), los modelos explicativos han abandonando los enfoques de las causas estructurales para tratar de comprender dichas experiencias a través de sus fundamentos subjetivos. Aquí, la premisa que subyace es la de la transformación en la conciencia colectiva como fuente de cambios en las acciones sociales. De este modo, la dimensión subjetiva del individuo es ponderada sobre las visiones objetivas que advirtieron en todo movimiento respuestas a disfunciones o a crisis ocurridas en las estructuras económicas o políticas.

La línea de análisis trazada por el paradigma del *posmaterialismo* parte de los valores producidos en las sociedades occidentales, en las cuales el desarrollo capitalista y la intervención del Estado de Bienestar posibilitaron obtener niveles de seguridad económica y social nunca antes imaginados. Así, al quedar cubiertos lo que comúnmente se conoce como necesidades básicas de sobrevivencia y reproducción; el crecimiento, la distribución y la seguridad, temas sustanciales del *viejo paradigma*, comienzan a perder relevancia para amplios sectores de estas poblaciones.

Lo que antes fue considerado lejano o poco susceptible de ser amenaza, va ocupando un lugar central en las preocupaciones de hombres y mujeres de los capitalismo postindustriales. La autorrealización personal, la participación política, la búsqueda de autonomía y la libertad individual son algunos elementos del cuerpo de valores que definen al posmaterialismo, ellos constituyen los núcleos que articulan las nuevas protestas y demandas sociales.

Dada la complejidad de los movimientos, y en gran medida, debido también a que se encuentran en transformación permanente, las teorías expuestas con anterioridad han resultado esfuerzos que logran aprehender sólo aspectos parciales.

De tal forma, los detractores de cada una de estas ponen los acentos aquellas áreas en las que el modelo y la realidad parecen no ajustarse, negando, por lo tanto, la validez global del modelo. Así, esgrimiéndose evidencias empíricas se denostó a la irracionalidad como el elemento nuclear del comportamiento colectivo, anulándose de un plumazo las teorías del *collective behavior*; la marginalidad de los actores pareció no ser tan cierta frente a los movimientos estudiantiles y los NMS protagonizados por clases medias ilustradas, en ese sentido, la capacidad explicativa del modelo de *privación relativa* quedó igualmente en entredicho.

movimientos, que antes contemplaban con desdén dicho temas (sobre todo en movimientos ubicados a la izquierda de la geografía política) se observa también cómo la autonomía, la tolerancia o el respeto a los derechos humanos son valores que cobran una relevancia inusual como elementos del conflicto social. Otro elemento a apuntar es la tendencia de ciertos sectores de ver en lo político un terreno natural de actividad y participación, esta línea de acción a contrasentido de la privatización política, se encuentra en la base misma de toda protesta, sin este cambio en la mentalidad de los individuos, sin este interés por involucrarse en cuestiones del bien común es impensables toda actividad colectiva.

Los fragmentos arriba expuestos nos hablan de que los movimientos, en tanto sistemas multipolares, son realidades en las que pueden converger dinámicas aparentemente contradictorias: comportamientos emotivos y cálculos racionales mediando el impulso de los individuos en movimiento; grupos marginados unidos en causa común con sectores privilegiados; transformaciones estructurales resignificadas en novedosas construcciones valorativas, etcétera. Partiendo de esta concepción, la tarea estriba en buscar la forma dominante en la que se encuentran configurados estos y otros elementos dentro de la protesta social.

Así, de este recorrido por las teorías de los movimientos, la conclusión más importante que se extrae es su comprensión en tanto sistemas complejos. No obstante, hasta este momento no queda claro, cuáles son los rasgos más sobresalientes (además del expuesto) que permanecen y se encuentran en todo movimiento, aquellos que los hacen únicos y los distinguen de otros tipos de fenómenos colectivos. La respuesta debe buscarse en otros modelos cognitivos o en la posible conjunción de varios de ellos, esto será materia de reflexión del siguiente apartado.

## LOS MOVIMIENTOS SOCIALES: LA CONSTRUCCIÓN DE UN MODELO

Al relacionar movimientos<sup>19</sup> y cambio social, una primera definición salta a la vista, es la

---

<sup>19</sup> Antes de continuar es pertinente hacer la aclaración de que en el presente apartado tendría que efectuarse un deslinde de los siguientes conceptos: movimiento, actor y sujeto; los cuales en general suelen presentarse como sinónimos cuando en realidad no lo son. Efectivamente intuimos que estos representan diferentes niveles de concreción y abstracción, siendo el movimiento la síntesis empírica de múltiples determinantes concretas y abstractas, mientras que las otras dos categorías son niveles de abstracción de lo real que se concretan en movimiento gracias a la mediación de otros factores (Ver De la Garza Enrique "Los sujetos sociales en el debate teórico", pp. 15-16). Sin embargo, pese a la importancia la discusión, ésta rebasa con mucho las posibilidades de la presente tesis, así que en aquí se continuará utilizando indistintamente los tres conceptos. Por otra parte, también se hará uso como sinónimos de movimiento, protesta social, acción y fenómeno colectivo, siendo la primera es una dimensión del movimiento, es decir, el movimiento incluye la protesta pero no se resuelve en ella, mientras que de las otros dos el movimiento constituye un tipo específico de acción o fenómeno colectivo cuyas características se expondrán en este apartado.

otros como una unidad social, en una frase, es la llamada *identidad colectiva*.

Esta identidad es el punto de partida de todo movimiento, opera cuando los individuos reconocen en los otros, problemas, necesidades e inquietudes similares. Es decir, condiciones de vida que hacen de ellos hombres y mujeres *semejantes*. Pero, lejos de ser un punto fijo, uno establecido en función exclusiva de las situaciones previamente estructuradas, la identidad se construye en la dinámica del movimiento, se define constantemente en las orientaciones y en la acción misma. Es un **nosotros** que se crea no sólo por lo que somos, sino también por lo que queremos, por cómo lo queremos y mediante qué lo conseguimos.

Esto quiere decir, primeramente, que las situaciones de facto con las que se topa el individuo, como el habitar en tal o cual lugar, el trabajar en tal o cual empresa no producen automáticamente una identidad en movimiento: el ser vecino de la colonia Escandón o estudiar en la UNAM no garantiza militantes de la Asamblea de Barrios o activistas del CEU.

La creación de la identidad es un proceso por el cual los individuos generan y atribuyen significados a los campos estructurados. Es un proceso a través del cual se cuestiona y problematiza la legitimidad de las normas de la vida cotidiana, al mismo tiempo que se producen valores e ideas tendientes a suplantárselas.

Como ya se apuntó, la unidad inicial se recrea a lo largo del movimiento, alimentándose de pactos constante en torno a las orientaciones y las formas de la acción. Como es imaginable esto constituye un proceso que si bien puede cimentar el “estar juntos”, por otro lado, provoca rupturas y desagregaciones que suelen concluir en la muerte del movimiento. Por ello tanto, la construcción de identidades no es un proceso garantizado, su éxito o fracaso depende de las capacidades del propio movimiento, así como de factores que se encuentran en el campo de las oportunidades políticas.

Uno de estos elementos que interviene en la conformación identitaria son los líderes o jefes carismáticos, la importancia de estos se presenta en aquellos casos en donde el movimiento se construye sobre factores emotivos más que en la elaboración ideológica común o en la definición racional de metas y estrategias a desarrollar. En estos casos, el líder constituye el punto de equilibrio que soporta las tensiones que al interno se producen por la natural confluencia de individuos con diversas visiones. La necesidad de una figura que concilie tales diferencias se precisa cuando aquellas se ahondan y no se consolidan mecanismos sustitutos de articulación.

Por lo tanto, va destacándose una figura que al interno funge como árbitro y al externo como símbolo e interlocutor. Internamente, los líderes plasman los valores emergentes del movimiento, aquellos que son estimados por sus miembros de relevantes y positivos (los dirigentes son democráticos, a prueba de corrupción, autónomos, etcétera).



Adicionalmente, los líderes son revestidos de la capacidad de decidir y producir las orientaciones. Esta tendencia se afianza en la medida que se cosechan éxitos, no existe factor que genere mayor lealtad y provoque una cohesión interna más intensa que percibir el logro de objetivos como triunfos. Así la adhesión al líder y la unión del movimiento se presentan como variables muy próximas. Es una suerte de bonapartismo o cesarismo actuando a nivel micro en los procesos asociativos de la sociedad civil.

La relevancia de los liderazgos como factor de identidad varía según los casos específicos, pero es innegable que constituyen un factor destacado en la mayor parte. De esta manera, el "regreso del líder" es una realidad vigente, aún en aquellos movimientos que discursivamente toman distancia de las formas tradicionales de organización, ceñidas por la verticalidad y el caudillismo.

A falta de investigaciones empíricas más precisas, se puede advertir la presencia de liderazgos tanto en el movimiento feminista, como en el urbano popular, en los movimientos indigenistas, y también en los ecologistas. En estos casos los dirigentes suelen percibirse desde el exterior como el símbolo del movimiento total, y de esta misma manera pasan a formar parte de la memoria colectiva, por ello no es de extrañarse que los fenómenos colectivos se recuerden por sus líderes más que por su significación total (esto presumo sucede no sólo en México sino también en un buen número de lugares).

En los casos en los que el liderazgo no es el factor central, la integración simbólica se produce mediante en la invención o adopción de ciertas actividades colectivas (Alberoni Francisco, 1984: 217). Es el rito convertido en recurso para sobrevivir al tiempo, reavivar creencias y valores, y reafirmar la unidad del movimiento. De esta forma, se definen fechas, lugares y ocasiones para actuar colectivamente: el día de la mujer para el movimiento feminista; la caminata nocturna por los muertos del SIDA para el movimiento de lucha contra dicha enfermedad, el 12 de octubre para el movimiento indigenista, etcétera.

Otro aspecto esencial en la creación de la identidad colectiva es la construcción del enemigo, el adversario o entidad antagónica. La consolidación del nosotros se produce en la medida y con la misma intensidad con la que se ubica el ustedes o el ellos; a decir de Oliveira, "la identidad, más que en sí o para sí es para el otro" (Citado por Duran Víctor, 1992: 595).

En la búsqueda de lo que uno es y quiere, la interacción con los otros proporciona claves que ayudan a configurar dicha identidad. Esta es la forma en que corroboramos justo lo que no somos y lo que no queremos, o lo que queremos pero no poseemos. De esta misma forma, los sujetos colectivos observan en los otros, (sujetos sociales o instituciones) valores y contenidos que se oponen a aquellos que el movimiento produce, por lo tanto son investidos de cargas negativas.

El “otro” se construye igualmente a través de la atribución de significados, siendo así el culpable de la crisis, la encarnación de la corrupción, la fuente de injusticias, la amenaza a la libertad, a la paz, etcétera; y es precisamente por estos significados que al interno se cierran filas y se despliegan todos los esfuerzos por consolidar la cohesión, y hacer del agregado un bloque unitario, indivisible y por lo mismo indestructible. La percepción de un peligro externo surte el efecto de estrechar los lazos de solidaridad existentes, lo que a su vez retorna al exterior a través de mensajes que pueden codificarse de las siguientes formas: “unidos venceremos”, “la unidad hace la fuerza”, etcétera. En suma, la amenaza produce una identidad que se descubre unitaria, activándose así, uno de los principales recursos de poder del movimiento: su cohesión.

Esta relación con los otros proporciona una dimensión fundamental para comprender a los movimientos sociales: el *conflicto*. Los movimientos, por lo tanto, no son sólo fenómenos colectivos que generan cambios y se edifican por relaciones de solidaridad, aunado a ello, los movimientos establecen relaciones de conflicto con los otros.

A diferencia de otros fenómenos colectivos que operan con consensos sobre reglas y procedimientos para el uso de los recursos valorados, tales como las manifestaciones de júbilo por la victoria de un equipo deportivo o por la celebración de un concierto del grupo de moda, los movimientos son fenómenos colectivos que implican orientaciones conflictuales entre dos o más actores (Melucci, Alberto, 1991: 360).

¿Cómo se producen estos conflictos? La respuesta a la interrogante puede tener diversas interpretaciones. Melucci por ejemplo, establece que la disputa ocurre por la obtención de recursos simbólicos o materiales a los cuales se les atribuye un valor esencial (Melucci, Alberto, 1991: 360). Touraine por su parte, sostiene que la oposición entre sujetos tiene como centro neurálgico las orientaciones antagónicas sobre la historicidad, es decir, son grupos opuestos por la apropiación de una historicidad hacia la cual se orientan. (Touraine Alain: 68). Desde la perspectiva de Eder Sader, el conflicto y el movimiento mismo se originan por un proceso de atribución de significados a través del cual las ausencias son definidas como carencias y necesidades (Sader Eder, 1988: 42). Mientras, Chantal Mouffe señala que el antagonismo nace cuando un sujeto colectivo es promovido de una manera específica y al mismo tiempo su subjetividad es negada por otras prácticas (Citado Slater David, 1989: 10) Asimismo, el conflicto puede explicarse también por la persistencia de condiciones de injusticia, opresión y desigualdad vividas por ciertos grupos.

Pese a la gama de posibles explicaciones, los estudios sobre movimientos sociales han redimensionado el conflicto tal y como en la actualidad se produce. Esto es, se ha descartado la existencia de un conflicto central y se reconoce la emergencia de diversos escenarios en donde tienen lugar un sinnúmero de enfrentamientos sociales. Adicionalmente, los conflictos dejan de implicar la eliminación del oponente y la transformación global del sistema.

Estas premisas se sustentan en una lectura de los capitalismo contemporáneos tanto del norte como del sur, los cuales se han expandido, creando situaciones de conflicto en áreas consideradas tradicionalmente como privadas, subjetivas e incluso biológicas: el cuerpo, la sexualidad, los procesos cognitivos y emocionales, los códigos genéticos, así como la capacidad reproductora. De esta manera, la vida, el ocio, el placer y la muerte se convierten en temas y espacios de control y manipulación social, en donde nuevas formas de poder se ejercen por parte de los centros de decisión política, las agencias de información y comunicación y las grandes compañías transnacionales.

El conflicto en los movimientos sociales tiene una característica adicional que no debe soslayarse, la disputa aquí tiende a superar los límites del sistema en el que se produce. "Algunos fenómenos colectivos transgreden los límites de compatibilidad del sistema de relaciones sociales en el cual tiene lugar la acción. Llamo límites de compatibilidad al rango de variación que puede tolerar un sistema sin que se modifique su propia estructura" (Melucci, Alberto, 1991: 360). Aunque el sociólogo italiano no profundiza sobre el significado de esta transgresión es necesario definir algunos lineamientos para no confundirla con el cambio radical o revolucionario de la lucha de clases marxista.

Hemos apuntado la existencia de un amplio consenso en torno al abandono de proyectos y de transformación global en los movimientos contemporáneos. Sin embargo, se ha señalado también que los conflictos expresados por estos mismos trascienden las fronteras sistémicas. ¿Cómo conciliar estos dos niveles del conflicto? Por un lado, la existencia de diversos movimientos es un dato elocuente que permite comprender como los múltiples conflictos desvanecen la centralidad del enfrentamiento social y la hegemonía de cualquier actor.

Nos enfrentamos ante conflictos protagonizados por actores temporales, dispersos y monotemáticos, actores que emprenden luchas de profunda intensidad, cuyas repercusiones alteran notablemente los circuitos del sistema. Es decir, son acciones colectivas que infringen las normas institucionalizadas y desbordan las reglas del sistema. Ejemplos de ello son las disputas políticas que modifican la estructura de toma de decisiones o las riñas laborales que trastornan las relaciones obrero patronal. Sin embargo, la radicalidad tiene un límite, se encuentra autocontenida ante la posibilidad de una ruptura total. En términos sistémicos, el movimiento no apuesta a la transformación de la *media*, esto es, no atenta contra la ganancia como la determinante del sistema económico o contra el poder dentro del sistema político. Empuja todo lo factible de ser empujado teniendo como límite la propia estructura.

Asimismo, los conflictos actuales se encuentran caracterizados por su ubicación en un solo espacio y/o por abordar un tema exclusivo. Difícilmente las protestas de hoy articulan diversos enfoques o problemáticas más allá de las que le son naturales; las feministas no suelen involucrarse en asuntos ambientales y los verdes tienden a ser

distantes de las luchas de los colonos. Únicamente, en ocasiones alguna causa puede articular frentes amplios (la transición a la democracia, la limpieza electoral, los sentimientos nacionalistas, etc.) o bien un sector lograr cierta hegemonía momentánea (el ejemplo más fresco pueden ser los zapatistas). Sin embargo, estos casos suelen ser más bien la excepción y no la regla, la gran mayoría de los actores colectivos suelen permanecer en su trinchera.

Las repercusiones de esto en cuanto a la naturaleza del conflicto hace de los movimientos, fenómenos colectivos que no definen sus alternativas en términos de proyecto global, es decir, no están pensando a nivel del sistema político, económico o cultural y mucho menos de Estado-nación o de la sociedad globalizada<sup>20</sup>. En consecuencia, las acciones que emprenden no están encaminadas a transformar la totalidad.

De tal suerte, tenemos que los conflictos protagonizados por los movimientos sociales son disgregados, autocontenidos y monotemáticos, pero además de estos atributos, los conflictos revelan otro rasgo sobresaliente: la disputa por los *códigos de la información*.

De acuerdo con Melucci, en las sociedades actuales se hacen latentes dos tendencias opuestas que configuran uno de los dilemas cruciales de la modernidad; por un lado, la tendencia hacia la diferenciación y del otro, la necesidad de la integración. “En los sistemas de alta densidad de información los individuos y los grupos deben poseer cierto grado de autonomía y capacidades formales de aprendizaje y acción que les permitan funcionar de forma fiable y con cierto grado de autorregulación. Simultáneamente, los sistemas muy diferenciados tienen serias necesidades de integración y transfieren el centro del control social desde el contenido de la acción a sus lenguajes, desde la regulación externa de las conductas a la intervención en precondiciones cognitivas y motivacionales” (Melucci, Alberto, 1994:119).

Si bien los conflictos sociales se diseminan a lo largo y ancho del sistema social son en las áreas directamente vinculadas a la información y a la comunicación en donde tienden a concentrarse y producirse con mayor frecuencia e intensidad. Es en dichos circuitos en los que se producen los recursos tendientes a individualizar a las sociedades y también aquellos que se enfocan a cohesionarla e integrarla. En suma, son los espacios en los que se vive de forma directa las determinantes y los efectos del dilema antes expuesto.

Aquí, la premisa de la información como recurso de poder tiene expresiones muy concretas. Desde la sociedad civil, el acceso y el control de la información se traduce en la posibilidad de una mayor autonomía frente a los requerimientos de integración

---

<sup>20</sup> Sin embargo ciertas organismos institucionalizados del movimiento suelen pensar sus problemáticas a dimensiones de globalidad, pero justamente sólo en torno a sus temas, no hay una visión de transformación planetaria, las Cumbres Mundiales por el medio ambiente o por los derechos de las mujeres no dejan de ser monotemáticas.

provenientes de los poderes establecidos, al mismo tiempo es un medio insuperable para construir identidades sobre las cuales asirse frente al marasmo que representa la tendencia a la disgregación. En síntesis, en una sociedad basada en la información, la lucha por la apropiación y reapropiación de estos recursos vitales tiende a convertir dichos conflicto en conflictos relevantes.

Este planteamiento conduce directamente a la premisa de que los movimientos contemporáneos tienden a presentar sus mayores desafíos en el ámbito de la cultura más que en los de la política o la economía, debido a que los desafío vienen presentándose con mayor intensidad en torno a los lenguajes y códigos culturales.

¿Cuál es la importancia de poseer el control de estos códigos? Ante el incesante flujo de información producida en las sociedades modernas, los individuos seleccionan y se apropian de los mensajes a través de un proceso de atribución de significados por el cual se jerarquiza y se dota de relevancia a los múltiples productos informativos. Justamente es mediante estos códigos como la información adquiere sentido, como se valora y se ordena. Así por ejemplo, los códigos que sustentan los mensajes sobre la racionalidad involucran a la eficacia y a la eficiencia, haciéndolas pasar como los únicos contenidos verdaderos y naturales de la racionalidad; el bienestar por su parte se fundamenta en la capacidad de acumular bienes materiales, y la armonía familiar es concebida como naturalmente patriarcal y monogámica. En estos casos, el significado de la información se adquiere sólo a través de los códigos implícitos, los cuales lejos de ser valorativamente neutros se encuentran inmersos en relaciones de poder.

Gran parte de las orientaciones conflictuales de los movimientos sociales se encuentran centrados es el desafío por el control de la producción, la acumulación y la circulación informativa, es decir por el control de los códigos que informan y dan forma a la sociedad. Este núcleo antagonista se presenta en dos niveles, por una lado, como simple acto de oposición y resistencia ante los códigos informativos generados por los centros de poder y por otra parte, lo que quizá sea aspecto más elocuente, en la capacidad de subvertir los códigos dominantes. "Nombrar de modos distinto el espacio y el tiempo a través de a construcción de nuevos lenguajes que cambian las palabras empleadas por el orden para organizar nuestra vida diaria (...)" (Melucci, Alberto, 1994: 142).

En ese sentido, es como se pueden valorar los conflictos que, por ejemplo, representan en términos culturales los movimientos que legitiman las preferencias erótico-afectivas de individuos del mismo sexo; o bien aquellas que además de cuestionar los valores de bienestar impulsan nuevas formas de convivencia en donde la cantidad deja de ser sinónimo de felicidad; o de esos otros que en términos de estructura organizativa lanzan un reto frente a las normas establecidas que privilegian las formas verticales y burocráticas de organización. Todos estos implican en mayor o menor mediada desafíos simbólicos y culturales para las sociedades modernas, son en sí mismos mensajes que hablan de vías alternas de amor, familia, desarrollo y

organización, siendo el mejor contraargumento para desmitificar los valores hegemónicos que aparecen en la realidad como “inmutables”, “naturales”, “normales” y “únicos”.

Para concluir la exposición sobre la dimensión conflictiva de los movimientos sociales es necesario señalar que en el proceso de subversión de los códigos dominantes no intervienen exclusivamente mecanismos discursivos. Es decir no sólo se efectúa por lo que dicen los líderes, por la fuerza del pliego petitorio o por la consistencia del cuerpo ideológico, de hecho este es el nivel menos amenazante del desafío. Por el contrario, la fuerza irruptora radica en las prácticas que el movimiento realiza, en la acción social misma. Nombrar de modos distintos el espacio y el tiempo significa vivirlas de manera distinta, por ello, desde la misma configuración organizativa, los movimientos subvierten las formas en que las que es “natural” organizarse políticamente, de ahí en adelante su radicalidad residirá más en lo que hacen que en lo que dicen: vivenciar el tiempo sin la carga de utilidad y eficiencia, experimentar formas de desarrollo sin las constricciones del crecimiento económico, etcétera.

En otro orden de ideas, como ya se apuntó en el apartado anterior es fundamental comprender a los movimientos sociales como sistemas multipolares en donde coexisten diversos niveles analíticos que bajo una primera lectura pueden resultar mutuamente excluyentes, pero que sin embargo se encuentran ahí actuando simultáneamente; diversos niveles que atañen a los recursos, a los límites y a las orientaciones que dan forma al movimiento social.

En materia de recursos, la multidimensionalidad se expresa en lo más primario que es la composición misma del movimiento, en esa tensión entre el individuo y el grupo. Esto quiere decir que si bien, la identidad es una condicionante sin la cual no se produce ningún movimiento, también es cierto que el nosotros nunca cancela a los “yo”, quienes se manifiestan a lo largo y ancho de la acción colectiva. Esta idea corre a contrasentido de la visión unitaria de los movimientos, descubriéndose una realidad conflictiva en la creación de la identidad, en donde, por un lado, existen recursos unificantes que dan sentido a ese “permanecer juntos”, y por el otro, hay también restricciones de origen susceptibles de generar escisiones.

La permanencia de un movimiento determinado a lo largo del tiempo habla por sí misma de la victoria de las fuerzas unificantes sobre las disgregativas. No obstante, esto no niega lo que bien señala Alberoni, que aun en el movimiento cada miembro mantiene sus particulares objetos de amor, y la elaboración de sus propios proyectos. Sobre esta base es que pueden entenderse la formación de corrientes y fracciones, asimismo como de conflictos y rupturas que actúan en el seno de estas expresiones sociales.

A decir del propio Alberoni, la izquierda y la derecha de los movimientos tienen su origen en estas identidades fragmentarias que no terminan nunca por diluirse, y que, contrariamente, suelen materializarse en una ala susceptible de ser reabsorbida por la

institución, es decir, en ciertas tendencias dispuestas a pactar su reconversión hacia la institucionalidad (ala derecha) y del otro lado, en las corrientes de ruptura que prefieren experimentar fuera de estos causes la solidaridad y la orientación grupal (ala izquierda).(Alberoni Francisco, 1984: 203) Como es de suponer esta heterogeneidad en la composición tiende a aparecer una y otra vez durante la historia del movimiento, a través de tensiones en la reproducción de la identidad y en las orientaciones que se crean. La contención de estos conflictos dependerá de la fuerza de la integración simbólica, las amenazas del entorno, así como de otros recursos identitarios que logren sobreponerse a las diferencias emergentes.

Por otra parte, la multidimensionalidad puede ser observada en la producción ideológica de los movimientos, la cual lejos de ser fruto de un cuerpo de ideas consistente y unitario, es una mezcla ecléctica de premisas legadas del pasado. De tal suerte, los movimientos contemporáneos comparten cierta afinidad tanto con el populismo, el liberalismo, el conservadurismo, así como con el socialismo.

Según Claus Offe del populismo los movimientos adoptan la visión del Estado como actor central del desarrollo social, a quien se le debe exigencia sobre la protección de privilegios, el aseguramiento de “logros históricos” y “demandas elementales” de grupos específicos. Así por ejemplo, este ideario es claramente observable en las reivindicaciones de “gratuidad en la educación” y “del derecho a la vivienda” que esgrimen en México el movimiento estudiantil y el urbano popular, en donde, desde estas perspectivas, es el Estado quien tiene la posibilidad y el “deber” de garantizar el cumplimiento de dichas demandas.

Por lo que respecta al liberalismo, el grueso de los movimientos contemporáneos comparten con él, aquel objetivo de limitar al poder estatal y fortalecer los derechos y libertades civiles. De esta manera, aun en los propios movimientos que exigen soluciones por parte del Estado, en estos simultánea y paradójicamente se descubre la peligrosidad que éste representa, tanto para la autonomía y como para las identidades colectivas, por ello se encuentra en la doctrina liberal, en su dimensión política más que en la económica, un cuerpo de ideas para asestarle golpes y acotar al Estado.

Del conservadurismo, por su parte, extraen ciertos elementos para su crítica a la modernidad, así como el énfasis en la preservación de las comunidades e identidades tradicionales y los entornos sociales y ambientales. Estos recursos ideológicos permiten a los movimientos legitimar su rechazo a la modernización política, económica y técnica haciéndolas pasar como dinámicas incompatibles con los valores y entornos que se pretende defender. Esta tendencia conservadora es clara en los movimientos ecologistas e indigenistas, pero se encuentra igualmente en todas aquellas expresiones colectivas en donde el presente se cuestiona a la luz de un pasado idealizado y de una tradición que se sobrevalora.

Finalmente, la relación con el socialismo es quizá la más compleja, sobretodo si ésta

se contextualiza en el escenario nacional, en el que, como ya se ha comentado, muchos de los movimientos vigentes nacieron al amparo del ideario socialista. Así, el paralelismo entre ambos se da en torno a la visión sobre el capitalismo y sus consecuencias deshumanizadoras y destructivas sobre la vida social, al mismo tiempo, ambos descubren en la sociedad, la existencia de desigualdades y de relaciones de dominio y subordinación, las cuales, se señala, son producidas y perpetuadas por el modelo civilizatorio. La lucha por transformar las condiciones antes descritas ha proveído también de trincheras compartidas entre los movimientos socialistas y otros movimientos. Sin embargo, en la medida que estos últimos consolidan sus identidades particulares y sus orientaciones propias, logran separarse de la tutela de los primeros. (Offe, Claus, 1988: 186-188).

Por otra parte, para concluir con los argumentos en torno a la complejidad sistémica, encontramos que los movimientos pueden presentar diversos niveles con respecto a las formas de comportamiento que despliegan. Referente a estas, Touraine distingue tres tipos ideales; a) las **conductas de crisis organizativa**, es decir aquellas que aparecen como consecuencias de crisis económicas o políticas y que no se orientan hacia la transformación del orden establecido sino hacia el mejoramiento de la distribución de recursos; b) las **tensiones institucionales**, acciones colectivas que se producen como respuesta a los bloqueos institucionales, reivindicando el acceso hacia ellos; y c) las **protestas modernizadoras**, conflictos sociales alrededor de la noción de modernización a propósito del cambio social que se impulsa. (Touraine Alain, 1995: 241-243 y 248).

No obstante, si bien estas formas de acción son distinguidas por Touraine de su noción de movimiento social, (en la medida que ninguna integra sus tres niveles analíticos: identidad, conflicto y totalidad) él mismo reconoce que los movimientos lejos de presentarse de forma pura y son una mezcla de las conductas antes expuestas. Los movimientos pueden experimentar comportamientos de crisis organizativa y ser al mismo tiempo protestas modernizadoras, la presencia de uno o otro tipo de conducta, así como su relevancia, dependerá de los casos específicos a los que se enfrente el investigador.

En el mismo sentido pero partiendo de otra lectura, Klus Eder señala que las nuevas protestas se expresan de dos formas preponderantes, por un lado como *cruzada moral* y del otro como *grupo de presión*.

Con respecto al primero caso, aquí las formas de la acción colectiva se distinguen por la centralidad que ocupan los temas morales, siendo la moralidad el eje de articulación del movimiento. Su fuerza motora nace justo de oponer su estándar de valores frente a la realidad social, en tanto su legitimidad se consolida al evidenciar y alertar sobre las consecuencias desastrosas e injustas de tolerar este desfasamiento. Sus acciones concretas expresan la indignación moral, son batallas simbólicas que se



realizan a través de rituales en donde se desafían los códigos dominantes. Los movimientos que mejor representan estas formas de acción son sin duda los movimientos feministas y los movimientos por la paz, pero de igual manera la *cruzada moral* puede encontrarse en mayor o menores proporciones en el grueso de las acciones colectivas.

Ahora bien cuando se habla de movimientos que actúan como *grupos de presión*, se dice de aquellos que en el núcleo de su configuración se encuentran una serie de temas políticos no agendados con anterioridad por el sistema político. Movimientos que edifican en las instituciones políticas la interlocución de sus demandas y el destino de sus protestas. Insertarse en territorio de lo público, generar opinión pública y hacer presencia en los medios de comunicación es parte del accionar de esta dimensión política de los movimientos. (Eder Klaus, 1989: 14) De ello no se ahondará más por el momento justo por ser materia de reflexión de los siguientes capítulos

\*\*\*

Resumiendo, el presente apartado pretende ser una guía de los elementos constitutivos de eso que llamamos movimiento social, para ello se ha echado mano fundamentalmente de lo que en forma arbitraria denominaremos como *teorías europeas de la identidad*<sup>21</sup> en donde reunimos entre otros a Melucci, Alberoni, Offe, Cohen y Touraine principalmente. Junto con ellos el repensar a los movimientos sociales ha significado considerar las siguientes características: a) los movimientos sociales son actores colectivos que intervienen en las transformaciones de la sociedad; b) los movimientos implican la existencia de una identidad colectiva, un “nosotros” edificado a través de relaciones de solidaridad; c) la existencia de un conflicto en donde intervienen dos o más actores, el cual gira sobre temas únicos, no atentan contra las *medias* que organizan al sistema, y su radicalidad reside en la capacidad de elaborar y reproducir nuevos códigos culturales; d) son sistemas complejos multifactoriales y multidimensionales que hacen converger diversas formas de vida en cuanto a recursos, orientaciones y límites que se encuentran negociándose y transformándose permanentemente.

---

<sup>21</sup> Es importante afirmar que no estamos en realidad ante una escuela o corriente de pensamiento, basta con observar a los diferentes teóricos y presumir que entre ellos existe muy notables discrepancias en torno a temas y a la propia producción intelectual que cada uno ha realizado, de hecho aún este asunto que a todos compete (los movimientos sociales) sus visiones no son compatibles del todo, aunque a decir verdad también se encuentran notables coincidencias en cuanto al énfasis que ponen en el conflicto y la identidad como elementos fundamentales de dichos agregados sociales, así como en la trascendencia del ideario y del proyecto histórico y en afirmar que la aparición de los movimientos tiene que ver con las transformaciones fundamentales de las sociedades industriales. Ver Riechman Jorge; Fernández Buey Francisco; *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, pp. 26

Estos son a juicio nuestro los componentes analíticos que conforman a los movimientos, la próxima sección versará sobre la novedad que estos representan.

#### LA NOVEDAD DE LOS LLAMADOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Hasta este momento se había pretendido eludir lo más posible adjetivar a los movimientos como *nuevos*, a sabiendas que no se trata de un calificativo inocente sino justamente de uno que reviste cierta discusión acre sobre los movimientos de hoy en día. Lo nuevo se esgrime como recurso para desacreditar lo supuestamente viejo y negar su pertinencia, así la novedad más que una categoría de análisis se torna en recurso ideológico, esgrimido para cuestionar la validez de ciertos fenómenos. Al mismo tiempo, cuando se emplea la novedad de algún acontecimiento corremos el riesgo que por nuestra finitud y temporalidad estemos frente a sucesos que nos han acompañado desde siempre sin nosotros percatarnos. Por lo tanto, debemos ser precavidos y críticos ante la supuesta "novedad".

Para iniciar la reflexión es necesario delimitar sobre qué estamos hablando ¿cuáles son los movimientos podemos considerar como nuevos? En este sentido, es preciso señalar que los criterios varían según los enfoques y las realidades sobre la que se está pensando. La lista no es la misma en Brasil que en Alemania, en tanto que Offe puede considerar unos que Alberoni puede no contemplar.

Para México, los movimientos sociales más visibles y relevantes, aquellos que por el momento podemos pensar en términos de nuevo, son los siguientes: a) los movimientos urbanos cuyo eje de articulación lo constituye el "derecho a la vivienda"; b) el movimiento amplio de mujeres con el feminismo como su representante más elocuente; c) el movimiento juvenil teniendo al movimiento estudiantil como el más notable; d) el movimiento ecologistas en donde convergen ambientalismo, conservacionismo y ecologismo; e) los movimientos religiosos cuyas expresiones oscilan entre manifestaciones ultraconservadoras y aquellas cercanas a la teología de la liberación y a las comunidades eclesiales de base; f) las movilizaciones en torno a los derechos humanos en general o sobre grupos históricamente vulnerados en particular y g) y los movimientos étnicos-regionales con el indigenismo como su mejor exponente.

¿Qué tendrán en común todos estos movimientos que son susceptibles de ser enunciados en una sola categoría? A simple vista podemos encontrar que todos ellos son fenómenos ubicados en la reproducción más que en la producción. En términos marxistas son movimientos que se expresan en la infraestructura más que en la estructura del sistema. Por lo mismo, es un hecho que la novedad es atribuible justamente a aquellas expresiones colectivas no codificables en términos de clase, este

es quizá su uso más frecuente, oponer lo nuevo frente a los supuestos "clásico" y viejos movimientos de la clase trabajadora. La novedad entonces forma parte de un contraflujo teórico que comienza confrontando movimiento y clase para posteriormente, cancelar el valor de esta última.

Dicha interpretación es una constante tanto en el norte como en el sur del globo, en el primer caso ligada a la emergencia de valores posmateriales y a la crisis del marxismo, y en el segundo igualmente vinculada a la crisis de dicho modelo y a la emergencia de las teorías de la transición democrática (De la Garza Enrique, 1992: 15). En ambos casos, la pertinencia de la clase como noción articulante tiene como trasfondo dos realidades diametralmente distintas: la riqueza y la pobreza; la una y la otra generan paradójicamente consecuencias semejantes: desarticulación y pulverización de los entornos sociales.

Independientemente de la pertinencia de la noción de clase, al establecer la novedad de ciertos movimientos frente a las acciones de la clase trabajadora y de propia burguesía, incurrimos en una suerte de miopía intelectual, así es como lo sancionan Frank y Fuentes: movimientos de mujeres, étnico-nacionales, pacifistas y religiosos han existido desde hace siglos, mientras las expresiones de clase son fenómenos ligados al proceso de industrialización capitalista, que a lo más, data de hace unos doscientos años (Gunder Frank André y Fuentes Marta, 1989: 22). De esta manera, la novedad en los movimientos no puede radicar en que estos se constituyan a partir de relaciones de género, etnia, generaciones, preferencias sexuales, etcétera, por lo tanto lo nuevo debe buscarse en otras consideraciones.

Una de las salidas más recurrentes a la presente discusión señala que nos enfrentamos a viejos fenómenos bajo circunstancias inéditas, es decir, movimientos antiguos en situaciones nuevas. El énfasis por tanto se pone en el escenario más que en los actores. Las explicaciones entonces giran en torno a las transformaciones sufridas por el capitalismo en los últimos tiempos, cambios que han redundado en la intensificación y mayor visibilidad de conflictos hasta entonces en estado latente.

Dichas transformaciones tienen que ver con la crisis del esquema de crecimiento keynesiano y su sustitución por un modelo económico basado en la desregulación del comercio internacional (a través de acuerdos multilaterales destinados a cancelar permisos y aranceles para importar y exportar); un modelo que al interno permite y alienta la desregulación de su sector industrial y promueve una mayor flexibilización en su mercado de trabajo. Un esquema en donde el sector financiero y comercial comandan la integración mundial en detrimento del papel menos relevante de los sectores primario y secundario. En suma, un capitalismo que propicia cambios acelerados en las formas de organización y en la generación de tecnologías y estimula en la misma medida la proliferación de conflictos de toda índole y dimensión.

Estas modificaciones en las relaciones de producción inciden en la formación de una

científicos que descubren hallazgos en acontecimientos tan viejos como la humanidad y datos que confirmen que las supuestas semejanzas son meramente formales.

A decir de Melucci, tanto los críticos de la novedad como quienes la apoyan cometen en el mismo error epistemológico; continúan asumiendo a los movimientos en tanto entidades unitarias y homogéneas. (Melucci Alberto, 1994: 123). De tal suerte, los análisis gira en torno a sí el movimiento feminista en bruto es nuevo con respecto al movimiento sufragista de principios de siglo o sí los movimientos estudiantiles de los ochenta representan desafíos inéditos con respecto a sus correligionarios de los sesenta. Estudios de tal naturaleza pasan por alto que los movimientos son sistemas multidimensionales en los que es factible encontrar rupturas y continuidades.

La comprensión de lo nuevo es pertinente sólo si se somete a los movimientos a un proceso analítico en donde queden individualizados sus componentes. Un estudio detenido de su base social, su estructura, sus orientaciones y contenidos que permita descubrir los aspectos ligados a fenómenos históricos y al mismo tiempo, los componentes que en realidad constituyan hechos inéditos.

El buen desenlace de una operación de dicha envergadura implica tener a un movimiento concreto como referencia permanente. Sin embargo, las pretensiones del presente apartado, al ser de carácter general obligan a realizar evaluaciones someras de las rupturas y continuidades generales de los movimientos en su totalidad, de acuerdo a los siguientes componentes: estructura, base social y contenidos.

#### Comencemos por los *contenidos*.

A la par que estos movimientos emergen y se desarrollan, somos testigos de como se producen otros, cuya denominación podría ser la de movimientos *balcanizados*. Se trata de fenómenos que en tanto movimientos implican una identidad colectiva, una dimensión conflictual y la presencia de acciones tendientes a producir u oponerse a cambios sociales. Son movimientos que emergen desde la sociedad civil como producto de la fragmentación y la atomización de la sociedad, movimientos antisistémicos que se fanatizan y se encierran en sí mismos desplegando formas de acción autoritarias, xenofóbicas y ultranacionalistas. Frente a estos movimientos y a otros del pasado, la forma más eficaz de distinguir a los que reconocemos bajo el apelativo de nuevos es justo a través de los valores que todos ellos expresan, mediante un examen de sus contenidos y la agrupación de éstos por coincidencias y semejanzas

Precisamente, ha sido alrededor de los contenidos valorativos sobre los que se ha realizado un énfasis especial para descubrir la novedad de estas acciones, dicho esfuerzo intelectual se encuentra concretado en la llamada teoría del *posmaterialismo*. Esta como hemos visto apela a las transformaciones en los códigos culturales, los cuales, se dice, dejan de estar ligados a las nociones del trabajo, bienestar, seguridad y producción, encontrándose mas bien centrados en preocupaciones como la autorrealización personal, la participación política, la necesidad de autonomía, la libertad, etcétera.

idealizado y romántico. Se trata entonces de valores que sintetizan una herencia legada de los movimientos progresistas tanto de la burguesía como del proletariado.

Podemos afirmar, por ello, que los valores expresados aquí resultan esos que fundamentan y dan cobijo a las sociedades modernas, al igual que a sus instituciones políticas y económicas, por lo tanto, la protesta no estriba en negarlos o sustituirlos, la fuerza de los movimientos radica en descubrir las incongruencias entre lo que la institución dice que es y lo que en realidad hace, en esta incompatibilidad y posterior descomposición de los valores que las propias dinámicas económicas y burocráticas se encargan de realizar paulatinamente. Así, lejos de representar un rechazo global a los valores vigentes, los movimientos deben entenderse como expresiones colectivas que presionan para la radicalización de estos mismos, como recordatorios constantes para su cabal cumplimiento en armonía con la vida natural y social.

Si bien, en términos de contenidos los movimientos no representan innovaciones fundamentales, habrá que buscar en otros aspectos como su estructuración interna y ver si ahí encontramos la cualidad mencionada, buscar en las formas organizativas que viene adoptando la protesta social y valorar si estas representan alguna innovación con respecto a las formas tradicionales de organización política y social.

Hemos señalado que es justo en el terreno de la organización en el cual los NMS lanzan uno de sus mayores desafíos culturales, es en el tipo de organización edificada en donde se impregnan los valores y contenidos que ellos enarbolan, son la consecuencia operativa y práctica de los ideales antiautoritarios, antiburocráticos y autogestivos que tanto pregonan y de los que tanto se ufanan los activistas de los movimientos.

Estos episodios de efervescencia colectiva, tienden a articularse de forma opuesta a las instituciones que se pretende impugnar, configuradas éstas mediante sólidos lazos dispuestos de manera ascendente y descendente para facilitar un tipo de comunicación invariablemente vertical, instituciones cuya estructura contempla niveles bien definidos y funciones perfectamente establecidas dispuestas para evitar interferencias dañinas que afecten la eficacia del funcionamiento global.

Organizaciones en las que las fronteras entre tomadores de decisiones y operadores de las mismas se encuentran claramente definidas y dispuestas de tal modo, que son casi imposible los tránsitos de uno lado hacia el otro; en donde las exigencias para ser parte y participar en la vida interna se encuentran reguladas normativamente, y en donde el funcionamiento global de la institución se halla subordinado a las necesidades, tiempos y lógicas de los sistemas a los que pertenece.

Contrariamente a los atributos antes mencionados, la literatura sobre NMS sanciona que éstos presentan una estructura descentralizada y antijerárquica, extremadamente sospechosa de los liderazgos y de la burocratización de sus vínculos. Se trata de movimientos con una marcada tendencia a generar mecanismos internos de participación democrática, los cuales implican una comunicación más horizontal y la

distribución en muchas manos de las decisiones cotidianas, son experimentos que procuran rotar funciones y practicar un igualitarismo que elimine las diferencias entre los de arriba y los de abajo, de una articulación en la que las atribuciones de los líderes sean acotadas y transitorias.

Otra característica de la articulación interna se refiere a los criterios de inclusión de simpatizantes y activistas, estos lejos de estar pensados para agrupar a los representantes más avanzados de la ciudadanía, resultan ser laxos e inclusivos. De hecho, la mayoría de los NMS lanzan su convocatoria en términos universales, y aun aquellos caracterizados por un rasgo sectorial a priori (los movimientos indígenas, los de liberación homosexual, los de mujeres, etc.) se encuentran lejos del esquema leninista de la vanguardia. De esta manera, todo mundo puede participar en los movimientos, además los participantes no se encuentran sometidos a exigencias de incondicionalidad que los aprisione; se colabora cuando se quiere y cómo se quiere, se sale y se entra con entera libertad. Este es quizá una de las propiedades más seductoras de los movimientos, una cualidad que hace de ellos un tipo específico y los distingue de otros fenómenos de participación colectiva.

Aunado a todo ello, la configuración de los movimientos se encuentra dispuesta para actuar lo más autónomamente posible, creando deslindes claros de partidos, instituciones gubernamentales y agencias económicas. En esta línea los llamados NMS representan un cambio cualitativo con respecto al movimiento obrero, el cual solía mantener una relación estrecha con partidos socialistas y/o comunistas, subordinándose ocasionalmente a las directrices de estos. Los movimientos por el contrario son celosos vigilantes de su autonomía e identidad.

La reflexión en torno a la estructura de los movimientos puede llevarnos a una confusión sino procedemos a aclarar que el análisis puede tener dos dimensiones, por un lado, ser referente a las organizaciones concretas que conforman un movimiento, "visión micro" y por el otro, al resultado de la interacción de grupos e individuos en movimiento que denominaremos como *redes de movimiento*, "visión macro".

Con respecto a la primera opción, podemos señalar que gran número de estudios han versado justamente sobre organizaciones en específico, bajo esta perspectiva se investiga y analiza a Greenpeace o al Grupo de los 100 como equivalentes del movimiento ecologista, a la UPREZ o a la Unión de Colonias Populares como sinónimos del movimiento urbano. No obstante, suponer grupo y movimiento como nociones que se contienen, significar cometer un error de considerables dimensiones, por el contrario, se debe entender al movimiento como una realidad superior cuantitativa y cualitativamente de las organizaciones que engloba.

Sin embargo, tampoco pueden obviarse las unidades del movimiento y por tanto realizar estudios sin ningún contacto con las referencias empíricas, esto sin duda conduce también a resultados poco certeros. Lo que procede entonces es dejar de

confundir los dos estados y realizar estudios contemplando las diferencias entre ambas dimensiones.

A nivel micro podemos afirmar que los organismos que conforman los NMS tanto de mujeres como ecologistas, urbano populares y juveniles transitan por cambios notables en su organicidad. Estas transformaciones no niegan los atributos antiburocrático y antijerárquicos descritos más arriba pero si implican ciertos matices que no habían sido contemplados.

Para comenzar, es pertinente señalar que las características estructurales definidas con anterioridad son inherentes a la infancia y adolescencia de los NMS, esto es, fueron tomadas del período de creación y efervescencia por allá de los setenta y principios de los ochenta. Hoy, somos testigos del tránsito de dichos grupos hacia pautas de convivencia interna más institucionalizadas y formales, de la creación de estructuras más consistentes y estables.

Es indudable que a lo largo de estos años, la necesidad de sobrevivir a la coyuntura ha provocado el establecimiento de reglas de procedimiento y organización que antaño ni siquiera se contemplaban. Somos testigos del florecimiento de Organizaciones No Gubernamentales (ONG) y de partidos que adoptan la política de los NMS, (entre los cuales, los más sobresalientes son sin duda los partidos verdes) todos ellos constituyen formas de organización novedosas que materializan salidas al dilema de “adquirir una morfología de institución” o “permanecer en movimiento permanente”.

Sin lugar a equivocaciones, los valores de la democracia directa, de la autogestión y la solidaridad siguen permeando las acciones y las formas organizativas de grupos ligados a movimientos, pero también es igualmente cierto que estos han venido adoptándose a formas que concilian los deseos de democracia y de efectividad.

Es un hecho que la ortodoxia igualitarista y ultrademocrática empantanó a numerosas organizaciones en una suerte de movilidad reumática cuya consecuencia última fue la extinción de múltiples grupos, así aquellos que lograron sobrevivir establecieron contrapesos, mediando entre la pretensión de ser organizaciones rudimentarias por lo que hace a sus miembros, programas, representantes, empleados y cuotas, y por el otro lado, la tentación de convertirse en instituciones burocratizadas y jerárquicas.

Estas expresiones intermedias se caracterizan<sup>22</sup> por ser numéricamente pequeñas, es decir funcionan como poca gente, esta desventaja de origen se compensa en el momento en que los activistas son capaces de sistematizar su experiencia y convertir su participación improvisada en práctica profesional. Esta profesionalización transforma la

---

<sup>22</sup> Las siguientes reflexiones son extraídas de la trabajo de campo sobre las organizaciones de la sociedad civil, realizadas en el marco del proyecto “El D.F. sociedad, economía, política y cultura”, proyecto de investigación del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM, coordinado por Lucía Álvarez.

orientación de las organizaciones, las cuales dejan ser meramente reivindicativas y de denuncia para pasar a constituirse como centros generadores de propuestas, de alternativas cuyos sustentos técnicos y operativos pueden estar a la altura de los que emanan de los propios núcleos de poder.

A la par de la profesionalización un proceso de especialización va ocurriendo, de esta forma, los grupos que anteriormente pretendían abarcar todo van centrándose, de manera natural, en uno o varios aspectos particulares, así dentro del movimiento feminista van consolidándose grupos ocupados en la violencia hacia las mujeres, otros en la salud reproductiva, y otros más en la lucha por una participación política más equitativa. Esta tendencia se manifiesta de igual manera en los grupos ambientalistas, en los de derechos humanos y también en los juveniles-estudiantiles.

Así, el que los grupos sean propositivos, profesionales y especializados tiende a reformar la pretendida horizontalidad e informalidad grupal, de tal suerte al interno comienzan a diferenciarse claramente funciones y por tanto a delegarse atribuciones específicas para cada uno de los miembros. El organigrama se complejiza, al interno del grupo surgen instancias diferenciadas y un nivel de jerarquización se dibuja con puntualidad, las decisiones de carácter operativo son tomadas cotidianamente por ciertos miembros haciendo a un lado las prácticas ultrademocráticas que obligaban consultar todo a la comunidad entera. Sin embargo, las decisiones en donde se reorientan los aspectos doctrinarios y programáticos siguen siendo tomadas por la mayoría de los integrantes, aunque ahora en instancias creadas ex profeso: asamblea general, asamblea de socios, etc.

Por lo que representa a la condición de sus integrantes, cabe señalar que aquí vuelve a definirse una brecha entre los de “adentro” y los de “afuera” entre “activistas” y “simpatizantes”, el hecho de la profesionalización ha convertido a los grupos del movimiento en fuentes de trabajo para muchos de sus integrantes, siendo ellos quienes viven cotidianamente los cambios en las orientaciones, quienes reafirman o generan los valores y ponen en marchas los programas y proyectos. Frente a ellos, se ubican los grupos de apoyo o la población beneficiaria, que la mayor parte del tiempo se encuentra lejos de intervenir en la dinámica interna del grupo.

Finalmente, otro indicador del proceso de institucionalización es la tendencia cada vez más extendida de poseer una personalidad jurídica<sup>23</sup>. Este acontecimiento implica una profunda transformación en la visión de los NMS con respecto al Estado y a las relaciones que mantiene con él, lo que no significa que de la noche a la mañana hayan dejado de ser contrincantes o entidades opuestas, pero sí que la beligerancia se ha matizado, implicando en principio, un reconocimiento mutuo mediado por el status legal, el cual impone a ambos contrayentes el reconocimiento de derechos y obligaciones mutuas.

<sup>23</sup> En México las figuras jurídicas más utilizadas por este tipo de organizaciones son las de Asociación Civil (AC) e Institución de Asistencia Privada (IAP).



El registro legal permite a los grupos ser aceptados como interlocutores legítimos del Estado, y por lo tanto, ser requeridos para trabajos conjuntos, consultas o asesorías, igualmente por esta vía tienen la posibilidad de solicitar y recibir financiamientos o donativos, sean estos del país o de fundaciones extranjeras; del otro lado, los grupos se encuentran obligados a actuar dentro de los cauces de la ley, a declarar su patrimonio y pagar impuestos. En suma, el nuevo vínculo con el Estado es regulado por un marco normativo, en donde además de establecerse beneficios y deberes, permite que el conflicto subsista contenido por reglas que impiden el exterminio de alguna de las partes.

El otro nivel de la discusión sobre la estructura, se encuentra centrado en el conjunto de individuos y grupos que comparten una cultura conflictiva y una identidad colectiva, es decir, de las *redes de movimiento*.

La mayor de las veces, cuando pensamos en los movimientos hacemos referencia no a los grupos en particular sino a una articulación más extensa y compleja, de ahí que Melucci y otros autores sugieran que la noción de movimiento tiene alcances reducidos frente al complejo fenómeno que se pretende abarcar. De esta manera, la articulación de grupos e individuos cuya consistencia es la de una federación de asociaciones, tiene que ser aprehendida por una categoría que refleje dicha propiedad. Describir a un movimiento como *red de redes* parece ser, en ese sentido, la mejor opción.

La red implica a una serie de pequeños grupos con diferentes niveles y formas organizativas, con distintas orientaciones y una tendencia a especializarse en múltiples áreas, es decir, grupos que aparentemente trabajan de manera aislada. No obstante, la red encierra minúsculas arterias comunicantes que entrelazan y regeneran la identidad común, fortaleciendo adicionalmente la unidad del movimiento; estos vínculos se construyen a través de encuentros, revistas, periódicos, foros, festivales artísticos, y una serie de eventos regulares.

En aquellos casos en donde se pretende materializar las redes en estructuras, cualquiera que sea el motivo, (dar continuidad a la comunicación, fortalecer los vínculos o potenciar la acción, etc.) se adopta la constitución "clásica" de los movimientos: estructura horizontal, antijerárquica, informal y lo más rudimentaria posible. Melucci señala que la generación de redes con estas características lejos de ser un fenómeno temporal es un cambio morfológico en la estructura de la acción colectiva. (Melucci, Alberto, 1989: 18)

Quizá en esta conformación de redes, los movimientos presentan una de sus mayores innovaciones. Sin embargo, cabe señalar que la visualización de estas depende en gran medida del ciclo en el que se encuentre el movimiento, sea este el de *latencia* o el de *visibilidad*.

Los movimientos además de presentar ciclos de nacimiento, clímax y muerte, experimentan otro tipo de períodos caracterizados por extensas fases de reflujo y

súbitos despertarse de efervescencia. Dos polos que recíprocamente vinculados cumplen funciones específicas para inyectar de vida a todo movimiento.

Por un lado, tenemos esos grandes períodos de latencia, que desde fuera son vistos como largos aletargamientos próximos a la extinción, pero que al ser analizados más de cerca, dan cuenta de una intensa actividad que ocurre tras bambalinas, es decir, fuera de los focos de la atención pública. La latencia sucede en el tiempo en que el movimiento abandona momentáneamente los temas y lugares públicos y se resguarda en la vida cotidiana, en donde a manera de laboratorio experimentarán la pertinencia de nuevos modelos culturales. Así, desde lugares poco seductores para los ojos de la opinión pública, los grupos e individuos **enredados** trabajan de manera imperceptible pero consistente, produciendo códigos y significados alternativos a los que prevalecen en las sociedades modernas, recursos que le serán de suma utilidad en el momento que se involucren en situaciones antagónicas por la implementación de estos códigos y la producción de las orientaciones históricas.

Por otra parte, en los momentos de visibilidad los lazos que comunicaban a los distintos grupos se hacen diáfanos, y lo que antes parecía disperso emerge como unidad. Las redes sumergidas en lo cotidiano salen a la superficie pública enfrentándose en bloque a una autoridad política o a otro sujeto; los motivos pueden ser variados: agravios, injusticias, sentimientos de opresión, etc. De esta manera, los movimientos aparecen de la nada produciendo orientaciones distintas a las que realizadas por la entidad antagónica. La fase de visibilidad, permite al movimiento coordinar sus impulsos de transformación cultural y las demandas concretas que producen el conflicto, presentándolas cohesionadamente.

Como ya se mencionó, estos dos polos están interconectados y cumplen funciones vitales para el movimiento. “La latencia hace posible la acción visible porque proporciona los recursos de solidaridad que necesita y produce el marco cultural dentro del cual surge la movilización. Ésta última a su vez refuerza las redes y la solidaridad entre sus miembros, crea nuevos grupos y recluta nuevos militantes atraídos por la acción pública del movimiento que pasa a formar parte de dichas redes” (Melucci Alberto, 1994: 146-147).

Para concluir la reflexión en torno a la *latencia* y *visibilidad*, falta señalar que cuando el énfasis de la investigación se pone en los grupos específicos, lo más probable es que se esté frente a un período en donde al movimiento difícilmente se aprehende en su complejidad de vínculos, es decir en su calidad de red. Pero justamente cuando el movimiento se encuentra en su etapa visible, las redes saltan a la vista y entonces es factible emprender estudios que den cuenta de su naturaleza pluridimensional.

Otro nivel de análisis del que es pertinente hacer referencia para discutir la novedad de los movimientos es el referente a la base social de los mismos.

De acuerdo con Frank y Fuentes, la composición social de los movimientos varía

según el lugar en donde se fija la atención, así por ejemplo, en los países del norte estarían conformados por miembros de las clases medias, esta composición refleja, según los autores, la tendencia de estas sociedades a estratificarse en forma menos bipolar, por su parte, en los países del sur, los segmentos de la población movilizada son principalmente sectores populares, los cuales además de ser los grupos con mayor peso numérico, son quienes sufren las injusticias y privaciones con mayor e intensidad, y por lo tanto son los actores que más recurren a las protestas.

En este sentido, Carlos Vilas coincide con los autores antes mencionados y afirma que en este lado del hemisferio los movimientos sociales siguen siendo protagonizados por los actores del mundo de la pobreza y la opresión, por lo tanto, la capacidad explicativa de la categoría de "clase" no sólo es viable sino además resulta pertinente. Señala también que bajo la dimensión de lo *popular* se viene expresando hoy en día las acciones de las clases campesina y trabajadora, así como de las clases medias y de la pequeña burguesía, en donde lo popular articula además de la explotación económica, la opresión política y la pobreza. De esta manera, lo popular permea a casi todas las movilizaciones y protestas ocurridas en décadas recientes: a las luchas por democratizar los regímenes políticos, a la defensa de los derechos humanos, a los movimientos de mujeres, a los conflictos étnicos, a los de protección del medio ambiente, etc. (Vilas Carlos, 1995).

Sin embargo, habrá que precisar que tanto en el norte como en el sur del globo, los movimientos de naturaleza no reivindicativa, es decir los que no se agotan en demandas puntuales, y establecen en la humanidad entera su población-destino; movimientos tales como el ecologista, el feminista, el de lucha por la paz, y el de derechos humanos se encuentran conformados por las clases medias, la anterior característica se halla ampliamente documentada, tanto en estudios emanados de los países del capitalismo avanzado como también en los del llamado subdesarrollo.

No obstante, la afirmación anterior debe ser matizada con la siguiente reflexión.

Por muy laxo y horizontal que aspire ser cualquier movimiento, en el sentido de no generar estratos o niveles de participación, el hecho es que en la dinámica de todos ellos se producen diferencias en el grado de involucramiento de los participantes, así como en la capacidad de sus miembros de producir decisiones e intervenir en los aspectos que corresponden a la vida interna de una organización. Por ello, en cualquier movimiento es fácil distinguir entre el "grupo soporte" y el "grupo de resonancia"; el primero formado por activistas permanentes o constantes, los cuales suelen ser aquellos presentes en las fases constitutivas y quienes asumen la mayor parte de las responsabilidades, produciendo también las orientaciones del movimiento. El otro conjunto, el grupo de resonancia, son lo que comúnmente se conoce como simpatizantes, los individuos y grupos partidarios de las causas de una movilización cuyo nivel de participación resulta menos intenso en comparación a los primeros.

La distinción resulta ser necesaria si se analiza la base social, puesto que la composición entre ambos grupos puede resultar diferente, y ocurre que mientras el grupo soporte presenta características homogéneas, los simpatizantes provienen de todos los segmentos de la sociedad.

Hecha la aclaración, se puede plantear que son las clases medias el grupo soporte de los movimientos sociales arriba mencionados, el hecho en sí puede no representar ninguna novedad, ya que en otros períodos es fácil ubicar a los sectores medios encabezando levantamientos, participando en protestas o inspirando revoluciones, lo novedoso aquí resultan las consecuencias, sobretudo las implicaciones sobre los contenidos de la política que imponen los radicales de la clase media.

Los estratos que convergen en los NMS son los siguientes:<sup>24</sup>

a) la nueva clase media; segmento caracterizado por un alto nivel educativo, seguridad económica, empleo y disposición de tiempo libre. Son los profesionales de los servicios sociales y culturales, aquellos que se encargan de proporcionar asistencia para reparar algunos desajustes del desarrollo (trabajadores sociales, psicólogos, maestros, etc.). Es aquella clase que al no tener "conciencia de clase" plantea sus exigencias de forma dispersa o más precisamente de manera universal, en donde la humanidad entera y no un sector específico es la destinataria de los beneficios. Es en suma, la clase cuya tarea es ocuparse de los "desvalidos" o "desprotegidos" justamente por no pertenecer a ellos y por contar con los recursos para hacer algo efectivo (información, conocimiento, relaciones, etc.). Este es el segmento primario o de soporte de los NMS.

b) Elementos de la vieja clase media; compuesto de pequeños, propietarios y profesionales de las carreras liberales, estos grupos son movilizados por los efectos perversos de la modernidad que afectan directamente su modo de vida. En general, forman parte del grupo de resonancia junto con otros grupos sociales.

c) Grupos periféricos. Son aquellos cuyos miembros se encuentran fuera del mercado de trabajo (estudiantes, desocupados, amas de casas, jubilados). Offe señala que una característica común a todas estas categorías es que viven en situaciones de exclusión y control social extremadamente marcados y por lo tanto visibles. Como consecuencia del autoritarismo y la marginación son sectores que se involucran en levantamientos contra la burocracia y las instituciones. Son además grupos que al igual que la nueva clase media disponen de tiempo para participar en actividades políticas.

El papel central de las clases medias dentro de los NMS no supone a un nuevo sujeto

---

<sup>24</sup> La siguiente puntualización es tomada de los análisis elaborados por Claus Offe, Jorge Reichman y Francisco Fernández Buey, esto lejos de ser una transposición acrítica de enfoques diseñados para contextos ajenos al nuestro, resultan ser esfuerzos que sistematizan datos empíricos que igualmente se presentan en sociedades como la nuestra, pero que hasta este momento no han sido suficientemente trabajados. No obstante comienzan a realizarse investigaciones exhaustivas que dan cuenta de las tendencias asociativas de las clases medias y de como éstas constituyen el núcleo de los NMS.

universal, sin embargo habla de cambios estructurales en los capitalismos contemporáneos que hacen que ellos protagonistas de conflictos relevantes.

Uno de estos cambios se refiere a la terciarización de la economía, es decir, al incremento de la participación del sector servicios tanto en el Producto Interno Bruto (PIB) como en el mercado de trabajo<sup>25</sup>, este hecho ha redundado en el aumento de las clases medias y por tanto en su importancia numérica.

Por otro lado, en las sociedades modernas como consecuencia del valor adquirido por la información, la lucha en pos de establecer, controlar y reproducir los códigos informativos ha provocado la emergencia de conflictos de grandes dimensiones. En este sentido, las clases medias debido a su posición estructural y debido también a una diversidad de elementos subjetivos son aquellos sectores que se encuentran en condiciones de disputarle a los centros del poder la paternidad o maternidad de dichos códigos.

La sociedad brinda a estos sectores el acceso a recursos centrales del sistema, (información, educación) pero al mismo tiempo los hace víctimas de una serie de restricciones que suelen provocar su conversión en sujetos colectivos con capacidad para resignificar sus condiciones y generar movimientos. El feminismo puede ilustrar lo que aquí se expone.

Las mujeres movilizadas en torno a temáticas de género no son todas las mujeres, son aquellas que poseen "excedentes de recursos", es decir, altos niveles de educación, seguridad laboral e ingresos firmes, con lo cual estarían en posibilidades de ser incorporadas plenamente al orden social en igualdad de condiciones que sus compañeros varones, pero que, debido a su naturaleza de mujeres se encuentran constreñidas a desempeñar roles tradicionales, socialmente menos valorados (madre, esposa, ama de casa). Sin embargo, son estas mismas mujeres aquellas capaces de develar la contradicción en la que se hallan inmersas, de hacer salir a la luz los códigos que las aprisionan y les impiden ser ciudadanas con plenos derechos, las mismas que pueden problematizar esas supuestas condiciones "naturales" que históricamente les han sido adaptadas como grilletes. Por lo tanto, son sin duda las mujeres con acceso a recursos las activistas del movimiento feminista (Melucci Alberto, 1994).

Lo anterior ilustra el dilema que generalmente acompaña a las clases medias, por un lado, poseer recursos privilegiados y del otro, enfrentarse con barreras infranqueables que les impiden alcanzar mejores posiciones dentro de la estructura social. Aunado a ello revela una de las características de estos grupos que, de acuerdo a diversos analistas, juega un papel decisivo en el activismo de los NMS: el alto nivel educativo. Este resulta ser el recurso máspreciado para desentrañar y revelar la naturaleza de los códigos que ordenan la vida cotidiana y por tanto los que dan sustento a los poderes establecidos.

---

<sup>25</sup> Este es un fenómeno que ocurre no sólo en los países desarrollados, sucede también en grandes ciudades como la nuestra, que en la década pasada registró un aumento considerable de su sector terciario.

La educación posibilita a los individuos comprender asuntos complejos y abstractos de naturaleza económica, política, técnica o legal; al poder codificar esta información es factible también que se emitan juicios y opiniones de calidad, capaces de competir en términos de veracidad con aquellos que se presentan como tales. Al mismo tiempo, un alto grado formativo forja un pensamiento independiente y crítico, uno con agudeza tal que puede cuestionar y desmitificar las “verdades” sobre el mundo, aquellas que suelen presentarse como únicas e inmutables (Offe, Claus, 1989).

El conocimiento es un instrumento que revela también los elementos irracionales de los sistemas político y económico, descubriendo justo eso que se pretende ocultar o minimizar, lo que se suele presentar como los “inevitables” costos de la modernización. El acceso cognitivo a tales irracionalidades no sólo redimensiona y subraya las miserias de la vida, lo más importante, abre la esperanza en las alternativas y proporciona suelo firme para la explosión de acciones colectivas que busquen los cambios. Así, al abrir caminos distintos, el conocimiento y la educación se convierten en las armas más poderosas para la emancipación de la especie humana, y son estos dos, recursos que las clases medias, en especial el sector ligado a los servicios, disponen.

De esta manera, podemos observar que el elemento innovador más que residir en la presencia de las clases medias, se ubica en el papel que desempeña la información y el conocimiento en la producción de conflictos. Estos recursos son a su vez manzana de la discordia, en el sentido de ser el centro de las disputas por su control y a su vez las herramientas con las cuales se produce el conflicto, las armas con las que se emprenden las batallas para conquistar el dominio de los códigos.

Así, el conocimiento y la información son medios y fines de las nuevas contiendas, en donde, las clases medias son actores, que por su fácil acceso, tienden a desempeñar un papel destacado en los conflictos, aunque no son los únicos, de hecho, en estos momentos somos testigos de como en Chiapas se desarrolla una guerra informativa de altas dimensiones, en la cual, el discurso y sus códigos son las armas más poderosas, a través de las cuales se desarrollan las batallas más notables y decisivas.

\*~\*~\*

Analizados en tres de sus componentes, los NMS parecen no ser tan nuevos como se pretenden ver; así, vemos que en términos de contenidos estos reciclan valores inherentes a todas las movilizaciones sociales de la modernidad. De esta manera, los valores que subyacen en dichos movimientos pueden interpretarse como variaciones de aquella triada que inspiró el célebre levantamiento de 1789; son por tanto, fenómenos colectivos emancipadores, de lucha contra las injusticias y portadores de solidaridad. De esta manera, en cuanto a valores, los movimientos no niegan los contenidos de las

aspecto. Pero es indudable que el factor político es aquel que ejerce la atracción más poderosa, sobre todo si pensamos en el contexto que nos rodea, hablo concretamente de la sociedad mexicana, en donde por circunstancias específicas, que explicaremos en su momento, los movimientos tienden a politizarse con suma rapidez.

Lo político viene a representar el lado más luminoso de los movimientos y no podía ser de otra forma, lo político existe en la medida que los conflictos que éstos entrañan son visibles y son patrimonio público; en la medida que capturan la atención de amplios sectores sociales así como de los tomadores de decisiones, y en la medida también que se debaten sus reivindicaciones y se discuten los elementos ideológicos por ellos revelados. La visibilidad no es condición suficiente de lo política pero si necesaria, y explica al mismo tiempo que dicha dimensión sea la primera en atrapar el interés de los versados en procesos colectivos, de ser el tema en torno al cual giran múltiples reflexiones, sobre todo, insisto, en un escenario como el nuestro.

Antes de proseguir es pertinente esbozar una primera definición de política que nos permita pisar tierra firme, pero que a su vez que posea una consistencia elástica que de entrada a aquella serie de comportamientos y actores tradicionalmente concebidos como anómicos, antisistémicos o desviados. Bajo estos dos principios entenderemos a la política como “un proceso complejo mediante el cual en una comunidad humana cualquiera se forman las decisiones imperativas que la guían” (Bobbio Norberto, 1988, 1523). ¿Quiénes intervienen en dicho proceso? Además de los poderes reales que emiten la “última palabra” y ejecutan las diversas resoluciones, en la construcción de la historicidad social intervienen un conjunto de instituciones, grupos y procesos políticos que mantienen un grado de interdependencia recíproca y conforman aquello que denominaremos como *sistema político* (SP).

Dentro del entramado de sujetos y relaciones productoras de “decisiones imperativas” existen algunos cuya adscripción al SP se encuentra en permanente discusión. En efecto, se trata de fenómenos de naturaleza colectiva que emergen de territorios lejanos al SP y que por razones de subsistencia emigran hacia él, expresándose a través de demandas políticas. Son efectivamente, comportamiento que irrumpen aparentemente de la nada, alterando la predictibilidad del sistema, lanzando desde su propia irrupción el primer desafío.

De entrada, los movimientos expresan cierta ineficacia de las instituciones del SP para catalizar una gama de inquietudes, aspiraciones y necesidades del entorno social, las cuales al no encontrar vías “legítimas” de expresión adoptan formas poco convencionales de protesta, formas que no están sujetas a la racionalidad del sistema y aumentan la incertidumbre en cuanto al lugar, el momento, los medios y las consecuencias de la movilización.

Desde la perspectiva del sistema dichas movilizaciones no pueden ser menos que conductas patológicas y ocasionalmente son tratadas así; los soviéticos, por ejemplo,

recluyeron todo disidente en hospitales psiquiátricos, mientras en occidente florecieron teorías que explicaron las protestas como respuestas históricas de sectores marginados o desadaptados, en el mejor de los casos nunca dejaron de ser conductas desviadas que tarde o temprano se agotarían por sí mismas o retornarían convertidas en basamento de nuevas instituciones.

Podemos deducir que nos enfrentamos con dos tipos de comportamiento político, que como bien lo intuyó el *collective behavior*, uno es institucional-convencional y el otro es no convencional-colectivo. No obstante, para trascender las implicaciones valorativas de dicha teoría, es pertinente volver a la distinción ofrecida por Estrada Saavedra y pensar también en dos planos diferentes; el de lo *político* y el de la *política*. En el primero reunimos a los actores, las acciones y los temas marginados del SP, aquellos que no pueden ser absorbidos por los canales institucionales dispuestos para ello y que por lo tanto son tratados en la práctica y concebidos por ciertas teorías como sujetos que entrañan peligros a la estabilidad sistémica. Por otra parte, tenemos en la segunda dimensión los procesos, los actores y las estructuras políticas, es decir aquellos elementos que dan contenido al SP. Empíricamente nos referimos a los partidos, a las instituciones parlamentarias, a las elecciones periódicas, al poder ejecutivo y también al judicial, en fin, a todo lo que comúnmente se vincula con la política formal.

Los movimientos sociales en tanto protagonistas destacados del universo de lo político tienen su origen en el mundo de vida, en ese espacio en donde se procesa la transmisión de la cultura, la construcción de las identidades y la socialización. Ahí en lo cotidiano-invisible, los individuos descubren y/o edifican coincidencias que hacen de ellos personas semejantes, estableciendo códigos que les permiten reconocerse como parte de un agregado colectivo y ser reconocidos así desde el exterior.

A diferencia de otros, este proceso de formación de identidades anuncia el agotamiento del horizonte de certezas que hasta entonces sustentaba al mundo de vida, los movimientos son, por tanto, fenómenos que irrumpen y alteran el fino entramado de lo cotidiano, ya que suponen una cualidad distinta en la conciencia de los individuos, los cuales han dejado de reproducir acríticamente creencias y saberes legados del pasado, para cuestionar desnudamente y de manera colectiva, las verdades erigidas y consolidadas en la vida diaria. Los individuos en compañía de otros comienzan a atribuir significados distintos a lo otrora unívoco. De esta forma, lo normal deja de serlo, descubriéndose múltiples posibilidades de existir, asimismo a través de esta operación, las ausencias son definidas como necesidades y las desigualdades se convierten en injusticias abiertas (Sader Eder, 1988: 42).

La función de los movimientos no es únicamente la de iluminar, a través de cambios en la conciencia, los rincones oscuros y descubrir los saldos negativos del orden económico, político o cultural, además de propiciar esto, los movimientos implican



transformaciones en los comportamientos. No se trata sólo de percatarse de que las cosas no funcionan, no son justas o se encuentran en crisis, los movimientos abren la posibilidad de caminos distintos, suponen que la realidad es perfectible, que la justicia puede alcanzarse o que las condiciones son susceptibles de mejorar. En la búsqueda de proyectos o principios alternativos, estas colectividades encierran diversas acciones, las que invariablemente tienden a producir conflictos con otros actores.

Es en esta construcción de sentidos históricos en donde se encuentra la semilla de la política o más bien de lo político en los movimientos sociales. Sin embargo, esta dimensión “no entra por derecho propio en el mundo de vida; en todo caso, a hurtadillas salta sus bardas por la puerta trasera, porque necesariamente requiere un cambio de actitud y sobre todo de prácticas frente al mundo” (Estrada Saavedra Marco, 19: 107).

En este agotamiento de certezas y replanteamiento de lo cotidiano, los individuos encuentran condiciones que los asemejan con muchos otros; el hombre o la mujer en singular se topa con que él o ella no es el único en vivir una situación determinada, (de miseria, de falta de vivienda, o de discriminación sexual) ésta, por el contrario, es compartida por un sinnúmero de personas. La disyuntiva entonces es mantenerse en el bunker de lo privado o entretener relaciones con sus semejantes para edificar un congregar que los trascienda y arroje. Al elegir el segundo camino, las necesidades y demandas antes particulares se vuelven asuntos enteramente sociales, temas vinculados a colectivos amplios o pequeños.

No obstante, el tránsito hacia lo público sólo se logra cuando los temas sociales consiguen desprenderse del vínculo con poblaciones específicas y convertirse en bienes generalizables. Lo anterior significa que las colectividades en movimiento requieren por principio del reconocimiento social tanto de sus temas y objetivos, como de sus medios de expresión; necesitan que sus contenidos sean percibidos como asuntos relevantes o simplemente que despiertan el interés, en el mejor de los casos, que logren ser introyectados como problemas que atañen a toda una sociedad.

Por ello se insiste, lo político no puede ser algo silencioso ni transitar por las sombras, toda problemática que aspire a convertirse en asunto público debe ganar la “calle”, la “plaza”, debe alcanzar la primera plana en los diarios y el noticiero de la tarde.

En ese sentido, podemos afirmar que la dimensión política de un movimiento sólo existe en las etapas de visibilidad del mismo, cuando sale de esos períodos de invernación y se expresa a través de protestas masivas, de plantones, cuando gana un espacio en la opinión pública y se vuelve un tema de debate que orilla a una toma de posición de la sociedad en general y de los tomadores de decisiones en particular.

Aunado al reconocimiento, lo político precisa que tanto sus fines como sus medios sean aceptados como expresiones legítimas, por tanto, un movimiento debe probar que sus pretensiones tienen como objetivo el “bien común”. Demostrar tal intención

significa, en principio, dotar de contenidos dicha ambigüedad, ello a su vez, requiere que se afinen las capacidades de argumentación, al igual que los elementos expresivos de un movimiento.

El objetivo, convencer al público que los orígenes de la protesta son genuinos, que no existe manipulación, ni intereses ocultos ni mucho menos ambiciones espurias; probar también la pertinencia y la urgencia de los temas generados por la movilización, demostrar que los problemas que estos encierran antañón de una u otra manera a todo mundo y que por lo tanto es necesario que los objetivos del movimiento sean asumidos como propios por una comunidad amplia.

La otra exigencia para calificar a un movimiento como político se refiere a los medios a través de los cuales se expresa. Estos deben ser reconocidos igualmente como legítimos y compartidos por la población en general, sólo así puede distinguirse analíticamente a los movimientos con pretensiones políticas de un acto terrorista que igualmente persigue fines políticos pero cuyos procedimientos son repudiados por las grandes mayorías.

De esta manera, desde su dimensión política, los movimientos sociales puede definirse como aquellos “que reivindican ser reconocidos como actores políticos por la comunidad amplia -aunque sus formas de acción no disfruten de una legitimación conferida por instituciones establecidas-, y que apuntan a objetivos cuya consecución tendría efectos que afectarían a la sociedad en su conjunto más que al mismo grupo solamente” (Offe Claus, 1992: 176).

El desafío que los movimientos lanzan sobre la política no sólo estriba en su origen informal, en el hecho de ser actores que desde fuera de la institucionalidad irrumpen en el sistema y reclaman su derecho a participar en el debate ideológico y en el destino de la sociedad, el reto se produce también por los temas que insertan y por las formas de acción que generan.

En esa acepción global es como los movimientos evidencian la pobreza de la política convencional. “Los gobiernos, tanto los fuertes como los débiles, sólo tienen a su alcance tres tipos de recursos para realizar su política: a) la regulación legal, el aparato burocrático y el monopolio estatal de la violencia; b) el manejo de los recursos fiscales (gasto público, imposición, subsidios); y c) uso de la información y la persuasión” (Riechmann Jorge y Fernández Buey Francisco, 1994, 71-72). Sin embargo, aunado a los límites reales para el uso de estos instrumentos, los Estados modernos se enfrentan a problemas inéditos que les presentan los movimientos, problemas que en síntesis, anuncian una crisis civilizatoria, la cual es poco factible de solucionar a través de las herramientas de gobernabilidad antes descritas.

Estos fenómenos colectivos, además de ser evidencia del fracaso institucional (a decir de Alberoni), generan conflictos difícilmente aprehensibles y codificables para los SP. Los medios disponibles por los centros de poder son, en estos casos, poco

apropiados para dar solución a los dilemas que los movimientos presentan. Por ejemplo, frente a la desigualdad entre géneros, los Estados pueden disponer de leyes y del uso de la información para tratar de revertir tal situación, pero es un hecho que los decretos por sí mismos no modifican nada, mucho menos prácticas enraizadas en el acontecer cotidiano. Lo mismo puede concluirse de la crisis ambiental, en donde, sí bien es claro que parte de la responsabilidad es atribuible a los tomadores de decisiones, no puede dejar de desconocerse que los particulares en su vida diaria son corresponsables tanto del deterioro como de las posibles soluciones.

Así es como los movimientos redimensionan lo político, a este nivel de lo cotidiano, en donde los recursos del sistema son poco efectivos. A principios de los años setenta, la nueva ola de feminismo acuñó lemas tales como “la política en primera persona”, “lo privado es político”, estos más allá de su fuerza incendiaria, nos proporcionan el lugar exacto, en el que, desde la perspectiva de los movimientos tienen lugar las grandes disputas por el destino de una sociedad y más específicamente nos ubican en el espacio en donde la crisis civilizatoria puede experimentar un proceso regenerativo.

Los movimientos sociales en tanto actores con perspectiva de lo cotidiano son las fuerzas que reivindican para sí, la politización de la esfera del mundo de vida. Ello los lleva a establecer como prioridad la necesidad de autonomía, de ellos en tanto sujetos sociales, como del entorno en donde actúan. Así, los movimientos son percibidos como celosos guardianes de su identidad y autodeterminación, al mismo tiempo, constituyen la trinchera más valiosa contra los intentos colonizadores provenientes de los sistemas económico y político.

De dicha posición se desprende el carácter antiestatista de los movimientos. Ellos descubren que el monopolio de la fuerza y el disponer de los recursos arriba señalados no proporciona al Estado la capacidad para responder a los desafíos que las colectividades lanzan, pero sobre todo alertan en torno a los peligros que entraña la acción estatal sin límites y su expansión en ámbitos de lo cotidiano y privado. Históricamente el autoritarismo y el totalitarismo son la consecuencia de la reducción al mínimo de la esfera privada, de la irrupción del poder político en los actos más íntimos de los seres humanos, este es el recordatorio que permanentemente difunden los diversos movimientos; “ni el poder ni el dinero son del todo inocentes”.

Politizar las relaciones e instituciones del mundo de vida no es sólo un fin, sino también el medio más socorrido para evitar las tendencias colonizadoras, sobre todo las provenientes del SP. Aquí lo político implica el reconocimiento del poder existente en los individuos en su calidad de sujetos sociales, es decir en su capacidad para congregarse y hacer frente común ante amenazas externas, lo político es la advertencia y el ejercicio de la fuerza que proporciona el número y la cohesión, el ser conscientes de poseer una naturaleza susceptible de generar actos de masas.

En repetidas ocasiones se ha señalado que una característica presente en la mayor parte de los movimientos es su tendencia siempre defensiva; se insiste que los movimientos reaccionan únicamente ante decisiones tomadas por los centros de poder, y que generalmente tienden a impedir o a vetar un cambio. Esta observación no es del todo errónea, aunque precise cierto matiz, los movimientos suelen mostrarse como antagonistas de toda resolución que bajo su óptica lesione la autonomía o identidad del grupo, de todo fallo que se interprete e invista de injusto o abusivo.

Es frecuente observar cómo en situaciones en donde prevalecen rasgos autoritarios, los movimientos tienden a antagonizar invariablemente con el Estado y escenificar en su contra los conflictos más relevantes. El Estado es por tanto, la fuente que proporciona la materia con la cual, los movimientos edifican y consolidan su identidad, es el otro, el enemigo poderoso que obliga a permanecer siempre alerta, a reforzar los vínculos y cohesionar el congregado, es el depositario de los valores opuestos a los enarbolados por el movimiento (libertad-opresión; justicia-impunidad; autonomía-control; igualdad-protección de privilegios).

Ante las acciones del Estado, los actores colectivos suelen responder defensivamente con un “basta”, “alto”, “fuera”, “no”, “nunca”; estos códigos utilizados una y otra vez por los activistas primarios, ponen en marcha los engranes y las turbinas que hacen funcionar las redes de grupos e individuos, hasta entonces invernando en la latencia. De esta manera, ante el enunciado de ciertos lemas con poder de resignificación emergen entidades compactas, decididamente opuesta a determinadas políticas públicas.

Los códigos mencionados y otros de naturaleza semejante proporcionan al mismo tiempo una idea clara de la posición de los movimientos; de evidente resistencia con escasa posibilidad de mediación. Aquí, radica parte de lo que en reiteradas oportunidades hemos denominado como el reto sobre la política formal.

Los movimientos no sólo emergen intempestivamente de un espacio ajeno al SP, no sólo son la confesión abierta de la incapacidad institucional para responder a demandas sociales, y la evidencia de los límites de los recursos para producir gobernabilidad, la actitud que asumen y las acciones que emprenden, explican parte del desquiciamiento que estos fenómenos producen sobre los tomadores de decisiones. No es casualidad que desde el SP se denuncie la naturaleza intransigente y radical de los movimientos, y se le señale su falta de voluntad para dialogar y negociar acuerdos.

En el momento más álgido del conflicto, conquistar un espacio en la opinión pública y ganar cierta legitimidad se torna en el objetivo primario de la protesta social. Para ello, el recurso más explotado y a su vez el más efectivo ha sido siempre el ocupar la calle, demostrar la presencia física de grandes masas avalando reivindicaciones expresadas generalmente de forma negativa. Estas tácticas que persiguen sacudir y seducir la conciencia pública asumen formas que aunque legales y

pacíficas (en el mayor de los casos) revisten de estilos poco convencionales: desobediencia civil, boicots, huelgas de hambre, bloqueos de avenidas, plantones masivos, etcétera.

En cada uno de estos actos, los distintos protagonistas intentan cautivar las conciencias y allegarse del mayor número de aliados, asimismo, son la demostración de poder que emplean frente a su adversario, los instrumentos de los que disponen para presionar en pos de la solución de sus demandas.

Si bien, los movimientos carecen de una perspectiva estratégica compleja, sus acciones se orientan bajo el principio de la “acción directa”, es decir actos que implican una respuesta inmediata y contundente, destinados a vetar resoluciones que provienen de los sistemas.

Esta acción directa, por su parte, se encuentra cargada de elementos expresivos y lúdicos que podríamos entender como parte de “una nueva cultura de la acción política” (Riechman Jorge, Fernández Buey Francisco, 1994, 67). Estos rasgos, herencia de las protestas juveniles de los sesenta, vienen adaptándose a diversas circunstancias, convirtiendo a los sujetos en verdaderos actores en el sentido escénico del término.

La protesta adopta formas estéticas de expresión, siendo quizá uno de sus principales aportes al quehacer *político*; las demostraciones de masas se tornan en actos festivos que reafirman los lazos de solidaridad y proporcionan sentido al “permanecer juntos”. Así, los movimientos se vuelven especialistas en montajes escénicos con alto impacto visual y con una profunda significación interna, empresas que producen iconos, lemas, figuras, lenguajes, vestimentas, las cuales pueden permanecer como propiedades de una subcultura o socializarse y formar parte de patrimonio de la civilización.

Ejemplos de lo anterior abundan por doquier, siendo los ecologistas, quienes a nivel mundial, han desarrollado las más espectaculares demostraciones públicas: las intrépidas incursiones de Greenpeace en zonas en donde se realizan ensayos nucleares, las representaciones masivas sobre las consecuencias mortíferas de una guerra atómica o los happenings para denunciar la crueldad contra los animales (“prueba ser el toro”, reza la campaña en contra de las corridas de toros).

En nuestro país, la acción directa revestida de elementos teatrales y plásticos ha encontrado grandes exponentes: Superbarrio Gómez y la saga de superhéroes sociales que incorporan a la contienda política la tradición popular de la lucha libre; las marchas del Barzón que subvierten la cotidianidad citadina con los símbolos de un campo olvidado: yuntas, caballos, carretas, tractores, etcétera; y que decir de los zapatistas, “los sin rostro”, “los más pequeños”, los 1111 tzotziles, tzeltales, tojolables que rompen en el cerco y emprenden la conquista de la ciudad.

Por lo que respecta a las reivindicaciones, hemos visto como los NMS tienden a

expresarse en términos negativos, lo anterior se encuentra vinculado a la concepción que estos guardan sobre sí: “como una alianza de veto ad hoc y a menudo momentánea” (Offe Claus, 1992, 178). Un movimiento, lejos de estar integrado organizativamente o de compartir fundamentos ideológicos cohesionantes, tiene en sus demandas los principios que le brindan cierta unidad, de esta manera, una red de grupos e individuos compensa su debilidad estructural enfatizando en las banderas de lucha, las cuales, por cierto, se enarbolan como principios irrenunciables.

Complementando la noción sobre sí, los movimientos perciben al campo de acción y a sus oponentes en términos de contradicciones insalvables o por lo menos así se expresan en los momentos agudos del conflicto. Antinomias tales como “sí/no, ellos/nosotros, lo deseable y lo intolerable, victoria y derrota, ahora o nunca” (Offe Claus, 1992, 179). Esta ubicación de campos nos permite entender la falta de disposición de estos actores para establecer negociaciones políticas o tácticas gradualistas.

Los movimientos, por tanto, suelen desarrollar juegos de suma cero, en los cuales se pierde o se gana todo, en donde no existe mediación posible y se emplea hasta el desgaste todo recurso que ayude a obtener la victoria. Bajo la racionalidad del movimiento, aquello en disputa son justamente los principios que fundamentan su identidad, negociar con ellos significar atizar el fuego de las diferencias latentes, y provocar la fragmentación de la alianza; es invocar a las alas izquierda y derecha de un movimiento, a los sectores pragmáticos dispuestos a pactar su reconversión institucional y aquellos fundamentalistas que aspiran eternizar el “estado naciente” (Alberoni).

Sin embargo, esta falta de pericia para negociar tiene también su origen en la debilidad organizativa de los movimientos. En estos a diferencia de sindicatos y otras organizaciones del mundo de la *política*, los liderazgos padecen un déficit de legitimidad permanente que les incapacita tomar decisiones que aseguren la disciplina interna y el cumplimiento de los acuerdos de una negociación política; es decir, estructuralmente no pueden ofrecer mucho porque carecen justamente de ello, y así como los liderazgos tienen poca o nula vigencia interna, otras instancias alternativas sufren del mismo problema.

En la misma tesitura puede ubicarse la ausencia de un armazón ideológico coherente, ya que al no existir una interpretación consistente y común tanto del mundo real como del deseable, difícilmente se puede elaborar una praxis que incluya el diseño de tácticas y estrategias, es decir, una noción de la política que incorpore los puntos intermedios, el postergar objetivos, el ceder, en suma una política más allá de la fuerza y del veto.

Otro elemento más sobre el que vale reflexionar, trata de la tendencia de los movimientos a apropiarse con éxito de distintas instituciones públicas, espacios y medios de comunicación. Así, ante la carencia de formas organizativas complejas, los sujetos usan o bien crean instancias que, aunque no propiamente políticas, ayudan a

proyectar y dar continuidad la protesta. Si bien, en muchos casos no queda claro quien crea a quien, lo cierto es que los movimientos se expresan o establecen sus puntales en instituciones tales como las iglesias, las universidades, o en espacios como la ciencia, el arte o la cultura.

En este sentido, es notable el papel desempeñado por la iglesia católica en la formación de redes de derechos humanos (tanto en México como en América Latina) o bien de ciertos sectores eclesiales en la promoción de grupos con proyectos autogestivos. Otro caso ilustrativo es el vínculo del feminismo con el mundo de la academia (el PIEM, el PUEG), desde donde se impulsan ejercicios de reflexión y autorreflexión que benefician al movimiento. Finalmente, cabe mencionar el recurrente uso de los foros artísticos para difusión de ideas, los casos más recientes son los conciertos de rock por Chiapas, pero igualmente podemos insertar la Semana de la Cultura Lésbica Gay, los festivales artísticos de lucha contra el SIDA, y un sinnúmero de expresiones plásticas, teatrales y musicales, que bajo distintos signos vienen siendo apropiados por los sujetos en sus contiendas políticas.

De todo lo anterior no es difícil inferir los motivos por los que las fuerzas actuantes en el mundo institucional adviertan, en la presencia de los movimientos, elementos disruptivos y desestabilizadores. Finalmente se trata de concepciones y sobre todo, de formas distintas de hacer política, praxis que en ciertos momentos tienden a chocar de frente.

Otro elemento que suele provocar un bloqueo comunicativo, es el referente a los temas de la *política* y de lo *político*. Offe, al igual que otros autores, advierte que los asuntos dominantes en el primer universo giran alrededor del bienestar, el crecimiento, la estabilidad, la competencia electoral, la gobernabilidad, el consumo, entre los más importantes. De tal suerte, las disputas entre los actores institucionales se desarrollan sobre matices y las diferencias, por tanto, estriban en aspectos cuantitativos (cuánto más, cuánto menos) y de forma (a través de que instrumentos). Aquí las fuerzas políticas han logrado construir amplios consensos en lo relativo a la esencia de los temas, lo cual permite la existencia de equilibrios y de cierta predictibilidad.

No obstante, en fechas recientes, el mundo de la *política* viene saturándose de temas que solían pertenecer en exclusividad a la ciencia, la cultura o la economía; cuestiones referentes a la sexualidad, a la vida en pareja, a las relaciones privadas; problemas que tan sólo medio siglo atrás nadie hubiera imaginando su magnitud futura (los ambientales o los étnicos, por ejemplo). Todos estos son impulsados desde abajo, es decir, son pensados y problematizados por sujetos ajenos al SP.

Ante lo intempestivo de la invasión, los SP reaccionan con lentitud comprensible, primeramente la sorpresa y el desconocimiento paralizan toda posible respuesta. Los actores y las instituciones del SP desconocen el lenguaje de las reivindicaciones, en otras palabras demuestran poca habilidad para interpretar los códigos del mensaje,

esto no es de asombrar, se trata justamente de asuntos que les son enteramente extraños. Pero aun codificados, los desafíos persisten; aparece un segundo momento del bloqueo, y este tiene que ver con los recursos empleados para la solución de demandas. Como se hizo mención anteriormente, las herramientas productoras de gobernabilidad poseen un impacto limitado frente a la dimensión descubierta por la acción colectiva.

Así, los asuntos expuestos por el movimiento de mujeres, por los de derechos humanos, ecologistas, y por supuesto por aquellos de carácter étnico, vienen a anunciar la complejidad de las sociedades humanas. En la acción misma, dichos actores revelan (en ocasiones de manera implícita pero otras tanta abierta y contundente) la naturaleza multifactorial de los temas públicos de hoy, al mismo tiempo, ponen en cuestión la visión analítica de sociedades modernas y la unidimensionalidad de sus conflictos.

Si bien es cierto que se trata de movimientos monotemáticos, la autorreflexibilidad alcanzada por varios de ellos les ha permitido observar y hacer conciencia de que en los problemas que abordan se sobreponen o concatenan diversos niveles. Los ecologistas, por ejemplo, apuntan su dedo acusador señalando la responsabilidad de la política, la economía y también de la cultura en el deterioro ambiental. Por su parte, el MUP mexicano, ha encontrado en la vivienda (su principal demanda) el punto de partida para la construcción de un sinnúmero de necesidades más: alimentación, salud, democracia, etcétera. Bajo esta perspectiva, pensar hoy los conflictos, y más aun, buscar respuestas efectivas obliga a mirar de manera distinta la realidad, por principio exige un entendimiento y una acción integral y multirreferencial, una visión que de cuenta de los factores interrelacionados en el origen de cualquier proceso.

Hacia esa dirección se encaran los temas de los NMS y su crítica a los límites estatales. Como punto final de la presente reflexión, es preciso hacer hincapié en los contenidos valorativos que asumen las demandas políticas en los NMS. De tal forma, a contraflujo de la tendencia pragmática de los actores del SP, en especial de los partidos políticos (particularmente después de la llamada "muerte de las ideologías"), los movimientos vuelven a aderezar las discusiones públicas con ingredientes éticos y morales. El "deber ser", "la felicidad", "lo bueno", "lo malo", retornan al centro de los debates ya no en calidad de instrumentos, de herramientas discursivas subordinadas al imperativo político, sino justamente como parte del núcleo de las reivindicaciones.

Se ha dicho y se ha dicho con razón que al interno de los movimientos coexisten formas de protesta semejantes a las de una "cruzada moral" (Eder Klaus, 1989: 14), esto viene a expresar justo el cambio de posición de los criterios éticos en las nuevas demandas políticas. Lo anterior significa que en cada uno de los temas y problemáticas planteadas existen grados de confrontación entre lo real y lo posible, entre lo que es y lo deseable, y que dichos cálculos son medidos a través de un



estándar moral. De la diferencia resultante los movimientos extraen parte de su materia prima y su legitimidad.

Los NMS suelen verse así mismos como la conciencia moral de una sociedad, como los sectores críticos capaces de descubrir la ausencia de valores o las desviaciones éticas de un colectivo. Esta visión del entorno y de sí suele estar en la base de los movimientos fundamentalistas y en aquellos de corte conservador, pero igualmente se presenta en los denominados “libertarios” como el ecologista o el feminista. En todos ellos, la indignación moral juega un papel sustantivo, como elemento presente en las interpretaciones y en las formas de expresión y actuación política. Ninguno de nuestros fenómenos de estudio, por tanto, se escapa de exhibir tendencias mesiánicas y cierto grado de moralismo.

Más allá de fenómeno, en eso que percibimos como “un cambio de posición” se encuentra también la base de ciertos retos teóricos, sobre los cuales es pertinente realizar el siguiente comentario.

La moralización de la política no representa únicamente un contrasentido a las tendencias pragmáticas de hoy, más allá de ello, significa también un movimiento opuesto a la separación y diferenciación entre política y ética. Esto quiere decir que las leyes de la política han dejado de extraer sus imperativos exclusivamente del campo de lo político, con ello se altera un proceso teórico-histórico, iniciado con Maquiavelo, por el cual la política había consumado su independencia y autonomía del mundo de los valores.

Hoy en día, a partir de estas formas de acción colectiva se cuestiona si el poder y su conservación son los criterios universales que rigen la praxis, y sí en efecto, constituyen el fin de todo proyecto que se enarbole en nombre de bien público. Los caminos surcados por los movimientos sociales indican que el poder es un medio para alcanzar fines y que éstos no pueden permanecer ajenos a las discusiones en torno al “bien”, al “deber”, a “la acción moral”. Por el contrario, como Melucci y otros especialistas han advertido, los NMS establecen justo alrededor de los códigos los conflictos más relevante de nuestros días, en donde evidentemente, los contenidos éticos constituyen un recurso de primer orden.

Parece ser un hecho, que aquel ordenamiento que diferenciaba al mundo de la política, no sólo de la ética sino también de la economía y de la sociedad viene diluyéndose. Este fenómeno observado por numerosos analistas ha sido objeto de diversas interpretaciones. Bobbio, por ejemplo, nos habla de la existencia de dos procesos adversos produciéndose simultáneamente; por una parte la estatización de la sociedad, y del otro, una socialización de la política (Bobbio Norberto, 1989, 68). Offe también percibe una manifestación semejante, a la que denomina como de fusión entre las esferas políticas y no políticas de la vida social. (Offe Claus, 1992, 163).

Una posible explicación a esta “crisis de ubicuidad” (Sartori) sobre todo, desde la

perspectiva de la reapropiación del Estado y sus atributos por parte de la sociedad, se encuentra en la masificación de la política, esto es, en la presencia de amplios conglomerados sociales ocupando un espacio del que habían permanecido ajenos o excluidos, del que ahora se adueñan con intenciones de quedarse para siempre. En ese sentido, los movimientos sociales constituyen uno de los puntales de dicha "democratización política".

Así mismo, los NMS constituyen una de las fuerzas que inciden en el quebranto de las fronteras sistémicas, en la medida que problematizan y politizan asuntos de índole económica, cultural, científica, etc., pero sobre todo y este es su aporte más significativo al proceso, al restituir la trascendencia de los aspectos éticos en los debates políticos.

El impacto y magnitud de este proceso de "fusión de esferas" o "pérdida de ubicuidad" puede tener tres líneas de explicación. "Puede respaldar la tesis que reduce la política a otra cosa, subordinándola de distintas maneras al sistema social y a las fuerzas económicas; es la tesis de la heteronomía, pero también, en su forma extrema, de la negación de la política. O bien puede valorar la tesis opuesta, la que observa que el mundo jamás ha estado tan politizado como hoy; una tesis que no afirma necesariamente el dominio o primacía de la política, pero que sí reivindica su autonomía. En medio de estas dos tesis opuestas, se sitúan las incertidumbres de identificabilidad, la dificultad de ubicar la política. A esta dificultad se puede vincular una tercera tesis; la que ve en la dilución, y por tanto en la pérdida de fuerza de la política, un eclipse de la politicidad (pero no su heteronomía)." (Sartori Giovanni, 1992: 223-224).

Estas hipótesis son posibilidades todavía en ciernes, expresan tendencias no consolidadas, por tanto, se encuentran como materia dispuesta para discusiones presentes y futuras.

\*\*\*

Es inobjetable el carácter que los NMS gozan como agentes de las transformaciones sociales, pero cabría preguntar sin los movimientos que observamos detentan asimismo el potencial revolucionario que alguna vez desplegó la clase obrera. La pregunta no tiene como objeto descubrir los elementos ocultos que harían de ellos los nuevos sujetos trascendentes, no se trata pues de encontrar entre todos, al mensajero de las nuevas promesas y atribuirle desde fuera una misión histórica precisa. La pregunta tiene como fin señalar las diferencias entre los NMS y los movimientos "clásicos" de la clase obrera, en las formas en que ambos se han relacionado con el futuro y a partir de él actuado en el presente.

Partimos del supuesto de que en ambos casos existe una construcción del vínculo presente-futuro propio de la acción política, a partir del cual se intenta imponer racionalmente cierta dirección al desarrollo histórico (Zemelman Hugo y Valencia Guadalupe, 1990: 89). No obstante, se ha advertido que los NMS se destacan justamente por carecer de una perspectiva a largo plazo; se indica que por el contrario, son productores de conflictos cuya dimensión es siempre el presente, es decir que problematizan asuntos que atañen a hombres y mujeres en su cotidianidad y que demandan soluciones para el “aquí y ahora”. Por ello la afirmación de que, entre otros factores, tratamos con “nómadas del presente”.

Sin negar lo anterior, tampoco es posible dejar de reconocer la presencia de una dimensión de futuro atravesando la acción de estos sujetos, pero a diferencia del proyecto histórico-alternativo que guió la praxis del proletariado, aquí sólo es posible hablar de nociones fragmentarias del futuro, las cuales se presentan muchas veces inconexas, y otras tantas poco factibles de viabilizar. No es un horizonte histórico global que implique transformaciones macro de la sociedad, no existe, por tanto, un ideal de sociedad ecológica, ni feminista que reconstruya la totalidad en sus múltiples relaciones económicas, políticas o culturales, y cuando los hay, estos suelen presentarse en una sola dirección, alrededor de un tema, a pesar de la conciencia existente de que los problemas a tratar son complejos y multifactoriales.

Detrás de los temas y preocupaciones construidas por los NMS existe la advertencia latente de que nos encontramos frente una crisis de dimensiones civilizatorias, y es precisamente en proporción a esta magnitud que se establece la intensidad y por supuesto la temporalidad de las acciones de los grupos. Con lo anterior se pretende afirmar que los movimientos a los cuales hacemos referencia tienen una apuesta de largo plazo, es decir, no se agotan en la coyuntura sino la trascienden, convirtiéndose así en instancias mas o menos permanentes de articulación social.

Probablemente parte de la estabilidad lograda por los NMS se debe a su capacidad para generar temas que implican perspectivas de futuro, y de cierto rol autoasignado que los convierte en núcleos críticos cuya misión es permanecer siempre alerta, descubriendo injusticias y constantes violaciones a la autonomía social y a la sobrevivencia planetaria.

En la función de crítica social se revela otra clave para entender la noción de futuro en dichos actores. El horizonte alternativo aquí abrigado es enunciado con frecuencia en términos negativos, es una construcción del porvenir a partir de un cuestionamiento de lo actual, lo anterior no tendría nada de particular, la crítica del presente es siempre uno de los nutrientes básicos del pensamiento utópico. Sin embargo, sus proyectos de transformación civilizatoria lejos de cuajar en modelos propositivos se fundan más en los que no se quiere, y sobre todo en lo que no se

debe. El futuro por tanto sería el espejo inverso de lo que rige en estos momentos, aunque no se precisen sus atributos en positivo ni tampoco la forma de edificarlos.

El potencial propositivo que sin lugar a dudas existe en los NMS se destina a aspectos puntuales y concretos. Por ejemplo, los movimientos verdes han demostrado gran destreza técnica y científica en el desarrollo de métodos menos nocivos para la producción de bienes y servicios; las feministas y las minorías étnicas han introducido la llamada "acción afirmativa" como medio para compensar y revertir las desigualdades reinantes. Pero cuando se trata de diseñar sociedades futuras, la dimensión ética se apodera de la conducción histórica y el ejercicio de prospectiva se convierte en un conjunto de buenas intenciones.

Sin embargo, cabría preguntar si los NMS tiene la obligación de continuar, por otros medios, el papel histórico de la clase obrera. La respuesta parece ser obvia, esta es una exigencia producto de la nostalgia más que de la razón y sobretodo es una asignación que desde el pensamiento se pretende imponer a los sujetos.

Ese sentido cabe cuestionar la validez de los análisis por comparación, sobretodo cuando se miden las pequeñeces o supuestas debilidades de unos a través del potencial de otros. Efectivamente más que objeto de las limitaciones intrínsecas de los nuevos actores, el vínculo presente-futuro o utopía-praxis propio de los NMS puede considerarse como la forma característica de la dimensión política y la acción histórica de la "nueva época" o en palabras de Offe del "nuevo paradigma".

Un consenso cada vez más extenso afirma que en nuestras sociedades, tanto ricas y como pobres, tiene lugar un proceso de fragmentación, evidenciado, entre otros elementos, en la diversidad de fenómenos colectivos. Esta segmentación social además de ser interpretada a partir de sus causas estructurales, suele ser explicada también en términos de carencia de sujetos con capacidad para edificar grandes bosquejos alternativos, en donde se plasmen deseos y esperanzas de la totalidad o por lo menos de sus sectores mayoritarios; y finalmente en la falta de un agente conductor con destreza para dar sentido y coherencia al actuar presente, a través del diseño de tácticas y estrategias precisas.

En efecto, el espíritu de la época da visos de que los tiempos de actores hegemónicos han quedado atrás, que las utopías aun sobrevivientes tienen expectativas mucho más modestas, y que la historia no se moldea a voluntad expresa. Los NMS han aprendido de la experiencia, su aliento crítico los ha llevado a tomar distancia de las experiencias revolucionarias que en su mayoría han finalizado en enormes pesadillas (aun por nobles las intenciones que se persigan), intuyendo que no hay un factor determinante para transformar a la sociedad y que por lo tanto el apoderarse del aparato estatal no garantiza un cambio en el ámbito cultural o económico.

Precisamente se trata de redes de grupos sin pretensiones vanguardistas, sin una visión totalizante del futuro y mucho menos con intenciones de emprender rupturas

globales e inmediatas. Derivada de esta noción de futuro y de este rol autoasignado se puede enmarcar su praxis y sobretodo entender su contradictoria relación con el poder.

Se ha señalado en distintas oportunidades que los nuevos movimientos sociales guardan una concepción y una serie de acercamientos un tanto incoherentes frente y con el poder, obviamente dichas valoraciones parten de los actores de la *política* y de ciertas visiones “clásicas” de su contenido. Desde estas perspectivas se advierte que al asumir la intención de ser partícipes del proceso de creación de sentidos y de toma de decisiones, dichos actores suelen inferir que esto es posible recurriendo al poder. Así, detrás de la autodefinición como “alianza de veto”, y detrás también de las demostraciones masivas y otros actos de naturaleza similar, existe implícito el reconocimiento de la dimensión del poder y de su fuerza intrínseca. Digámoslo de esta manera, se produce un primer acercamiento o reconciliación con este aspecto de la acción social.

Sin embargo, el uso del poder apuntalado en su capacidad numérica y cohesión, no implica desde la lógica del movimiento la pretensión de monopolizarlo, en ese sentido existe un claro deslinde no sólo del proyecto de la clase obrera sino también de la finalidad de los partidos políticos. Aquí queda plasmado el aprendizaje de los NMS en torno a las consecuencias de los experimentos revolucionarios que presupusieron en la toma de poder político, la llave para generar nuevas pautas en el modo de producir y distribuir, así como en las formas de pensar, creer y sentir.

El poder aquí, por tanto, es sólo un medio para lograr incidir, ya sea negativa o positivamente, en las decisiones que cruzan a una sociedad. El poder es una herramienta que se esgrime para proteger lo que, se piensa, vulnera la identidad y autonomía de los grupos insertos en el mundo de vida, pero además, más allá de sí, se le piensa y usa en la defensa de las fronteras de este ámbito, asediado permanentemente por las fuerzas económicas y políticas.

Por otra parte, los NMS se valen del poder para traducir sus demandas en políticas públicas e instrumentos normativos, para participar en la aplicación de proyectos diversos y en la gestión de recursos. Lograr lo anterior les significa primeramente una lucha para transformar su status y en consecuencia su relación con el Estado. En dicha dirección se inscriben las reivindicaciones constantes hacia el sistema político, por medio de las cuales se le exige ensanchar sus vías de acceso y el reconocimiento pleno de las distintas formas de participación (siempre y cuando se expresen sin métodos violentos ni con fines antisistémicos). De esta manera, uno de los ejes más sobresalientes de los movimientos es su impulso a la apertura de los límites sistémicos y el logro de su inserción y representación en un terreno siempre vedado.

Si bien los movimientos tienden a asumir conductas que hemos definido como de una “cruzada moral”, también es cierto que suelen adoptar acciones típicas de “grupos de presión, sobretodo en contextos que favorecen la sobrepolitización de

dichos sujetos (justo como sucede en México). Esta forma de protesta no sólo les ha permitido introducir en las agendas y discusiones públicas problemas hasta entonces ignorados, también les ha abierto una dimensión nueva de los que es la profesionalización de la política.

El cabildeo, por ejemplo, de ser una actividad prácticamente desconocida, se ha convertido una tarea permanente cuyas implicaciones se han dejado sentir en la formas de organización así como en la posibilidad de diseñar estrategias para el logro de fines precisos a corto plazo. Por otra parte, las mismas movilizaciones han dado cause a la formación de nuevas élites que alimentan las instituciones de gobierno, los partidos, o bien por fuera, creado nuevas estructuras (nuevos partidos u organizaciones civiles) y líderes de opinión.

No obstante, como ya se ha establecido, los movimientos sociales y en específico estos sobre los que hemos hecho mención, no se explican y mucho menos se agotan en su dimensión política, su gran apuesta, su desafío primordial no radica en ampliar los causes institucionales del SP. Por el contrario, el objeto de sus deseos se halla justo en el mundo de los valores, las creencias, las costumbres, y sobretodo en de las prácticas cotidianas que se desprenden de todo lo anterior. Es en el terreno de lo que se suele englobar como cultura, en donde se encuentra el destino de sus nociones utópicas y de buena parte de sus acciones, de esas que suelen pasar más desapercibidas.

El poder por tanto es sólo un instrumento que protege la autonomía e identidad del entorno y de los sujetos, es un recurso que permite tener éxito en la solución de sus demandas puntuales y en general posibilita mejores condiciones para actuar e incidir en la toma de decisiones, pero cuando se intenta aplicarlo en los espacios del mundo de vida y la cultura parece ser un recurso ineficaz y hasta peligroso. Por principio, la temporalidad de los cambios que aquí se pueden operar son de muy largo plazo, la instrumentación del poder ha buscado por su parte resultados inmediatos, así, históricamente se ha probado que la utilización del aparato coercitivo, de la maquinaria legal o de los recursos financieros no han podido alterar, en función de propósitos concretos, la fuerza de la costumbre y la tradición, (la religión rusa no se extinguió ni en los momentos más intensos del stalinismo).

No es únicamente una noción distinta de los tiempos, las herramientas para provocar las transformaciones tendrían que ver más con la educación, la información, o la argumentación (saber es poder), terrenos en los que se vislumbran con mayor claridad las variables no controladas por el sujeto y que de igual forma intervienen en la producción de sentidos históricos.

En esa línea residirá otro de los aportes de los NMS a la autocomprensión de nuestros tiempos, la historia, dirían junto con Marx, no se hace a libre arbitrio, pero más allá de la determinación del pasado, los primeros pondrían el énfasis justo en la dimensión azarosa del presente, en las contingencias ambientales, en los problemas

económicos, en las relaciones internacionales, y otros factores más que entretreídos van generado los cambios en la cultura y también en la historia.

\*\*\*

Hasta aquí se ha pretendido realizar una serie de acercamientos generales a la problemática de los movimientos sociales, será en el siguiente capítulo en donde se confrontará las categorías reconstruidas teóricamente frente a un fenómeno empírico, de manera específica se seguirá problematizando en torno a la dimensión política, pero ahora circunscribiendo ésta dentro del ámbito del movimiento ecologista en la Ciudad de México.

## TODO EL PODER A LAS FLORES

### LAS SIMIENTES DE LA REVOLUCIÓN VERDE

**U**n buen día, casi intempestivamente, la humanidad se despertó con la sorpresa de que las flores, los insectos y los mamíferos tenían poder; de que el aire, el agua y la tierra eran sujetos de derechos, más allá de aquellos que tradicionalmente reglamentaban su propiedad y usufructo. Fue así, que los verdaderamente sin voz comenzaron a ser escuchados, paradójicamente las palabras les fueron prestadas por los mismos que autoerigiéndose en la cumbre de la cadena evolutiva, sometieron todo ecosistema a la vorágine de las necesidades humanas, por definición, insaciables.

Poco a poco, de forma casi imperceptible se fueron formando redes de opinión que hicieron de la naturaleza temas y problemas, introduciéndoles a fuerza de empuje en la esfera de lo público. Súbitamente, las redes emergieron convertidas en movimientos sociales que alertaron y denunciaron con desnudez aquello que venía siendo evidente: la biosfera, la capa terrestre donde la vida florece se encuentra profundamente enferma, el futuro, de continuarse la misma tendencia, lejos de ser alentador se dibuja sombrío y catastrófico.

Al grito de “una sola tierra, un solo mundo”, el ecologismo dio cuenta de que los asuntos ambientales, su crisis y solución son responsabilidad de todos y cada uno de los que en el presente moramos sobre la faz del planeta, y que dicho compromiso trasciende al tiempo, pues en juego se encuentran los intereses de las generaciones por venir. Al mismo tiempo, descubre que el universo y sus bienes no le pertenecen a nadie, y sí por el contrario a todos, en ese “todos” se incluye, por su puesto, a las diversas especies de flora y la fauna, cuya existencia y destino se hallan intrínsecamente unidos al nuestro.

Sin embargo, las preocupaciones ambientales como núcleo de amplias movilizaciones



no nacieron por efecto de la generación espontánea, tuvieron que sucederse tragedias con fuertes repercusiones en la vida humana y natural como las de Bhopal y Chernobil, y tuvo que hacerse evidente la contaminación del aire en las ciudades y de las aguas en ríos y océanos; tuvo que engrosarse la lista de plantas y animales en extinción y cuantificarse los kilómetros cuadrados que año con año las selvas tropicales pierden para transformarse en grandes desiertos. Pero sobre todo, tuvo que internalizarse y resignificarse en la conciencia de hombres y mujeres estos y mucho otros acontecimientos, que englobados, constituyeron la base para la elaboración social de la llamada "crisis ambiental".

Efectivamente, aunque la primera impresión es que de la noche a la mañana la tragedia de la biosfera ocupó los primeros titulares o de que súbitamente los Índices Metropolitanos de Contaminación Ambiental (IMECA) formaron parte del lenguaje y vicisitudes cotidianas, lo cierto es que el medio ambiente como problemática pública es tan vieja como el proceso de industrialización capitalista. Las acciones sociales para denunciar, protestar u oponerse a todo aquello cuyos efectos entrañasen peligros para la vida, se encuentra en los anales mismos de la historia contemporánea.

Quizá, es su temporalidad, valga la redundancia, contemporánea, lo cual le confiere el atributo de ser percibido como un fenómeno inédito. En ese sentido, radica el consenso entre los diversos especialistas, de reconocer en dichos comportamientos una cualidad enteramente "nueva", concretamente, en lo referente a la temática que estos movimientos sacan a la luz pública. Así, por ejemplo André Gunder y Marta Fuentes señalan que de entre todos los movimientos a los cuales se les atribuye el carácter de nuevo, son los movimientos ecologistas/verdes los que verdaderamente detentan con legitimidad el atributo. Al ser fenómenos ligados exclusivamente al modo de producción, y con ello a ciertas relaciones y fuerzas productivas derivadas del mismo, puede afirmarse que se trata de un suceso cuya historia es de reciente cuño (Gunder André y Marta Fuentes, 1989:22).

En efecto, se trata de la emergencia de una vasta red de movimientos explicables sólo en el contexto de un sistema de producción capitalista. De un momento en la historia, en el que, como nunca antes, las prácticas y concepciones que vincularon sociedad y naturaleza se revolucionaron vertiginosamente en respuesta a las nuevas formas de producción y consumo.

Lo que se dibuja es un proceso de secularización y cosificación del entorno natural, que finalizó con el dominio prácticamente absoluto del hombre sobre los fenómenos y elementos de la naturaleza. Así, aquel universo deificado, misterioso e ininteligible no sólo fue desentrañado, analizado y descrito a través de leyes, fue también sometido y convertido en *materias primas* dispuestas a satisfacer todo tipo de requerimientos que la espiral del consumo generaba.

Es en el capitalismo cuando la ciencia y la técnica al servicio de la *ganancia* hicieron

explotación capitalista. Estas se percatan de que es a los trabajadores a quienes de manera inmediata afecta el humo que las fábricas producen, y quienes, casi con exclusividad, padecen el deterioro ambiental en su entorno más próximo. En consecuencia, el mejorar las condiciones de higiene tanto en fábricas como en viviendas se alzarán como bandera de lucha de este ambientalismo obrero (Riechman Jorge y Francisco Fernández Buey, 1994: 104-105).

Del otro lado, durante la segunda mitad del siglo pasado, la añoranza por la naturaleza perdida, la protección de lugares de esparcimiento y diversión, y la defensa de cotos de caza y pesca, son las pulsiones de algunos sectores de la aristocracia y la alta burguesía del viejo y nuevo continente (Estados Unidos), que lejos de cualquier consideración sanitaria, se vinculan a las luchas por la conservación del entorno ambiental, al que se le valora como un bien en sí mismo y se le atribuyen todo tipo de bondades y virtudes (Riechman Jorge y Francisco Fernández Buey, 1994:105-106).

Estos dos enfoques fundantes se desarrollarán a través del crecimiento del ecologismo, convirtiéndose en una de las tantas contradicciones que permanecerán latentes a lo largo de su historia. Ambas entrañan premisas diametralmente distintas que conllevan acciones sociales y prácticas políticas muchas veces encontradas. Así, lo que en su origen fue el ambientalismo obrero, y que posteriormente derivará en el moderno *ambientalismo*, lleva implícita una visión antropocéntrica del ambiente. Es en torno al propio ser humano que surge la preocupación por los temas ambientales, cuando el bienestar o la seguridad se encuentra amenazada o bien cuando se descubre que la protección y el mejoramiento del ambiente conlleva una relación proporcional al mejoramiento de la calidad de vida.

Por su parte, al *conservacionismo* lo mueve una visión que prioriza la naturaleza, en ocasiones, por encima de las necesidades humanas. De esta manera, mediante un trabajo asistencial y aparentemente no político se dedican a reparar los daños causados al ambiente, a proteger zonas específicas o ciertas especies, creando santuarios alejados de las actividades productivas y de distribución. La naturaleza es más sabia, parece ser la creencia fundamental de dicha corriente que aún hasta nuestros días se alza como una de las vertientes más caudalosa del movimiento verde.

Sin embargo, regresemos a los orígenes del ecologismo y volvamos a Inglaterra cuna de la revolución industrial.

Tanto las luchas del ambientalismo obrero como las del conservacionismo aristócrata y burgués empiezan a cuajar en disposiciones legales y esfuerzos asociativos, y será justamente el humo uno de los primeros objetos de las nuevas inquietudes públicas. Ya desde 1801 la ciudad de Manchester había convocado a un *Comité de Molestias* para estudiar los efectos de humo previendo consecuencias perjudiciales, posteriormente a finales del mismo siglo, se forma alrededor también de este fenómeno, la primera asociación explícitamente anticontaminante, el *Smoke Abatement Committee*.

Paralelamente, en torno al estudio de la vida animal, vegetal y mineral se crean numerosas asociaciones que reforzarán la tendencia conservacionista, entre las que destacan *la Sociedad Zoológica de Londres* (1830) y *la Real Sociedad para la Protección de las Aves* (1889). Ya en nuestro siglo se funda *la Real Sociedad para la Conservación de la Naturaleza* (1912) y *la Sociedad Ecológica Británica* (1913), ésta última pionera a nivel mundial en el estudio de la ciencia de la ecología.

Igualmente en Inglaterra surge otra corriente muy viva dentro del ecologismo, cuyo eje es una férrea oposición al mal trato hacia los animales, esta es la semilla de todos los grupos que atendiendo a una especie en particular o la fauna en general libran batallas en contra de la crueldad y el uso indiscriminado de animales en distintas ramas de la industria, promoviendo además la preservación y el mejoramiento de la calidad vida de estos. Estrechamente asociada a dicha tendencia, aparece el vegetarianismo, que importado de la India comienza a tener un impacto significativo. Así, en 1847 se funda en la ciudad de Manchester *la Sociedad Vegetariana*, primera de su estilo en el mundo occidental.

Del otro lado del globo, en los Estados Unidos, el conservacionismo tiene un notable impulso, es en dicho país en donde se destinan grandes extensiones de tierras como Parques Nacionales, salvaguardando así la fauna y flora de vastos ecosistemas. En 1864 se inaugura el Parque de Yellowstone, oficializándose por esta vía, la idea de conservar las últimas fronteras vírgenes, intactas.

También enmarcadas dentro del conservacionismo tiene lugar en los Estados Unidos, el nacimiento de dos de las organizaciones con mayor trascendencia internacional dentro del movimiento; *el Sierra Club* (1892) y *el Audubon Society* (1905). La importancia de ambas, pero sobre todo de la primera, reside en que aquí se escenificarán los conflictos y rupturas que posteriormente darán inicio al movimiento ecologista de los años setenta.

Durante el siglo XIX, se percibe también que los problemas del ambiente, al igual que el capital, no conoce de naciones, trasciende fronteras y afecta por igual a checos que a daneses, a belgas que a alemanes. Bajo estas inquietudes se originan los primeros esfuerzos mundiales por hacer frente común a algunos de los asuntos más visibles, entre los que cabe mencionar; el acuerdo internacional para la protección de focas del mar de Behring firmado en París en 1895 y el de protección a los pájaros benéficos para la agricultura de 1909. Un año después, en 1910 el doctor suizo Paul Sarasin plantea ante el Octavo Congreso Internacional de Zoología, la necesidad de instituir una comisión supranacional que de forma permanente vigilase y protegiese la naturaleza de todo el orbe, esta iniciativa no logra concretarse entre otras razones por el estallido de las guerras mundiales, pero finalmente es retomada en 1948 por el entonces presidente de la UNESCO Julián Huxley, formalizándose en la creación de la *Unión Internacional Provisional para la Protección de la Naturaleza* (UICN) (hoy Word Conservation Union), la red de organizaciones conservacionistas más grande de mundo.

Otra de las afluentes del ecologismo, germinada igualmente durante el siglo pasado, es la que se conoce bajo el nombre de *naturismo*. Esta más que una corriente homogénea, la constituyen una serie de prácticas que tratan de restablecer la dimensión natural de las sociedades humana, es decir regresar a formas más naturales de vida. Dichas acciones en lugar de expresarse en un plano político, se plantearon la dimensión cultural como el territorio de su acción, la finalidad era subvertir las conductas cotidianas, sustituyéndolas por otras. Dentro de este enfoque se inscriben grupos nudistas, vegetarianos, de medicina natural, de resurgimiento de experiencias comunitarias, principalmente. Se dice que en países como Alemania, justo en el período de entre guerras, estas prácticas alcanzaron niveles verdaderamente masivos.

Si bien, el movimiento ecologista se nutrió de todas las experiencias antes descritas, su existencia no podría pensarse sin el basamento que la ciencia le proporcionó. Más allá de lo evidente o lo inmediato, la creación de una disciplina especializada en el “estudio del hábitat”, (según su definición etimológica) en la investigación de las relaciones entre las especies y su entorno, posibilitó hurgar y colocar en su justa dimensión los embates que el modelo de producción le ocasionaba al ambiente.

En 1866, el naturalista alemán Ernest Haeckel, discípulo de Charles Darwin, acuñó el término *ecología* y la definió como “la suma de todas las relaciones amigables o antagónicas de un animal o planta con su medio orgánico o inorgánico, incluido los demás seres vivos, el conjunto de todas las relaciones complejas consideradas por Darwin como las condiciones de la lucha por la vida” (Citado por Simonet Dominique, 1987:55-56).

La ciencia ecológica desentrañó una concepción nueva sobre la naturaleza, ya no era ese enigma angustiante, ni tampoco la manifestación de los dioses coléricos, pero igualmente se empezó a suponer que de ninguna forma era equivalente a materias primas inagotables. La ecología proponía una visión integral de la vida, de la naturaleza, la sociedad y también de la muerte.

Todo está ligado a todo, pareció constituir la premisa de esta disciplina, por lo tanto, el estudio de cualquier especie no podía ser visto nunca más de manera aislada. Los ecosistemas, esas cadenas de vínculos entre seres vivos funcionan como ciclos de producción, consumo y reciclaje, en donde, cada especie cumple una tarea que ella y sólo ella puede realizar. Así, a contracorriente de la visión jerarquizada de la naturaleza, la ecología reveló que no existía animal, planta o bacteria menos importante que otro y mucho menos que alguna pudiese ser prescindible. La falta de cualquier eslabón por más pequeño e insignificante que pudiera parecer alteraría irremediabilmente todo el proceso.

De igual forma que al interior de los ecosistemas existen vínculos indisolubles, se descubrió que éstos mantienen hacia el exterior estrechos intercambios con sus similares; el ecosistema tundra, bosque o lago forman piezas que embonando a la perfección,

modelan ese mosaico mayor llamado biosfera. Todo está ligado a todo.

Esta revaloración implicó ciertamente un cambio radical en las ideas que el ser humano había concebido sobre sí mismo con respecto a la naturaleza. De entrada le devolvió algo que había perdido en alguna esquina de sus selvas de concreto: le recordó que su especie, al igual que las demás, pertenecía al mundo natural. En ese sentido, estaba sujeto a las reglas de interdependencia, parasitismo, antagonismo y competencia que entretejen los equilibrios de la vida planetaria. Al mismo tiempo, despertó una clara conciencia de la fragilidad de la biosfera, la cual, al encontrarse sostenida por una intrincada red de enlaces diminutos, se resiente a la menor provocación de ruptura en de cualquiera de sus entramados. Finalmente, a partir de este nuevo paradigma, la humanidad comenzó a entender que su destino y sobrevivencia estaban ligados a las de sus compañeros de viaje, y que a corto o mediano plazo sus acciones contaminantes y depredadoras actuarían sobre sí misma como boomerang.

La ecología como ciencia moderna no se desarrollará plenamente sino hasta bien entrado el siglo XX, no obstante desde el XIX, cuando se cimientan sus principios, se percibe su impacto y trascendencia en la promoción de movilizaciones sociales. Los científicos desde entonces (ciertos científicos) jugarán un papel fundamental en la elaboración y difusión de los temas ambientales, serán ellos quienes den lectura e interpreten los primeros signos de alerta, quienes construyan el problema y desentrañen las implicaciones que un fenómeno concreto puede representar, pero sobre todo, son aquellos con posibilidad de socializar las preocupaciones ecologistas, convirtiendo los fenómenos en problemas y construyendo los puentes que han permitido desde entonces introyectar dichos temas “objetivos” en inquietudes y vicisitudes individuales y colectivas.

Sin embargo, el ambiente en tanto asunto público, como las movilizaciones sociales a su alrededor, detentan hasta mediados de nuestro siglo todavía un carácter marginal, otras cuestiones ocupan el centro de las controversias y disputas sociales. De algún modo, la dimensión alcanzada por los conflictos conservacionistas y/o ambientalistas guardaban una proporción con la magnitud de la crisis en esos momentos. El primer capitalismo del carbón y la máquina apenas sería una pequeña probada de lo que vendría después.

Durante los años treinta y cincuenta tiene de lugar, particularmente en los países desarrollados, (Europa occidental y los Estados Unidos) una segunda revolución industrial que engendra, parafraseando a Marx” fuerzas productivas más abundantes y grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas” (Marx Carlos, 1969:39). En efecto, es el inicio de la era del petróleo, la electricidad y el automóvil, de la industria química, del consumo masificado, de la energía atómica y de una explosión demográfica sin precedentes.

Así mismo, ligada a ese colosal despliegue de recursos y tecnología, de herramientas y

formas novedosas de producir y distribuir, la humanidad está a punto de escribir el episodio más cruento de su lucha por extraer riquezas de los “recursos” naturales.

Algunos de los daños se juzgan irreversibles y sus consecuencias tienden a apuntar hacia la catástrofe. Está en ciernes un gran episodio de extinción sólo comparable al que en el período Cretáceo vio desaparecer dinosaurios y otras especies. Para 1990 el 12% de los mamíferos y el 11% de las aves son clasificadas en peligro de extinción, se estima que entre 1975 y el 2015 estarán condenadas a correr la misma suerte el 10% del total de especies por década. Los bosques tropicales de Asia, África y América Latina, en donde se concentra el 50% del total de especies animales y vegetales, sufren una depredación de 20 millones de hectáreas al año (Escobar Arturo, 1997: 7). Por otra parte, se descubre que la emisión hacia la atmósfera de vapores y gases originados por la combustión de minerales fósiles viene provocando un efecto similar al del invernadero, generando un calentamiento gradual de la temperatura y una serie de trastornos climáticos en todo el orbe. Ligada a las mismas causas, se detecta que los casquetes polares sufren de un deshielo paulatino, y que las secuelas podrían ser devastadoras; la contaminación en las ciudades comienza a cobrar sus primeras víctimas, en Londres y Tokio decenas de personas mueren a causa de respirar los venenos tóxicos que autos e industrias despiden.

Gran parte de estas manifestaciones no son visibles para las mayorías ni sus consecuencias tienen una repercusión inmediata. Es por ello que la intervención de los científicos e intelectuales en la conformación de una conciencia social amplia se volvió indispensable. Si bien, es difícil atribuirle a alguien o a algo la paternidad de cualquier movimiento, en el caso del ecologismo, una de las figuras más influyentes durante sus inicios es el norteamericano Barry Commoner. En 1966 su ensayo “Science and Survival” (Ciencia y Sobrevivencia) sacude a la opinión pública e inserta en el debate un fuerte cuestionamiento a los fundamentos tecnocientíficos de las sociedades modernas, denunciando al mismo tiempo el ecocidio que se estaba perpetuando. Con Commoner se inicia la disidencia con respecto al optimismo tecnológico hasta entonces sin tacha ni sospecha, el científico documenta cómo en función de los imperativos de la ganancia se aceleran los tiempos necesarios para pasar de la investigación pura a las aplicaciones reales, aumentando considerablemente los riesgos, y explica la verdadera dimensión de las catástrofes tecnocientíficas. Commoner representó por otra parte al científico con responsabilidad social y conciencia de especie que otorgaba al movimiento cierto respaldo moral (Riechman Jorge y Francisco Fernández Buey, 1994, 118-120).

Años después otra publicación causaría un impacto social mayor. En 1972 Dennis H. Meadows y algunos científicos del Massachusetts Institute of Technology (MIT) presentan ante el Club de Roma los resultados de sus investigaciones, en donde, de manera directa se relacionaba el desarrollo económico con los graves perjuicios ambientales. El estudio intitulado “Los Límites del Crecimiento” anunciaba que la industrialización capitalista no podía continuar reproduciéndose tal como lo venía

movimiento no terminada de cimentar una alternativa global. Ciertas intuiciones de política; mucho de apelar a lo ético; un proyecto de economías autárquicas; (por lo demás difícil de ser ampliamente aceptado); la invención de algunas tecnologías blandas; y múltiples grupos y corrientes actuando en su seno (en ocasiones en sentidos contrarios); hacen del estudio del ecologismo un reto seductor y la vez confuso.

El análisis del movimiento verde, de que aquello que es observado y descrito como un fenómeno unitario, debe partir de una premisa totalmente distinta, debe ser abordado y entendido como un amplio espectro de procesos sociales, formas de acción y actores, negociado y renegociando las diferentes fases y aspecto que entraña toda movilización. La unidad, si existiese, más que como el punto de partida debe ser comprendida como el resultado de las distintas acciones (Melucci Alberto, 1991:357-358).

El movimiento ecologista por sus orígenes, por las corrientes que lo cruzan, por los principios que enarbola no puede ser leído sino como un "sistema de acción multipolar", como una red de grupos, individuos, tendencias y corrientes que comparten cierta identidad y un núcleo antagonista. Este es del supuesto que se parte con el fin de analizar al movimiento ecologista en nuestro país en particular en nuestra Ciudad de México.

#### LA MORFOLOGÍA DEL MOVIMIENTO VERDE EN LA CAPITAL DEL SMOG

*El Estado, el subdesarrollo y otros elementos más del entorno ecologista*

Al igual que el rock, la mezclilla y la goma de mascar, el ecologismo nos llega de un mundo en donde la abundancia permite darse el lujo de pretender renunciar a los placeres de plástico, la coca cola y el automóvil.

Arrancado de su suelo materno, la ecología, en tanto preocupación y ocupación social y política, se esparce por todas las latitudes del planeta y se asienta tanto en Polonia como en la India, en el Congo como en México, para los años ochenta, el Norte, el Sur, el Este y el Oeste se encuentran cubiertos de este enverdecimiento que cobra, según el lugar, distintas dimensiones y diversas tonalidades.

Aunque con cierto retraso, el movimiento verde pisó tierra en nuestro país hace apenas dos décadas, generando desde entonces acciones colectivas que comenzaron por codificar y dimensionar los estragos causados a los distintos y ricos ecosistemas que tienen su asiento en los contornos del territorio nacional.

El hallazgo inicial y la primera especificidad con la que se toparon los pioneros del activismo verde fue que la riqueza y la propia complejidad de los sistemas ecológicos en México hacían de éstos, entornos extremadamente frágiles y por lo tanto mucho más vulnerables a la lógica de la producción capitalista que los sistemas templados y relativamente estables del hemisferio norte (Leff Enrique, 1988: 36). Al mismo tiempo, se encontraron con que aquí como en el resto del llamado Tercer Mundo tenía lugar

una sobreexplotación de recursos naturales, que en gran medida eran los costos de la industrialización transferidos desde las metrópolis a los países más empobrecidos.

Los niveles de contaminación en agua, aire y tierra fueron otros de los descubrimientos que capturaron la atención de los ecologistas mexicanos, quienes iniciaron esa dura faena de promover, denunciar, educar e investigar en torno a los variados tópicos ambientales, dentro de un ecosistema social poco propenso a hacer suyos los problemas de la naturaleza, quizá por falta de información y formación, por la lejanía de los efectos, y por la fragilidad misma del tejido social, que en esos primeros momentos parecía incapaz de hacer contrapesos a los poderes económicos y sobre todo, de enfrentar con éxito la omnipresencia del Estado.

En tanto nación en vías de desarrollo México padecía (y aún padece) los problemas ambientales de los países industrializados (contaminación) así como también los de aquellos que se encuentran en la franja del subdesarrollo (sobreexplotación de recursos). Esta doble dimensión de la crisis haría suponer que estaban dadas las condiciones "objetivas" para que en México surgiera un movimiento ecologista masivo con la capacidad de construir una racionalidad económica alternativa e incidir en la transformación del orden económico internacional, tal como era anunciado por teóricos de la talla de Enrique Leff (Leff Enrique, 1988: 36-37).

No obstante, el movimiento verde mexicano no atrajo a grandes multitudes ni desarrolló concepciones políticas, ideológicas y culturales tan espectaculares y complejas como las de sus similares en los Estados Unidos y Europa occidental. Más bien, ha tendido a transitar por largos períodos de latencia con breves estallidos de visibilidad, por lo que en general suele ser percibido a través de sus componentes aislado, es decir a través de los grupos que asumen una identidad ecologista, en lugar de ser advertido como una entidad más amplia y compacta.

En efecto, los movimientos no son exclusivamente respuestas a tensiones o a crisis en las estructuras económicas, políticas o ambientales, el ecologismo en México está ahí para corroborar dicha premisa, así que la respuesta al origen, a la morfología y a las dimensiones de este como de cualquier otro movimiento, deben buscarse también en esa serie de mediaciones simbólicas que transforman los fenómenos estructurales en problemas de debate, confrontación y sobre todo, de acción social.

En 1972 se celebró en Estocolmo Suecia, la primera Conferencia de las Naciones Unidas Sobre Medio Ambiente, este acontecimiento catapultó a niveles globales la temática ambiental y sobretodo posibilitó que en lo social se elaboraran ciertos principios comunes y el espacio ideal para la reflexión y la redefinición de un movimiento que en ese preciso instante se autoerigió como ecologista. Así mismo, el foro de Estocolmo comprometió a los gobiernos de las distintas naciones a tomar cartas en el asunto, y en muchos casos, a evaluar por primera vez, la situación



prevaliente en sus respectivos países. Indira Gandhi, ministra de la India, expuso lo que sería la postura emblemática del mundo en vías de desarrollo. “El gran problema ecológico del Tercer Mundo es el hambre” (citado por Riechmann Jorge y Fernández Buey Francisco, 1994, 117).

Los años sesenta y setenta fueron para los países africanos, asiáticos y latinoamericanos una carrera a marchas forzadas para salir del subdesarrollo y lograr los niveles de vida que el capitalismo industrial anunciaba como promesas alcanzables. De esta manera, además de la visión de una ilimitada existencia de materias primas (México era el cuerno de la abundancia), una negación comprensible emanaba de los países del sur ante los remedios que se proponían en informes como el del Club de Roma<sup>27</sup>. Renunciar al crecimiento, se percibía como atentado a la propia subsistencia, lo que aquí estaba en juego no eran bienes suntuarios ni las necesidades creadas por el mercado, aquí, el crecimiento cero significaba amarrarse las manos y dejar de hacer frente a los problemas ligados a la pobreza, la desnutrición, el analfabetismo, la mortandad, la marginación, etcétera.

¿Qué probabilidades tenían los valores posmateriales de ser compartidos por amplios actores y sectores de la población en México? No sólo las respuestas generadas por el Estado y los demás sujetos del sistema político parecieron poco sensibles a los temas ambientales, igualmente una porción significativa de las organizaciones de la sociedad civil se encontraban, en los setenta, comprometidas con el incremento en los niveles de bienestar. Esto no era privativo de las corrientes sindicales y los sindicatos que protagonizaban entonces la llamada insurgencia sindical, organizaciones urbano-populares, campesinas, empresariales y los propios organismos no gubernamentales de asistencia a terceros se encontraban insertos en una lógica desarrollista. El crecimiento era un valor hegemónico que articulaba los esfuerzos de una nación que se empeñaba por desprenderse de las ataduras que lo ligaban a condiciones premodernas. En este contexto, preguntarse sobre las posibilidades de éxito de los principios posmateriales parece conducir a una sola respuesta, y esta necesariamente tiene un sentido negativo.

Lo anterior, de ninguna manera presume la inviabilidad del movimiento ecologista en México, lo que sí hace, es marcar un contexto distinto al europeo o estadounidense, o lo que es lo mismo, señalar las restricciones y oportunidades particulares (recursos y límites) sobre las que actúan los movimientos, aquellas que inciden en la reconstrucción de sus intenciones y estrategias, y hacen del movimiento mexicano uno con características específicas.

En el fondo se está cuestionando la pertinencia, para el caso México, del modelo propuesto por Offe de transformación de paradigmas, y no sólo por lo que tiene que

---

<sup>27</sup> Este informe es aquel que D.H. Meadows elaboró en 1972 y del que se hizo mención en el apartado anterior.

ver con los valores del crecimiento y bienestar, sino también por aquello referente al supuesto agotamiento de los canales de participación ofrecidos dentro de las democracias formales. En ese sentido, la crítica tajante a los límites de la democracia realizada con especial énfasis por los verdes europeos, tiene en nuestro territorio expresiones y sobre todo comportamientos mucho más moderados.

A pesar de la existencia en México de ciertas corrientes que mantienen una visión crítica sobre las reglas y valores de la democracia formal (como la anarco-ecologista), que someten a juicio la competencia entre partidos y la representación parlamentaria; la existencia de una matriz autoritaria en el sistema político mexicano ha hecho que ciertos grupos del ecologismo mexicano, como otros actores de la sociedad civil, se hayan adscrito a ese macro movimiento de lucha por la democracia.

En esos esfuerzos por hacer efectivas las reglas y los valores de la democracia liberal, los ecologistas como el resto de las organizaciones civiles han advertido, a veces intuitivamente y otras tantas con plena conciencia, que la existencia de esta esfera y por lo tanto la suya propia, requiere ser asegurada institucionalmente a través de esos derechos legados de la tradición liberal: libertad de pensamiento, de prensa, de asociación, de manifestación, etcétera. (Arato Andrew y Cohen Jean, 1988).

De esta manera, motivados por esa necesidad básica, numerosos movimientos sociales, asociaciones ciudadanas y demás expresiones colectivas han concurrido en esta corriente democratizadora, que entre otras cosas, ha permitido el fortalecimiento del sistema de partidos, la división de poderes y la operatividad de las garantías consagradas en la Constitución. Contrariamente a la lectura que Offe<sup>28</sup> hace para el occidente, los movimientos sociales, entre ellos el ecologismo, lejos de impulsar la sustitución del viejo paradigma, se ha convertido en una fuerza que viene a apuntalar sus componentes.

Otro elemento que ha jugado un papel destacado en la definición del movimiento verde en México ha sido sin lugar a dudas la fuerza del Estado.

En México, la presencia del Estado como el actor central de los procesos socio-históricos tiene su origen en aquellos factores ligados a la ausencia de una clase hegemónica capaz de conducir los esfuerzos nacionales en pos de consolidar al moderno capitalismo (tal como sucedió en los países hoy desarrollados); a la vulnerabilidad del país ante las constantes amenazas de potencias extranjeras, sobre todo a la historia de intervenciones que ha significado la vecindad con los Estados Unidos; y finalmente, a la efervescencia de los sectores populares, que como una constante, han emergido, súbita y violentamente, demoliendo el viejo orden y derribando las antiguas oligarquías.

---

<sup>28</sup> Me refiero a la tesis que Claus Offe desarrolla en su artículo "Los nuevos movimientos sociales cuestionan los límites de la política institucional". Offe Claus, Partidos políticos y nuevos movimientos sociales. Barcelona, 1992, Sistema, 265 pp.

“En efecto, se trata de una historia, en donde, (...) sólo un Estado despótico asentado sobre su herencia guerrera fue capaz de unificar un territorio siempre amenazado y mutilado por las grandes potencias, un territorio con una geografía abigarrada, inconexa y profundamente heterogénea que al entrar en combinación con las exigencias de los polos industriales originarios dio como resultado una economía primario exportadora” (Zermeño Sergio, 1987: 62).

La primacía del Estado se asentó en gran medida como repuesta a una debilidad endémica de la sociedad, de sus clases sociales y de sus cuerpos intermedios. Fue así, que el Estado asumió la tarea de mantener la paz interna, la cohesión nacional y encarnar el espíritu del desarrollo, la industrialización y la modernidad. Parecía que la fuerza creadora del Estado mexicano había inventado todo, empezando por la propia sociedad, y en efecto, el Estado posrevolucionario se consolidó, entre otras medidas, gracias a esa capacidad de institucionalizar las principales iniciativas de organización provenientes de la sociedad.

El llamado corporativismo, uno de los vértices que han dado soporte al sistema político, constituyó, hasta hace poco tiempo, la forma casi única de intercambio entre sociedad y Estado. A través del monopolio en la representación de intereses que ciertos organismos detentaban, (ya sea de clase o por actividad profesional) el Estado edificó su legitimidad. La negociación y los acuerdos con los representantes de la clase obrera, campesina y empresarial (entre muchos otros) permitieron que los encargados de la política nacional generaran un marco de conciliación que evitaba la polarización extrema de los conflictos intergrupales.

Esto implicaba una distribución de recursos y recompensas que garantizaba la lealtad en las masas, sobra decir que dicho reparto no se reducía exclusivamente a las dirigencias, ante todo significó que el Estado en su fase populista, promoviera la participación de las clases trabajadoras en los beneficios del desarrollo económico. La eficacia política de la Central de Trabajadores de México (CTM) o la Confederación Nacional Campesina (CNC) no puede explicarse únicamente por la coacción, que en efecto, han ejercido sobre sus agremiados, estas como otras instancias corporativas se desempeñaron como instrumentos de distribución y de obtención de servicios de seguridad social, lo que permitió, por algún tiempo, disfrutar a sus afiliados de niveles de vida relativamente satisfactorios.

El pacto corporativo tenía ida y vuelta, significaba costos pero también beneficios. No obstante, en nuestro país denotó siempre una relación de subordinación y dependencia hacia el aparato estatal.

Fuera de ciertos resquicios, como la atención asistencial a grupos, hoy denominados vulnerables, (discapacitados, ancianos, huérfanos) era el Estado y sus corporaciones las encargadas de ordenar y dar cause legítimo a la participación de la sociedad. Toda expresión colectiva, todo movimiento social que implicase cierta

oposición o que entrañase algún cuestionamiento al presidente, al partido o la estructura corporativa fue percibido como un atentado a la integridad nacional, como una provocación a la estabilidad del país. En consecuencia, la respuesta desde el poder fue desarticular las acciones disidentes. La compra o cooptación de líderes, incentivar las divisiones internas, mediatizar las demandas, encarcelar, desaparecer y asesinar opositores fue parte de una fórmula que se aplicó una y otra vez. Con esa suerte corrieron el movimiento ferrocarrilero del 58, el de los médicos de 1964 y el popular-estudiantil de 1968, entre muchos otros.

Así, dentro de este ámbito de gran presencia estatal, los movimientos sociales han tendido invariablemente a establecer sus principales orientaciones antagónicas precisamente frente al Estado. Este ha sido el adversario por excelencia, el enemigo contra el cual se despliegan los recursos de fuerza y el referente obligado para la configuración de las identidades colectivas en movimiento. Esta dinámica ha supuesto la sobrepolitización de las protestas sociales que todavía hasta entrados los ochenta tendían a diseñar estrategias en donde se apostaba a ganar o a perderlo todo. En ese sentido, el movimiento ecologista no se podía escapar de dicha tendencia estatólatra.

Efectivamente, a diferencia de los países industrializados, en donde buena parte de sus conflictos se escenificaron contra empresas y multinacionales; en nuestro país, en su calidad de rector del desarrollo, el Estado ha sido el gran contaminador, el gran devastador de ecosistemas, el primer consumidor de bienes naturales y el principal propietario del parque industrial. Por todo ello no es de sorprender que desde un principio se le haya señalado como el mayor causante de la crisis ambiental, y en consecuencia, haya sido el destinatario de las demandas y movilizaciones más sonadas.

La situación de país en vías de desarrollo, asechado permanentemente por el fantasma de la crisis, condicionó al Estado, sobre todo a partir de los años cincuenta, a instaurar una política de "crecimiento a toda costa", la cual, ha significado que en aras de minimizar los costos de producción y crear condiciones atractivas para la inversión nacional y extranjera (recientemente), la protección y conservación del ambiente, así como otros asuntos de interés público, se hayan relegado a un segundo término. La percepción de esta parálisis o falta de voluntad política otorgó a grupos e individuos que emergían de entre las hendiduras del corporativismo, el pretexto para ser ellos los encargados de impulsar acciones tendientes a impedir el espiral de destrucción ecológica, y en su caso, promover la conservación y mejoramiento del ambiente.

Sin embargo, es a la saga de las acciones y decisiones tomadas por el Estado que tienen lugar las manifestaciones públicas del movimiento ecologista en México. Ya sea para oponerse e intentar vetar alguna resolución o por el contrario, para secundar y legitimar otras, dichos movimientos tienen a expresarse en forma reactiva, mayormente defensiva, pero siempre otorgándole al Estado la facultad de ser él quien dé el primer paso.

Esta cualidad defensiva no es exclusiva de los verdes, ni tampoco de los movimientos sociales en nuestro país, es una característica que en su mayoría comparten los movimientos del mundo entero (Fuentes Marta y Gunder Frank André: 1989). La especificidad del sistema social en México reside en que aquí, el Estado mostró hasta finales de la década pasada una destreza sin igual para maniobrar y generar gobernabilidad, a través de actuar o simular acciones en torno a una amplia gama de tópicos, de los que el ambiente formó parte.

Fue así, que el Estado se convirtió en el primer sujeto que publicitó los asuntos ambientales en el país. De hecho, desde la Constitución Política de 1917 quedó establecido, en el artículo 27, un marco jurídico preecológico, en donde se vislumbró la necesidad de proteger a la naturaleza como una tarea más del Estado nacional. "(...) La nación tendrá en todo tiempo el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público, así como el de regular el aprovechamiento de los elementos naturales susceptibles de apropiación, para hacer una distribución equitativa de la riqueza pública y cuidar su conservación. Con este objeto se dictarán las medidas necesarias para el fraccionamiento de latifundios; para el desarrollo de la pequeña propiedad, para la creación de nuevos centros de población agrícolas con tierra y las aguas que les sean indispensables; para el fomento de la agricultura y para evitar la destrucción de los elementos naturales y los daños que la propiedad pueda sufrir en perjuicio de la sociedad (...)" (Citado en Ecología Política, 1986: 20).

Sobra decir que dicha preocupación resultó bastante adelantada para su época, ya que es hasta mediados de los setenta que en la mayor parte de los países latinoamericanos y europeos se incorporan normas ambientales en sus regímenes jurídicos. Es en estos años cuando se registra a nivel global una fase legislativa de la política ecológica, como resultado directo de la cumbre de Estocolmo.

Justamente frente a esta eventualidad externa (la Conferencia de Estocolmo) y como consecuencia también de ser sede (México) de las reuniones preparatorias, el gobierno del entonces presidente Luis Echeverría, comienza a desarrollar una política ambiental más explícita. En 1972 se promulga la primera Ley Nacional para el Medio Ambiente teniendo como referencia el artículo 27 antes mencionado. Como puede apreciarse, este primer momento se deriva de factores exógenos más que de respuesta a demandas internas o a presiones sociales generalizadas, a pesar de que desde los cincuenta se registran en el país grupos articulados a partir de tópicos ambientales.

La aplicación de esta primera ley específica quedó en manos de la Secretaria de Salubridad y Asistencia (SSA) a través de una subsecretaria creada a exprofeso (la Subsecretaria de Mejoramiento del Ambiente, SMA). La instrumentación de la política ecológica desde la perspectiva de la salud, redujo la acción estatal a tareas de reparación de desastres y en el mejor de los casos a la planeación de los trabajos ante dichos acontecimientos. Aunado a ello, la carencia de atribuciones y funciones

precisas y la escasez de recursos financieros limitó por mucho años la efectividad de las políticas ambientales (Kürzinger F. et al., 1991:71-72).

Para el sexenio siguiente, frente a un aumento de la conciencia social -en materia ecológica- y ante las presiones que los grupos de la sociedad civil comienzan a ejercer, se promulga, hacia finales del mandato de José López Portillo, la segunda Ley Nacional sobre Medio Ambiente. El elemento sobresaliente aquí es que en el artículo quinto se instituye la primera secretaria autónoma (Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, SEDUE), otorgándosele a la política ambiental el rango de prioridad con status de gabinete.

Más adelante, durante el gobierno de Miguel de la Madrid se llevaron a cabo una serie de foros de consulta popular con el objeto de crear y fortalecer la conciencia pública alrededor de diversos temas, en donde los ambientales tuvieron su espacio. A pesar del carácter proselitista de dichas reuniones, las que fueron aprovechadas para hacer la presentación de los candidatos "oficiales", los foros constituyeron otro de los mecanismos desarrollados por el Estado para dar cause a las demandas que en materia ambiental se estaban presentando (Kürzinger F. et al., 1991:73).

Paralelamente, desde el poder legislativo se instrumentaron otras acciones tendientes a reconocer el fenómeno y a generar espacios para la creación de normas más eficaces en la protección y conservación natural. Fue así, que en 1984 se creó la Comisión de Preservación del Medio Ambiente y Protección Ecológica de la Cámara de Diputados, la cual organizó conferencias regionales así como la Primera Reunión Nacional de Ecología.

Para ese entonces, los partidos habían incorporado el tema ecológico en sus documentos básicos y plataformas electorales, siendo el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) el primero en realizarlo durante la campaña presidencial para el sexenio 1982-1988. Ante este súbito interés por parte de la oposición, el Partido oficial (PRI) responde impulsando "El Foro de Consulta Popular sobre Medio Ambiente y Calidad de Vida", en donde su candidato a la presidencia Miguel de la Madrid reconoció que el problema ecológico se había convertido en una demanda política. Las diferencias entre ambos discursos no podían ser mas que evidente, mientras el PSUM apuntaba en contra del capitalismo y del imperialismo como los causantes de la depredación de ecosistemas, el PRI centraba su atención en los problemas de contaminación sin realizar ningún deslinde de responsabilidades ni mucho menos algún juicio contra el sistema de producción vigente (Chao Ebergenyi Felipe: 116).

También durante el sexenio de Miguel de la Madrid tiene lugar, hacia finales de su período (1988), la promulgación de una tercera ley; la Ley General de Equilibrio Ecológico y Protección al Ambiente (LEGEEPA), considerada en su momento, el instrumento normativo más moderno de América Latina. Este nuevo marco jurídico intenta terminar con la duplicidad de funciones y en general con la desorganización

institucional que permeaba el manejo de la política ambiental. De esta forma, se convoca a todas las dependencias gubernamentales que abordaban tareas relacionadas con el ámbito natural, a poner a disposición de la SEDUE su capacidad técnica, así como a actuar en dichas áreas bajo su coordinación. Dicha ley, en la que intervienen activamente algunos grupos ecologistas, es recibida con un inusual consenso de parte de los actores del SP y de las organizaciones civiles, aunque las voces disidentes siguen cuestionándole su origen poco democrático y ciertas fallas técnicas en torno a las políticas agropecuarias, energéticas, educativas y urbanas (Pacto de Grupos Ecologistas, 1991: 3).

A raíz de los terremotos de 1985 y frente a la intensificación de la participación social, la regencia del Distrito Federal invita a 33 organismos no gubernamentales especializados en cuestiones ambientales a cooperar con la Comisión de Planificación del Desarrollo (COPLADE), lo cual significó la primera experiencia de intercambio y colaboración entre agencias estatales y organizaciones de la sociedad civil. Muchos grupos aprovecharon la coyuntura para financiar sus actividades, mientras otros tantos, celosos de su autonomía e independencia se abstuvieron de cualquier trabajo conjunto (Kürzinger F. et al., 1991:82).

A mediados de 1987, el regente impulsa un proyecto ecologista de gran envergadura para el D.F., que incluye el programa un día si auto y otros diez más, en donde colaboran miembros del Pacto de Grupos Ecologistas y otras asociaciones verdes. (Pacto de Grupos Ecologistas, 1991: 3).

Como puede apreciarse, los años setenta y ochenta, durante los cuales tiene lugar la gestación del movimiento ecologista, constituyen, al mismo tiempo, un período caracterizado por una actividad permanente de parte de las instancias gubernamentales para hacer frente a los desafíos de la crisis ambiental. Políticas públicas, disposiciones legales, plataformas electorales, decisiones coyunturales, fueron las formas más usuales de instrumentación de la política ecológica, desde la perspectiva del sistema político. Así, si bien en muchos casos los actores e instituciones del sistema resultaron ser los primeros en hacer de los diversos tópicos ambientales temas de interés general, y en muchos casos tomaron la iniciativa en cuanto al abordaje y solución de los problemas, una percepción de incapacidad, ineficacia y hasta de complicidad gubernamental en el deterioro del entorno, nutrió a un movimiento que en ese preciso instante se constituía a través de una amplia gama de grupos, corrientes y tendencias.

Sumergido en ese intenso vínculo fascinación/odio con el Estado, el movimiento verde fue construyendo su reconocimiento social y su legitimidad política en la medida que descubrió el carácter enteramente simbólico de las acciones emprendidas desde las instituciones estatales. Las cuales, desde su visión, presentaban enteras discordancias entre principios cargados de buenas intenciones y los mecanismos para

instrumentarlos. En efecto, desde la lectura de los ecologistas, la política ambiental se encontraba plagada de imprecisiones en cuanto a la aplicación eficaz de los ordenamientos y disposiciones legales existentes, lo que hacía de ésta una serie de actos completamente demostrativos y por lo mismo ineficaces.

Pero no sólo había carencia de instrumentos ad hoc, las acciones estatales también se encontraban constreñidas como consecuencia de la escasez de recursos financieros. De esta forma, de la combinación de los déficit mencionados, se definieron los alcances de las labores estatales, las cuales se consagraron casi con exclusividad a reparar parcialmente los daños ya hechos. La prevención, la protección, el deslinde de responsabilidades, el castigo a los culpables, la cooperación y la participación social resultaban códigos desconocidos para la racionalidad imperante en aquellos momentos dentro del SP.

A esa evaluación se le sumaban severas acusaciones como las de corrupción, encubrimiento, desorganización e irresponsabilidad estructural en el manejo de las políticas ecológicas. En el fondo, las críticas evidenciaban el dilema de Estado desarrollista, el cual no podía cerrar los ojos y permanecer indiferente ante la destrucción de los ecosistemas pero tampoco tenía la posibilidad de priorizar los temas ambientales sobre su imperativo fundamental, que era precisamente promover el crecimiento y arrancar del país la sombra del subdesarrollo.

Al mismo tiempo, los movimientos sociales exhibieron los límites de los recursos estatales para hacer frente a los desafíos ecológicos. En efecto, ni el empleo del aparato burocrático, ni el uso del monopolio de la violencia (castigo a los culpables), ni la regulación legal, ni el manejo de los recursos fiscales (gasto público, imposición, subsidios) ni tampoco el servicio de los medios de persuasión e información, podían por sí solos o en el caso idílico de su implementación coordinada, responder con éxito a las aristas implícitas en la crisis civilizatoria anunciada por el ecologismo.

De tal forma, los organismos verdes crecieron, maduraron y se multiplicaron en ese espacio en donde la intervención estatal carecía de toda efectividad, ese espacio al que hemos denominado *mundo de vida*<sup>29</sup>. La dimensión del desastre ecológico apuntó no sólo hacia la economía y la política, implicó también a los valores y prácticas que en lo cotidiano desarrollan hombres y mujeres, y cuya transformación se valoró indispensable para revertir la situación catastrófica del país y del planeta.

A pesar de que en México, los movimientos tienden a politizarse con suma rapidez, los ecologistas, al igual que otros, combinan sus orientaciones de poder con una perspectiva cultural que les permite concebir ese espacio de acción, en el cual, la disputa central gira en torno a la subversión de aquellos códigos que dan forma a los valores y creencias hegemónicos. Es aquí el territorio de las batallas por socializar

---

<sup>29</sup> Cabe recordar que dicho concepto, acuñado por Jürgen Habermas, es retomado por analistas como Arato y Cohen para delimitar el espacio de surtimiento y acción de la sociedad civil.



alternativas a la visión jerárquica y etnocéntrica del universo; por crear una cultura del ahorro y el reciclaje; por generar una noción de felicidad divorciada de los imperativos del consumo; por valorar lo pequeño, lo local, lo inmediato en lugar de endiosar lo macro, lo mega, lo global; etcétera. En este sentido, no es gratuito que uno de los ejes de acción que con mayor insistencia han abordado los diversos grupos ecologistas haya sido precisamente el de la educación ambiental informal.

A partir de su actuación en el mundo de vida, los movimientos verdes originan esferas públicas que desde fuera de los marcos institucionales reivindican su derecho a incidir, positiva o negativamente, en las decisiones tomadas por los centros de poder. De esta manera, despojan al sistema político del monopolio de la política; lo político en materia ecológica no se produce exclusivamente en los partidos, en las agencias de gobierno o en el poder legislativo.

Desde estas esferas del mundo de vida, grupos y redes denuncian e impugnan las medidas consideradas ineficaces o aquellas que toleran la irresponsabilidad organizada; simultáneamente diseñan alternativas puntuales a algunos de los problemas más visibles e impulsan un debate ideológico tendiente a sensibilizar a la opinión pública sobre los temas considerados por ellos pertinentes; hacen presión y cabildean en los distintos niveles de gobierno, (municipal, estatal y federal) así como más allá de las fronteras, insertándose en una dinámica global que ha dejado de ser privativa de los procesos económicos.

#### *Vicios y virtudes: algunos rasgos de origen*

Como hemos venido insistiendo, eso que por convención del lenguaje denominamos movimiento ecologista es en realidad una red plural y heterogénea de grupos, tendencias, corrientes e individuos que comparten cierta identidad, es decir se reconocen y son reconocidos con ciertos atributos comunes, y en los momentos de visibilidad desarrollan una orientación antagónica compartida. Si bien, dicha red de movimiento no fue la responsable directa de politizar los asuntos ambientales en el país, la extensión de la conciencia ecológica a comienzos de los ochenta es sin lugar a dudas mérito de éstos, y así es reconocido por los funcionarios públicos cuando se les solicita una evaluación sobre las organizaciones civiles y su aporte a la política ambiental (Kürzinger F. et al., 1991: 83-85).

Además de esta multidimensionalidad, el movimiento ecologista mexicano ha asumido una serie de características tales como falta de cohesión, escasa visibilidad, déficit en la capacidad de convocatoria, que en gran medida han determinado el enfoque analítico en los escasos estudios sobre el fenómeno. Esto quiere decir, que la valoración del ecologismo tiende a realizarse a partir de sus referentes organizativos,

es decir a través de los grupos más o menos estables articulados en torno a algún tema o enfoque ambiental. Cabe señalar, que si bien partimos de la premisa de que cualquier movimiento es más que un agregado de grupos, y que por lo tanto éste posee rasgos no solo cuantitativos sino cualitativos distintos, la composición propia del movimiento en nuestro territorio, y al mismo tiempo, debido a la asequibilidad del método, será a través de sus expresiones más concretas y aprehensibles, las asociaciones e instancias más amplias de coordinación denominadas redes, que se procederá a reconstituir los principales atributos de este actor en movimiento.

Para comenzar, es pertinente señalar que de acuerdo con diversos analistas el ecologismo en México comienza a ser visible desde los años setenta<sup>30</sup> con el surgimiento de algunas decenas de grupos que actuaban de manera dispersa y casi invisible, de esta forma, es hasta la década siguiente que se prefigura un sujeto con objetivos, acciones y formas de organización propias que lo distinguen de otros fenómenos colectivos, que por aquellos tiempos vivían ciclos de notable efervescencia. Si bien como se señaló más arriba, la existencia de organizaciones ambientales tiene su antecedente más remoto en el año de 1952 con el surgimiento del Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables (IMERNAR), el movimiento como tal es indiscutiblemente un fenómeno post-sesenta y ocho, cuya cresta es alcanzada a mediados de la llamada década perdida.

La emergencia de este proceso participativo tiene de manera general dos grandes líneas explicativas, por un lado, se puede comprender dentro de todo aquello inherente a la crisis ambiental y a la percepción social de la misma, es decir como respuestas colectivas ante la sobreexplotación de los recursos naturales, la contaminación de la tierra, aire y agua, al exterminio de espacios vegetales y animales, a la pérdida de biodiversidad y a la traducción social de esta crisis, cuya expresión más palpable es el deterioro en la calidad de vida humana.

Esta ruta de explicación tiene a su vez dos elementos que vale la pena diferenciar, por un lado, el fenómeno objetivo en sí, la crisis ecológica y por otra parte, la intervención de la acción subjetiva en el dimensionamiento del fenómeno y la construcción de una problemática. Bajo esta perspectiva es importante resaltar el papel desempeñado por los científicos, especialmente por los biólogos y ecólogos, quienes además de sonar las primeras alarmas, fueron los encargados de codificar e interpretar al resto de la sociedad, los síntomas iniciales de una enfermedad, cuyo pronóstico no dejaba de rayar en el pesimismo.

Un ejemplo ilustrativo de lo anterior se encuentra en el organismo pionero, el IMERNAR cuyo origen responde precisamente a la inquietud de científicos por la extinción de especies y el visible deterioro de algunas zonas naturales, estos se dan a la

---

<sup>30</sup> En esta afirmación existe un amplio consenso entre aquellos que han estudiado el ecologismo mexicano, ver por ejemplo en Chao Ebergeyi Felipe, Kurzubger F., Góngora Jannette, etcétera.

tarea de investigar en torno a las condiciones que guardan los recursos, y a diseñar propuestas para su conservación y mejor aprovechamiento colectivo (Góngora Janette, 1991: 509-510). Lo anterior de ninguna manera resulta un caso aislado, por el contrario constituye una de las vertientes organizativas del ecologismo mexicano.

Pero los científicos no son el único factor que propicia la percepción social de la crisis, la influencia del movimiento ecologista internacional y la difusión de las ideas de algunos de sus teóricos más prominentes como Murray Bookchin, Ivan Illich, Barry Commoner, André Gorz, René Dumont y otros, brindaron los conocimientos que develaron los hilos existentes entre la catástrofe ambiental y el modelo civilizatorio predominante, abriendo, al mismo tiempo, un horizonte de acción, tras el cual numerosos individuos, principalmente jóvenes, canalizaron sus energías participativas y su deseo por transformar la realidad existente.

Por otro lado, la segunda línea de explicación se refiere a la emergencia de numerosos actores colectivos que por fuera de los causes formales del SP, articularon los impulsos de una ciudadanía que empezó por ejercer su derecho de ser y de hacer; es decir, reivindicó la existencia legítima de instancias orientadas hacia el interés público, autónomas e independientes del Estado, las agencias de gobierno y los partidos políticos.

Otra lógica de participación y organización social se fue prefigurando y multiplicando más allá de la estructura corporativa, significando verdaderos desgarres a la tendencia estatal de homogeneizar bajo su manto a una sociedad que hasta entonces se asumía como menor de edad. Una pluralidad creciente de asociaciones y movimientos alimentó cierta tendencia opositora, que pese a sus diferencias internas en cuanto objetivos, formas de acción, base social, y estructura, definió un escenario político común, un deslinde de territorios en donde se colocó al Estado como el enemigo a vencer.

Cada grupo, cada red de movimiento, partiendo de su propia trinchera, mediado por su muy peculiar subjetividad edificó los cimientos de un espacio que persiguió su diferenciación de la esfera de lo estatal y al mismo tiempo procuró conquistar el derecho a hacer política; a generar, vetar o incidir en el rumbo de las decisiones que trascienden a los individuos y trastocan la vida de toda la sociedad. Las pretensiones de estos grupos fueron advertidos y asimismo tratados por el Estado como verdaderas amenazas a la estabilidad sistémica, de tal suerte, el conflicto, la relación de poder, el uso de la fuerza, la descalificación y desconfianza mutua fueron los rasgos característicos que desde ambos lados de la moneda tiñeron la relación Estado-sociedad civil.

Es en este contexto de conformación de una sociedad civil plural, heterogénea y por momentos masiva, allá por los setenta, que tiene lugar el nacimiento del movimiento ecologista en México. En ese sentido, es un movimiento que se encuentra impregnado,

como lo hemos señalado, de la tendencia a antagonizar con el Estado por encima de cualquier adversario, al mismo tiempo se encuentra inserto en ese largo peregrinar hacia la democracia que de manera emblemática arranca aquel verano-otoño de 1968, y el cual se ha alimentado no sólo de las reformas político-electorales, sino también de la acción de la insurgencia sindical, del movimiento urbano-popular, de los movimientos cívicos de carácter regional o municipal, del movimiento de mujeres, de las luchas por la defensa de los derechos humanos, etcétera.

Los ecologistas mexicanos inmersos en ese accidentado proceso de democratización y ciudadanización, logran capitalizar para el movimiento la conquista de todas aquellas garantías que aunque plasmadas en nuestra Carta Magna no se aplicaban o tenían una asignación casi discrecional. El movimiento, por lo tanto, se nutre de la tendencia de la sociedad a servirse del repertorio de derechos democráticos existentes, así como del aprendizaje de formas no convencionales de participación política.

A manera de resumen, el movimiento ecologista nace un medio de dos grandes procesos: a) la crisis ambiental y la conciencia colectiva de ella; y b) el proceso de gestación de la sociedad civil y de transformación de las relaciones con el Estado, dentro de ese multicitado tránsito hacia la democracia.

Desde su origen allá por los setenta, el movimiento se ha caracterizado entre otros elementos, por la ausencia de liderazgos personales o de grupo capaces de cohesionar y dotar de sentido a los variados organismos y tendencias existentes; asimismo y contrario a sus propios principios, las organizaciones han tendido a concentrarse de manera desproporcionada en la Ciudad de México.

Por lo que respecta al segundo rasgo, cabe hacer las siguientes precisiones. La propensión de los grupos ecologistas a concentrarse mayoritariamente en la Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM) es en cierta forma la reproducción en el ámbito cívico-ciudadano de una tendencia que en lo político, en lo económico, en lo cultural y en lo demográfico ha marcado la historia de este país.

Se trata de una problemática ligada, antes que nada, a la situación de albergarse aquí los poderes de la nación, así como también, a la visión centralista que ha permeado el ejercicio de gobierno desde el siglo pasado. Como producto de lo anterior, la ciudad capital ha sido objeto de políticas preferenciales que a la larga la han convertido en el centro de las principales actividades económicas, variando de acuerdo al modelo de desarrollo vigente<sup>31</sup>. Al ser la entidad mejor equipada en cuanto

---

<sup>31</sup> Por ejemplo, cuando prevalecía el modelo de sustitución de importaciones y el sector secundario era considerado pieza clave del desarrollo, la Ciudad de México concentraba el más grande e importante parque industrial de la república, hoy que las actividades financieras y bursátiles son el soporte del proyecto económico, la ciudad sufre un proceso de terciarización, convirtiéndose en el principal centro de bancos y casas de bolsa.

a infraestructura urbana y justo por reunir un gran número de ramas productivas, el Valle de México ha ejercido una poderosa atracción de flujos migratorios por lo menos desde los años cincuenta, haciendo de este pequeño espacio el conglomerado poblacional más extenso del país, la quinta parte del total nacional en la última década. (Alvarez Lucía, 1998: 38-46).

Esa misma suerte de crecimiento asimétrico cruza toda actividad humana que se lleve a cabo en nuestro territorio, ni la cultura, ni la educación, ni siquiera las industrias subterráneas como las del sexo o las drogas escapan a la vorágine centralizadora de la ciudad capital. Acorde con dicha propensión, la presencia mayoritaria de asociaciones ciudadanas de cualquier signo parecen responder a la misma lógica y ejemplificar perfectamente una relación proporcional entre cantidad de población y número de organismos y movimientos existentes.

Pero esa relación proporcional entraña otros elementos, y es que precisamente debido a las dimensiones alcanzadas por la ciudad, que en materia ambiental se presentan los más graves problemas. De esta forma, vinculado estrechamente al crecimiento demográfico y a la industrialización, aparece uno de los aspectos más visibles del deterioro ecológico: la contaminación ambiental. Los gases emitidos por las industrias químicas, del cemento y fertilizantes; por talleres, fundidores, baños públicos, incinerados, aviones y principalmente por los más de dos millones de automotores que diariamente circulan por sus avenidas, han hecho de esta urbe una de las más contaminadas del planeta<sup>32</sup> (Alvarez Lucía, 1998: 62-64).

El cóctel de partículas suspendidas en el aire, derivadas de la quema de combustibles fósiles es, a todas luces, responsable de diversas enfermedades, principalmente respiratorias; a finales de los ochenta, por ejemplo, se reportaron 22 980 casos de infecciones en vías respiratorias por cada 100 000 habitantes (Movimiento Ecologista Mexicano, 1991). Ozono, plomo, monóxido de carbono, bióxido de azufre y bióxido de nitrógeno son parte de la dieta diaria de los capitalinos, quienes ante la contundencia de este aire enrarecido han podido relacionar aquellos factores con el deterioro en su calidad de vida.

Pero la metrópoli no sólo padece estragos atmosféricos, el agotamiento de sus mantos acuíferos, además de los serios daños al subsuelo, ha llevado a la ciudad a proveerse del preciado líquido a través de monumentales obras hidráulicas, en detrimento de otras zonas del país, permitiendo abastecer, por el momento y con marcadas exclusiones, a una ciudad al parecer insaciable. No obstante, los altos costos del servicio, las severas deficiencias en su suministro y una tendencia a nivel mundial de agotamiento de las reservas potables, convierten al agua en una de los apuros diarios de la población, así como también en uno de los dilemas centrales de los gobiernos presentes y futuros.

---

<sup>32</sup> Se calcula que más de 70% de las partículas contaminantes arrojadas a la atmósfera son producidas por vehículos de combustión.

Aunado a estas severas problemáticas se añaden otras como la contaminación del subsuelo, la contaminación auditiva, la generación de basura, y para rematar, la erosión y deforestación de la tierra, que hacen de la ciudad de México una de los centros urbanos con menor proporción de áreas verdes en relación a su número de habitantes. “En el caso de la Ciudad de México, si se toma en cuenta sólo la superficie de parques, jardines, camellones y glorietas es de 2.3.m<sup>2</sup>/hab. Cuando se incluye también la extensión ocupada por parques nacionales resulta de 7.3m<sup>2</sup> hab.(...) Atendiendo al primer indicador, se puede decir que el área metropolitana posee un bajo índice de áreas verdes: 2.32/hab. y aproximadamente 5.2. para toda el área. Estos índices se encuentran muy por debajo de los 16,2 por habitante recomendados por la ONU y los nueve señalados por las normas internacionales. (Guevara Sada Sergio y Moreno Casasola Patricia, 1987: 231).

Frente a un escenario de tal magnitud, no es de extrañar que los asuntos ambientales sean una de las preocupaciones más sentidas por los pobladores de la ciudad, y que esta dimensión, juegue un papel trascendente en la traducción de dichas tribulaciones en respuestas sociales; es decir, en la gestación de acciones colectivas y en la articulación de grupos civiles cuyo eje central lo conformen; la defensa de la salud, el mejoramiento de los niveles de vida, todo ello relacionado con la protección del medio ambiente.

El mayor involucramiento de la población citadina en temas ambientales, y por tanto la existencia de un número superior de asociaciones ecologistas en la capital pasa también por otros factores ligados igualmente a la concentración y centralización. La ZMVM cuenta con los niveles de marginación y analfabetismo más bajos a nivel nacional; las dieciséis delegaciones políticas que conforman el Distrito Federal (D.F.), así como los 27 municipios conurbados del Estado de México poseen indicadores que hacen de ellas localidades con bajos y muy bajos grados de marginación. Mientras el D.F. puede presumir de ser la entidad con el porcentaje más elevado de población alfabetizada 66.33% y gozar del más alto nivel de escolaridad 7.55 años aprobados. (Ver Cuadros 18, 19 y 61B en Alvarez Lucía, 1998: 329-330 y 363-364).

Esto viene a colación con cierto postulado que establecen un vínculo directo entre nivel de conciencia ecológica y niveles relativamente altos de educación y acceso a la información, así como de una situación económicamente satisfactoria. Estos factores juegan positivamente en el desarrollo del movimiento verde y en el surgimiento y consolidación de grupos con orientación no sólo ecologista sino también de los otros temas de corte posmaterial.

En ese sentido, la ciudad de México concentra la infraestructura educativa más extensa e importante del país, al igual que la mayor producción científica en todas sus disciplinas y la más grande existencia de medios informativos y de comunicación. Sólo para citar algunos datos, el D.F. absorbe el 30.32% de los servicios de maestros

de educación básica y media básica, concentra el 14.81% del número de escuelas de nivel preescolar, primaria y secundaria, el 41% de los profesores universitarios y consume el 95% de libros y discos producidos en el país (Alvarez Lucía, 1998: 45).

Se puede afirmar por lo tanto, que desde siempre el Valle de México ha ofrecido ventajas comparativas con respecto al resto de las entidades en lo referente a la cantidad y calidad de los servicios informativos y esto ha sido un factor relevante en el fortalecimiento de las tendencias participativas de los capitalinos.

Otro elemento que vale la pena ponderar para la comprensión de este crecimiento cívico-ecológico desequilibrado, tiene que ver justo con la centralización política. La ciudad de México es el lugar de residencia de grupos que lejos de delimitar su impacto en la región poseen una injerencia o persiguen detentarla en términos nacionales. Organismos como Greenpeace, el Grupo de los Cien o el Movimiento Ecologista Mexicano (MEM), quienes desarrollan una política ecológica de impacto nacional, difícilmente podrían mantener la incidencia que poseen si radicaran en Jalapa, Querétaro o Hermosillo.

Ciertamente, muchos grupos reproducen la lógica gubernamental de pensar desde el centro lo que ocurre a nivel estatal, regional o local, pero también es indiscutible que la posibilidad de intervenir en políticas públicas de dimensiones globales o de influir en la elaboración de leyes y reglamentos que contemplen problemas y soluciones comunes al conjunto de los estados es posible sólo desde el corazón del poder estatal y éste aun radica en el Distrito Federal.

De modo semejante, numerosos grupos preocupados por la protección de alguna especie en particular como sería el caso de la mariposa monarca o de algún hábitat específico como la selva de los Chimalapas tienden a ubicarse preferencialmente en nuestra capital. Igualmente en estos casos, las políticas de presión, chantaje y cabildeo surten efecto (cuando así es) gracias a que se emplean directamente sobre los centros de toma de decisiones, ya sean los órganos legislativos o alguna secretaría de Estado. Cabe resaltar que en muchos de estos casos, aunque la resolución de problemas y conflictos compete a los poderes estatales, los arreglos tienden a ser diseñados e instrumentados por las instancias federales. Así, por ejemplo, la proscripción de la caza de cierta especie o la promulgación de una reserva natural casi siempre provienen de iniciativas que parten desde el centro. De esta manera, los grupos organizados del ecologismo han aprendido a que todo arreglo exitoso es posible sólo si se enfilan las baterías hacia esa dirección.

Ahora bien, en lo referente al otro rasgo distintivo, la falta de cohesión, es pertinente hacer los siguientes señalamientos. De entrada, los grupos que conforman al movimiento ecologista nacen profundamente celosos de su independencia y autonomía. Es decir, existe un componente ideológico que permea las prácticas de los activistas verdes, quienes, por definición, sospechan de todo liderazgo que tienda a

fortalecerse más allá de lo operativo, al igual que de aquellas instancias de coordinación que se inclinen a centralizar funciones y decisiones.

A pesar de que el ecologismo dice no estar casado con ninguna doctrina socio-política, sus intelectuales parecen haber recogido piezas fundamentales del anarquismo, las cuales tuvieron un peso determinante durante los años de gestación, sobre todo como principios organizativos.

Un culto a la espontaneidad y cierto resquemor a toda tentativa de sofocarla dificultaron las tareas para dotar de estructura al movimiento. Delimitar funciones, establecer niveles de jerarquía, diseñar mecanismos para resolver cuestiones operativas o de principios, admitir e incentivar el desempeño de ciertos miembros destacados, significaron verdaderos desgarres internos sobre todo cuando se intentó aplicarlos hacia el exterior, en el momento que se probó formalizar y reglamentar las alianzas o redes con los otros grupos con quienes se compartían objetivos comunes.

Traducir en organización principios como los de la independencia, democracia participativa, flexibilidad para entrar o salir de la red, horizontalidad e igualdad constituyeron los retos de todos aquellos grupos que encontraron en dichos pactos, los espacios de fortalecimiento interno, de intercambio de conocimientos y experiencias, y de eficacia para la acción política.

Desde entonces, gran parte de estas instancias de coordinación han procurado mantenerse como ámbitos muy abiertos, de responsabilidades limitadas y desprovistos de órganos ejecutivos permanentes. Sin embargo, la mayor parte de las redes son de naturaleza regional o subtemática, esto significa que el florecimiento de estas experiencias ha sido en torno a ciertas biorregiones como serían las del Valle de México, la comarca Lagunera o las Huastecas, o bien por entidades federativas; así como también alrededor de áreas específicas como las tecnologías blandas, la educación ambiental o la protección de animales en vías de extinción.

Ensayos más ambicioso de confederar al grueso de las asociaciones han tenido un éxito menos significativo. De hecho, las tentativas de *enredamiento*<sup>33</sup> de mayor consistencia han sido sólo tres: el Pacto de Grupos Ecologistas (PGE), la Federación Conservacionista Mexicana (FECOMEX) hoy desaparecida, y la Unión de Grupos Ambientalistas (UGAM) de reciente creación. No obstante, ninguna de éstas aun en sus tiempos de auge han podido representar al conjunto del ecologismo mexicano. Así, pese a que en general los grupos valoran positivamente la política de alianzas y la creación de espacios de confluencia y apoyo mutuo, en realidad la mayoría sólo coopera de manera circunstancial con otras organizaciones, y una porción significativa nunca participa en ninguna red.

De acuerdo con una investigación realizada por el Instituto Alemán de Desarrollo

---

<sup>33</sup> Dentro del argot de los organismos civiles, enredarse o confederarse da cuenta de un proceso reciente de articulación en espacios de coordinación más o menos horizontales llamadas redes.



a fines de los ochenta, el 40% de los grupos ecologistas no pertenecían a las redes entonces existentes (PGE y FECOMEX). La renuencia a colaborar con estas provenía de un rechazo a lo que se valoraba como una conducción autoritaria de parte de las dirigencias, al igual que a una desaprobación por las disputas y declaraciones político-electorales que a propósito de la coyuntura de 1988 se expresaron al interno del PGE (Kürzinger F. et al. 1991: 95-96).

Por otra parte, conforme a otra investigación, ésta llevada a cabo dentro del proyecto el "Distrito Federal: sociedad, economía, política y cultura" se encontró que de las seis organizaciones entrevistadas, cuatro intervenían en este tipo de frentes, aunque dos lo hacían sólo de forma eventual, mientras tanto las restantes respondieron negativamente a cualquier eventualidad de formar parte orgánica de grupos más amplios<sup>34</sup>.

De lo anterior se puede concluir, que en efecto, el movimiento carece de referentes organizativos que pudiesen articular las luchas trascendentes del ecologismo más allá de los conflictos de coyuntura, o bien, con cierta autoridad para consensar las principales demandas de la agenda verde. Más lejos aun se halla la existencia de alguna entidad capaz de construir una historicidad alternativa que dote de dirección precisa, tácticas eventuales y estrategias globales para todo el movimiento.

En términos políticos esto representa una desventaja considerable ya que el movimiento ecologistas difícilmente puede ser observado y valorado por sus antagonistas como un sujeto, y aunque ningún movimiento es del todo un fenómeno homogéneo, como se ha venido insistido, en términos de contiendas políticas aparentar serlo es parte de los recursos con los que se presiona, veta o negocia. De esta manera, uno de los principales artilugios de fuerza de cualquier movimiento es, valga la redundancia, su capacidad de movilización, pero ésta no sólo es dada por la amplitud sino también por la consistencia. En ese sentido, las invocaciones a la unidad, a la solidaridad, a la concordia no son simples lemas, tienen el propósito de reforzar los vínculos internos frente a lo que se percibe como una amenaza desde fuera, pero al mismo tiempo, como en un juego de imágenes, otra finalidad es la de proyectarse hacia el exterior en claro mensaje para el adversario de la voluntad indivisible, inquebrantable, y en esa medida poderosa del movimiento.

---

<sup>34</sup> A partir de este momento se empezará a hacer referencia a información obtenida dentro del proyecto "D.F.: sociedad, economía, política y cultura" auspiciado por el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM, en donde de 1995 a 1996 se realizó un trabajo de campo sobre organizaciones sociales y civiles que entre otros productos arrojaron seis entrevistas a los encargados de las organizaciones más representativas en el rubro de medio ambiente, conforme a criterios de influencia política y consistencia organizativa. Estas asociaciones fueron: el Pacto de Grupos Ecologistas (PGE), el Grupo de Estudios Ambientales (GEA), Greenpeace, el Movimiento Ecologista Mexicano (MEM), la Fundación Mexicana para la Educación Ambiental (FUNDEA) y la Unión de Grupos Ambientalistas UGAM).

Sin la capacidad de construir grandes espacios de articulación y sin la existencia de grupos que pudiesen detentar cierta hegemonía, el ecologismo parece transitar en la dispersión y libre acción de sus organizaciones. Tampoco la presencia de símbolos como pudiese ser Superbarrio para el movimiento urbano popular ni el desempeño de algunos dirigentes con amplia legitimidad interna han podido generar los consensos suficientes para homogeneizar aquello correspondiente a su dimensión política.

Particularmente interesante resulta la formación de liderazgos al interno del movimiento, ya que en términos de su retórica, la centralización unipersonal del poder resulta además de un vestigio de formas atrasadas de la política, la piedra angular de las estructuras jerarquizadas y burocratizadas, de las cuales se pretende diferenciar a toda costa (Valencia Miguel, 1994). No obstante, pese a la virulencia con la que el ecologismo valora todo fortalecimiento de los carismas individuales, en la práctica existe una tendencia, en muchas de sus organizaciones, a producir élites que paulatinamente irán convirtiéndose en las detentoras de la representación grupal.

Ciertas teorías han advertido sobre la inevitable formación de élites en los movimientos sociales sin importar la retórica, la ideología o la voluntad de sus miembros, esto se insiste, tiene un carácter universal y ocurre en el instante en el que el movimiento subsiste y transita hacia su institucionalización. Por otra parte, también es cierto que en nuestro país persiste una cultura política que favorece la consolidación de dirigencias aun en los llamados espacios civiles, estos dos elementos confluyen en el caso del ecologismo mexicano y posibilitan el florecimiento de diversos liderazgos.

Con el propósito de trascender el conflicto de origen y dar continuidad a una lucha específica, los grupos del movimiento atraviesan una etapa en donde la liga que los mantenía era ante todo de carácter solidaria, afectiva y voluntaria para llegar a una fase en la cual la vida interna y las acciones hacia afuera se encuentran normadas por estatutos y reglamentos. En muchos de los casos dicha normatividad implica una división del trabajo y entrafía el camino hacia la especialización en subtemas, regiones, sectores y áreas de soporte interno. La división y profesionalización de las actividades perfila el surgimiento o consolidación de aquellos miembros del grupo que comenzaron por ser los voceros, los encargados de negociar con el adversario, los responsables de tejer las alianzas y que con el tiempo se irán convirtiendo en los rostros de las distintas asociaciones, reconocidos asimismo tanto interna como externamente.

El ecologismo tiene numerosas cabezas visibles, algunas de ellas verdaderos símbolos del caudillismo, cuya presencia es esencial para la vida del grupo, en torno a ellos se establece la cohesión grupal y son ellos quienes diseñan las líneas de acción a seguir. En este sentido, existen asociaciones que desde su origen y hasta nuestros días mantienen al mismo responsable y dentro del futuro inmediato no existen visos de

alternancia alguna. De igual manera, no es extraño encontrarse con dirigentes que se abrogan la representatividad de grupos prácticamente inexistentes o integrados por un par de miembros más, pero que sin embargo detentan cierta presencia hacia el resto del movimiento.

Lo curioso de todo ello, es que a la par que algunos de estos grupos desarrollan formas de poder premodernas, con cierto dejo de autoritarismo, sus discursos continúan siendo profundamente incendiarios con respecto a la democracia representativa, a la burocratización y centralización de las organizaciones como partidos y sindicatos, y en su apología a la horizontalidad, a la democracia directa y participativa y a la espontaneidad.

Aunado a esta falta de congruencia entre el decir y el hacer, los muchos liderazgos han fomentado la traza de un terreno de acción multipolar, en donde cada grupo ocupa una considerable parte de su tiempo y recursos en sus propios proyectos, así que términos políticos difícilmente actúan en frentes amplios como lo hace por ejemplo el feminismo. Esto se encuentra relacionado con un fenómeno que en general se presenta en el grueso de los movimientos, pero que en el verde cobra un particular énfasis; esto es, la falta de voluntad para reconocer los liderazgos ajenos.

Los grupos del ecologismo aceptan la legitimidad de ciertos líderes cuando estos provienen de asociaciones con las que se comparten proyectos, formas de interpretar problemas y estrategias para la solución de los mismos. De esta manera, como veremos más adelante, el ecologismo puede clasificarse en subconjuntos, que más allá de representar una división arbitraria adquieren sentido para los propios organismos verdes, constituyendo el código que permite reconocerse y diferenciarse los unos de los otros. No es casual, por lo tanto, que sea dentro de cada subconjunto en donde operan los reconocimientos recíprocos de las dirigencias ajenas.

La historia del movimiento ecologista en la ciudad México, como la de diversos actores sociales, es la historia de las escisiones, las rupturas, las diferencias irreconciliables, las enemistades eternas. Esta es una característica que aflora a la menor provocación, así por ejemplo, cuando para el proyecto del Distrito Federal, antes mencionado, se realizó un sondeo en busca de seleccionar una muestra representativa, fue común encontrarse con comentarios adversos hacia otras asociaciones y sobretodo hacia ciertas figuras prominentes. Cuando se les inquirió acerca de sí se asumían como parte del movimiento ecologista, la respuesta inmediata era negativa, ya que lo primero que estas entendían era si se les preguntaba su pertenencia al organismo denominado de esa manera, el MEM; seguido de eso, toda serie de juicios negativos eran arrojados sobre éste y sobre su líder Alfonso Ciprés. Igualmente en las entrevistas a profundidad tampoco fue extraño que los interlocutores expresaran opiniones desfavorables de los otros que se supone constituyen sus pares.

Pero la falta de cohesión del movimiento va más allá de la antipatía entre élites, de la ausencia de espacios de articulación o la inexistencia de organismos que detenten una hegemonía sobre el resto, tiene que ver también con la propia naturaleza de eso que llamamos movimiento. Es decir, se encuentra íntimamente ligado la esencia politonal del abanico ecologista.

A pesar de los elementos en común, los grupos asociados de una forma u otra a la protección y conservación del medio ambiente provienen de tradiciones tan distintas y a veces tan opuestas como lo serían una asociación de corte filantrópica que se dedica albergar perros y gatos hasta núcleos más duros que rompen radicalmente con la modernidad y establecen comunas orgánicas. Naturistas, antitaurinos, empresarios verdes, ecólogos, conservacionistas, antinucleares, especialistas en tecnologías blandas, jipitecas, vecinos de Coyoacán, comuneros de Xochimilco, esotéricos del new age, nostálgicos mexicaneros, científicos e intelectuales conforman ese caleidoscopio que llamamos ecologismo ¿Qué estructura unitaria podría cobijar tal irregularidad? ¿Qué teoría única comprendería una heterogeneidad de tal dimensión?

Distintos temas, diversos enfoques, varias lecturas del mismo problema, diferentes formas de concebir a los amigos y también a los enemigos, múltiples maneras de organizarse, de diseñar estrategias, proyectos y tácticas atraviesan a los grupos del movimiento verde. Todo ello invita a preguntarse, si dicho mosaico puede ser comprendido y aprehendido a través de la categoría de movimiento, por más que Melucci recalque su carácter multidimensional, si en realidad estas asociaciones se reconocen como semejantes y son capaces de ubicar algún adversario común. A riesgo de parecer arbitrarios, se asume aquí que en efecto tratamos con un movimiento, pero justamente partimos de la base que éste hace referencia a un sistema complejo y contradictorio.

### *Herramientas para armar un rompecabezas*

Partiendo de la premisa anterior, lo que procede ahora es definir los rubros con los cuales podemos sistematizar y clasificar al movimiento. De acuerdo con la investigación desarrollada por el Instituto Alemán se propone una tipología que contiene siete rubros: a) grupos de acción directa; b) grupos de investigación; c) grupo de ciudadanos comprometidos; d) grupos integrados por artistas; e) grupos que practican la ecología en vivo; f) grupos con manejo de áreas naturales y g) grupos de asesoría movilizante. No obstante, dicho esquema no logra establecer con claridad los criterios de clasificación y por lo tanto tiende a ser confusa y poco relevante. Por otro lado, dentro de la misma investigación se recoge la distinción que los funcionarios públicos hacen de las organizaciones ecologistas, identificando tres clases: a)

asociaciones que realizan labores de difusión y denuncia ante la opinión pública; b) asociaciones que trabajan en proyectos concretos y c) asociaciones que brindan asesoramiento (Kürzinger F. et al. 1991: 83 y 101-104).

Por su parte Victor Toledo presenta tres vertientes para ordenar dicho universo a las cuales denomina conciencias de especie, de clase y nacional.

a) La conciencia de especie es aquella corriente legada del antiguo naturalismo que agrupa individuos más allá de sus intereses y condicionantes de clase, cultura, religión o nacionalidad. Significa el reconocimiento de una nueva solidaridad que trasciende los tradicionales límites políticos, ideológicos o económicos porque en el fondo se descubre un mundo con recursos limitados para todos y que implica una amenaza latente de destrucción total. Constituyen el sector más ilustrado de la ciudadanía (profesionistas, empresarios, académicos, intelectuales) y su descubrimiento de la problemática natural se da desde una perspectiva estética, paisajista, conservacionista y moral.

b) La conciencia de clases articula a aquellos que irrumpen en las luchas ambientales enlazando en el plano de la conciencia, el deterioro del ambiente con la explotación de la que son víctimas. Son los sectores marginados y explotados de la sociedad y por ende los primero en sufrir en su propia cotidianidad los estragos de la crisis ecológica. Potencialmente conforman lo que podrían ser los contingentes más numerosos y significativos de las luchas ambientales sobre todo en países como el nuestro, en donde los temas ambientales comienzan a ser el soporte de las nuevas reivindicaciones de justicia social.

c) Finalmente, los portadores de la conciencia nacional construyen el problema ambiental ligado a la conformación y consolidación de un proyecto nacional, en el marco de un concierto internacional caracterizado por la sujeción de unos países por otros (colonialismos, neocolonialismo e imperialismo). En ese sentido, la defensa del medio ambiente se empata con las luchas en pos de la independencia y la soberanía nacional (Toledo Victor Manuel, 1986: 14-15).

Las anteriores categorías más que una tipología pueden ser consideradas parte de las pulsiones que inspiran y alientan a los individuos a involucrarse en los ropajes de ecologismo, alimentando a su vez, el intrincado complejo de orientaciones sociales y políticas de las corrientes y grupos del movimiento. Así, sin negar su pertinencia, existe, a nuestro juicio, otra clasificación más conveniente.

La primera ventaja del siguiente ordenamiento, es que en lugar de ser categorías provenientes de las ciencias sociales son construcciones que el propio movimiento ha elaborado a lo largo de su historia, son las denominaciones que tanto a nivel nacional como internacional, las organizaciones y tendencias de ecologismo se han dado, reconociendo las diferencias substantivas que los alejan y las similitudes que los aproximan. Aunado a ello, en términos de operatividad, son códigos del *argot cotidiano* con los que cada organización ubica a sus pares y distingue a sus oponentes.

Dicha clasificación con la cual se ha venido trabajando desde el apartado anterior es aquella que establece tres clases: conservacionismo, ambientalismo y ecologismo.

a) Las agrupaciones de corte conservacionista son las de mayor antigüedad en la ciudad, algunas de ellas como el IMERNAR datan de los años cincuenta. En su origen fueron conformadas por científicos que percibieron el deterioro del ambiente y la desaparición de especies y quienes se dieron a la tarea de denunciar las pérdidas y promover una toma de conciencia ambiental. Desde entonces sus acciones se han caracterizado por fomentar la protección de los recursos naturales en términos de flora y fauna, valoradas en sí mismas como patrimonio histórico de la nación y la humanidad. Bajo la perspectiva conservacionista, la degradación ecológica es producto de la irracionalidad del comportamiento humano más que de la lógica socioeconómica dominante, por ello son grupos que insisten en sensibilizar a la opinión pública y generar una conciencia en la población que pondere la importancia natural.

La corriente conservacionista se caracteriza entre otras cosas por que sus activistas provienen de las clases medias, muchos de ellos profesionistas en edad madura y sin ninguna experiencia anterior de participación socio-política, aquí la presencia de mujeres, en su mayoría amas de casa, es notoria, ellas proveen de un toque filantrópico al trabajo en pos de la naturaleza.

El conservacionismo es la tendencia que cuenta con el mayor número de grupos activos, generalmente se organizan alrededor de un problema específico como podría ser la protección de una especie en peligro o la defensa de una biorregión amenazada por la sobreexplotación de recursos. Este rasgo influye en la falta de articulación y de vínculos entre las organizaciones que comparten dicha orientación, al parecer no existe una necesidad prioritaria para actuar en conjunto por ser grupos que han delimitado un particular campo de acción, aunque algunos intentos de corta duración como la FECOMEX han tratado de unir a los grupos del conservacionismo.

En términos políticos, las asociaciones de esta tendencia se autodefinen como grupos apolíticos y filantrópicos, aunque en realidad funcionan como núcleos de presión que detentan cierta capacidad para movilizar a la opinión pública y negociar la solución de problemas específicos. Asimismo, ésta constituye la corriente menos radical del ecologismo, de entrada enarbola demandas negociables y reconoce la legitimidad del Estado en tanto interlocutor y en tanto espacio indicado para la implementación las políticas ambientales, esta forma de actuar ha sido determinante para el establecimiento de zonas protegidas y reservas de la biosfera.

Por último, las organizaciones conservacionistas tienen relaciones como organismos internacionales como el Fondo Mundial para la Vida Silvestre y el Nature Conservancy lo que las da mayor fuerza para concertar medidas tendientes a proteger sus áreas de interés. Además de ello, sus formas más socorridas de acción política son la recaudación de firmas, entrevistas con funcionarios, la realización de estudios,

informes periódicos y la intervención directa para la defensa de una zona o especie (Góngora Janette, 1991: 510-515).

Además del INAINE otros grupos identificados con esta corriente pudieran ser Naturalia, Pronatura, Bioconservación, por citar algunos ejemplos.

b) Por su parte, las asociaciones agrupadas dentro de la tendencia ecologista que florecen a principios de la década pasada, están constituidos por sectores urbanos, particularmente intelectuales y jóvenes universitarios quienes tienen acceso a la información proveniente de los Estados Unidos y Europa respecto a la crítica y los proyectos de transformación histórica preconizados por autores como Ilich, Boockin, Marcuse, Commoner, etcétera. Son hombres y mujeres de las clases medias urbanas, muchos de ellos fogueados en el movimiento estudiantil del 68, en las luchas del sindicalismo universitario de los setenta y en partidos y organizaciones de izquierda.

A diferencia del conservacionismo, el ecologismo desentraña los vínculos existentes entre la crisis ambiental y el modelo civilizatorio vigente, por lo tanto, constituye una perspectiva que da cuenta de la complejidad de interrelaciones económicas, políticas y culturales presentes en la destrucción de la biosfera, así como también intuye que las respuestas para revertir dicha tendencia deben transitar por todas esas esferas.

Estas organizaciones son las que asumen con conciencia plena su dimensión política, se destacan por su pretensión de hacerse visibles y de ser reconocidas como una fuerza social, es decir como los interlocutores con los que el Estado debe pactar los contenidos de cualquier política ambiental. Son estos grupos los responsables de tematizar los asuntos ambientales como problemas de interés público, descubriendo la relevancia y el carácter global de dichos fenómenos, los cuales trascienden a los individuos y en esa misma dimensión, requieren del involucramiento general para implementarse respuestas contundentes.

Por su génesis, su inspiración ideológica, la historia de sus militantes y por la forma que han concebido el problema y sus soluciones, la tendencia ecologista puede ser considerada el ala fundamentalista del movimiento. Son aquellos que tienden a construir sus demandas en tanto principios, y por ello suelen establecer juegos de suma cero: el cierre de una fábrica, la descentralización radical de la ciudad, la oposición férrea a proyectos de urbanización, entre otros, ejemplifican algunas de sus banderas, las cuales no admiten mediación posible.

La organización de muchos de estos grupos ha girado en torno a cuestiones inmediatas, así que en su mayoría se han caracterizado por poseer una temporalidad más bien coyuntural. En contraste con los movimientos totalizadores, el ecologismo privilegia las acciones concretas en pos de resolver asuntos próximos y finitos. Aunque por otra parte, su crítica de proporciones civilizatorias entraña transformaciones históricas que nunca se acaban de precisar.

Las organizaciones de corte ecologista, son aquellas que ejemplifican con mayor claridad la debilidad endémica del movimiento para actuar de manera coordinada. Ello obedece a la *estructuración monotemática o sectorial* de los grupos, lo que acarrea gran dificultad para establecer objetivos comunes con el mismo nivel de prioridad, así como para lograr los consensos en cuanto a las tácticas y estrategias para alcanzarlos. Así mismo, aquí se han escenificado las rupturas más sobresalientes del movimiento, provocadas, en gran medida, por las definiciones en alrededor de quienes son los amigos y quienes los enemigos. Dentro de esta tendencia ha habido grupos que privilegian los acercamientos con el conservacionismo, mientras otros deciden seguir insertos en ecologismo puro y otros más optan por establecer alianzas con el ambientalismo.

Por los que respecta a sus relaciones con el sistema político, este ha sido otro terreno de confrontaciones al interno. Muchas organizaciones, como por ejemplo el PGE ha se han involucrado en frentes más amplios con otras organizaciones de la sociedad civil, cercanas al espectro izquierdista<sup>35</sup>. Paralelamente otras han sucumbido ante el canto de las sirenas y confiando en la colaboración con instituciones de gobierno para el logro de objetivos concretos, así se han insertado, es decir sus dirigentes, dentro de la propia burocracia estatal. Por otro lado, algunos grupos como sería el caso del MEM han optado por su mirar al interior y emprender acciones aisladas, pequeñas y cotidianas. (Góngora Janette, 1991: 514-518).

En México, grupos que ejemplifican la corriente ecologista son el MEM, el Pacto y el Grupo de los 100, entre los más sobresalientes.

3) Finalmente el ambientalismo se caracteriza por ser la corriente más heterogénea en cuanto a su composición social, pues integra desde intelectuales con una preocupación global del ambiente hasta sectores rurales afectados en sus medios de producción o en su hábitat por los efectos perversos del desarrollo.

El ambientalismo descubre a la naturaleza desde una perspectiva antropocéntrica, sus acciones están encaminadas a mejorar los niveles de vida y a proteger los recursos naturales cuando se perciben amenazas hacia el patrimonio y el bienestar de hombres y mujeres. A diferencia de los ecologistas, los militantes de esta tendencia desarrollan tareas de carácter práctico para resolver problemas concretos relacionados, en su mayor parte, con actividades productivas o con decisiones políticas que afectan a sus comunidades. El rescate integral de las chinampas en Xochimilco se inscribe dentro de esta perspectiva.

Los núcleos ambientalistas son, por otra parte, los sectores que han desarrollado

---

<sup>35</sup> El Pacto forma parte de la Red Mexicana de Acción frente al Libre Comercio (RMALC) en donde, se agrupan organizaciones sociales, sindicatos y organismos no gubernamentales de derechos humanos, de gestión comunitaria, entre otras, siendo una experiencia inédita de articulación de diversos destacamentos sociales.



una reflexión más afinada respecto a las especificidades de la lucha ecologista en países como México, en donde, a diferencia del primer mundo, una gran proporción de sus habitantes no tienen resueltas sus necesidades básicas de alimentación, salud, vivienda, seguridad social, etcétera. De esta forma, aunque reconocen y ponderan la gravedad de la crisis ecológica, los ambientalistas tratan de vincular esta preocupación con problemas sociales ligados a la producción, distribución y el consumo, por ello no es extraño encontrar que las luchas ambientales se empaten con las campesinas, indígenas y urbano populares.

Desde esta perspectiva la conservación del entorno natural no es un fin en sí mismo, sino que parte de la necesidad de contar con recursos para mantener y acrecentar los niveles de vida de las generaciones presentes y futuras. Aquí, el desarrollo productivo continua siendo un valor central, aunque la racionalidad dominante sea sometida a un severo juicio. En efecto, los ambientalistas conciben la crisis ecológica como producto de un modelo de crecimiento económico que busca beneficios a corto plazo y que privatiza las riquezas socialmente generadas. En oposición a éste, se han acuñado conceptos como el de desarrollo sustentable y equitativo que implican una gestión verdaderamente racional de los recursos, una visión de frutos a largo plazo, en donde la participación de las comunidades en el diseño e implementación de los asuntos políticos y económicos se hace indispensable.

Si bien, los activistas fundamentales del ambientalismo provienen de las clases medias ilustradas, éstos se caracterizan por constituirse como grupos de investigación y promoción comunitaria, cuyos espacios de intervención son principalmente localidades rurales y organizaciones campesinas, indígenas, de pescadores y de pobladores urbanos (Góngora Janette, 1991: 518-522).

Algunos agrupamientos que pueden ser considerados modelos de la tendencia ambientalista son el Grupo de Estudios Ambientales (GEA), Ecodesarrollo Humano (ECHO) y la Fundación Ecodesarrollo Xochicalli, entre otros.

De acuerdo con el Directorio Verde de la Secretaría de Desarrollo Social, en 1992 existían 510 organismos no gubernamentales en 30 estados de la república dedicados a la defensa del medio ambiente, de estos varios resultaban ser consultoras, fundaciones de investigación y programas de estudios con participación de agencias gubernamentales o dependencias descentralizadas, como sería el caso del Programa Universitario de Estudios del Medio Ambiente (PUMA). Depurando dicho directorio e incorporando otros como el de la Secretaría de Gobernación, el del Centro Mexicano para la Filantropía y diversos otros de organizaciones sociales y civiles se obtuvo un listado de 120 asociaciones verdes asentadas en el Distrito Federal, que en términos generales constituían iniciativas emanadas de la sociedad civil. Esto quiere decir, que a pasar de desarrollar estudios e investigaciones como parte de sus proyectos y de vender servicios como mecanismo para allegarse de recursos, su objetivo central no es

el convertirse en centros académicos ni tampoco el obtener ganancias como lo hace una empresa o un comercio.

Estos dos criterios aunados al de la autonomía “relativa” (frente a las instituciones estatales y a los partidos políticos) nos permiten delimitar el espacio en donde emergen y se desarrollan los grupos del movimiento ecologista.

Las cifras mencionadas más arriba, por otra parte, nos brindan la posibilidad de sustentar la tesis respecto a la centralización de las organizaciones ecologistas en la ciudad de México. En efecto, si damos por cierta la cantidad de 510 a nivel nacional, tenemos que una cuarta parte de los grupos tienen su lugar de residencia en el Distrito Federal. Aunado a ello y conforme a la investigación, el D.F. sociedad, economía, política y cultura (a partir de este momento investigación del D.F.), nos encontramos con que el tema ambiental es el segundo en importancia respecto al número de grupos que articula. Así, después de las asociaciones dedicadas a la “gestión y al desarrollo comunitario”, el medio ambiente suscita el mayor porcentaje de organizaciones en el valle de México, esto nos habla de que los diversos asuntos relacionados con la crisis ecológica constituyen preocupaciones cercanas a los pobladores capitalinos, y en esa medida, propician la participación ciudadana con mayor efectividad que otros temas como sería el de las mujeres o la defensa de los derechos humanos.

Sin embargo, en términos cuantitativos todo indica que eso a lo que llamamos instancias organizadas del movimiento verde, así como en general, las propias expresiones institucionalizadas de la sociedad civil, siguen siendo, a pesar de todos estos años de efervescencia, una minoría crítica.

Si bien, no existen estudios rigurosos que den cuenta de la cantidad de población inserta en experiencias asociativas, de cuánta mano de obra sea capaz de emplear y de cuánto sea la participación en el producto interno bruto de aquel espacio denominado por otras tradiciones como el tercer sector<sup>36</sup>, lo cierto es que algunas investigaciones que ha pretendido dar cuenta de esta dimensión suelen concluir con afirmaciones similares a la vertida anteriormente. Por lo tanto, se puede sostener que en México la importancia numérica de las expresiones más consolidadas de la sociedad civil no es mayormente significativa.

Conforme a los investigadores alemanes, para el caso del movimiento ecologistas, “el número de miembros y colaboradores para gran parte de las organizaciones

---

<sup>36</sup> En un estudio realizado por el Centro Mexicano de Estudios para la Filantropía, (CEMEFI) revela para el caso de los Estados Unidos la importancia cuantitativa del llamado Tercer Sector, utilizando como indicadores de ello su aporte al PIB y su porcentaje en el mercado de trabajo. Ver CEMEFI; DELTA; FMDR; South North Development Initiative; The Synergos Institute; *Memoria del Primer Foro Trinacional sobre Inversión Social*, enero 1995, México. D.F., CEMEFI, DELTA, FMDR, South North Development Initiative, The Synergos Institute. 84 pp.

verdes, es reducido. Únicamente en siete casos (cabe precisar que la muestra contó con 42 grupos) la cantidad de miembros activos se eleva a 50 personas; sólo en cinco hay más de 10 colaboradores. El 40 por ciento de las ONG's (sic) (16) goza, sin embargo, de la capacidad para movilizar a los miembros pasivos, que superan con mucho el número de los activos. Un papel fundamental para el funcionamiento de las ONG's lo desempeñan los colaboradores ad honorem no consignados directamente en su estructura: en 19 casos, el número de los mismos varía entre uno y diez, en otros cinco supera los diez; 14 ONG's no cuentan con ningún colaborador de tiempo completo. En cinco ONG's coincide la cifra de miembros activos con las de los colaboradores (...)" (Kürzinger F. et al. 1991: 92-92).

En esta misa línea, acorde ahora a la investigación del D.F., se encontró que el número de miembros, así como el carácter de los que participan en cada una de las organizaciones, variaba dependiendo el caso. Así, en Greenpeace se reportaron diez miembros de planta que recibían un salario, en los cuales se incluyó al personal secretarial así como al de intendencia, al mismo tiempo señalaron contar con cerca de 600 colaboradores voluntarios, involucrados tanto en los proyectos de trabajo como en las acciones directas (manifestaciones, plantones, etc.) (Calvillo Alejandro, 1996). El MEM, por su parte, establece un sistema de afiliación abierta a cambio de una cuota anual, para 1996 tenían registrados 133,000 socios y según sus cálculos sus miembros activos podían representar el 30% de ese total. (Ciprés Alfonso, 1996). De acuerdo a la información proporcionada por GEA, en esta organización existen 10 socios activos, pero además de ellos se cuenta con apoyo secretarial y con un conjunto de colaboradores que proporcionan otra decena de personas más, aunado a dicha cantidad, se adicional 12 o 15 colaboradores de las contrapartes con las que se establecen vínculos de cooperación y los asesores que orientan proyectos específicos, en total se puede hablar de entre 40 a 50 personas trabajando continuamente en el GEA (González Alfonso, 1996).

De los tres restantes, dos resultaron ser redes y los entrevistados no pudieron precisar el número de miembros que integran cada grupo asociado. Aunque fue significativo corroborar la falta de representatividad de los organismos coordinadores, lo cual se expresa claramente en la reducida cantidad de grupos afiliados a cada uno de estos frentes: 20 en el Pacto y 38 en la UGAM. Finalmente, en el caso de la FUNDEA, organización promovida por destacados empresarios, su director general señaló, sin concretar, la existencia de un número considerable de individuos involucrados en los distintos proyectos de la Fundación, ejemplificando esto con una de sus líneas más destacadas, la cual consiste en administrar una reserva natural de 70 hectáreas en el municipio de Tepozotlán, ello supone la intervención numerosas personas desde jardineros, guías, cuidadores, botánicos, etcétera. (Ogarrío Rodolfo, 1996).

Este dato final, entraña una tendencia que en mayor o menor medida vienen a

desempeñar las ONG verdes, esto es su transformación en espacios generadores de puestos de empleo, por ello, insistimos, la consistencia y la proporción del territorio civil debe ser valorada a través de indicadores como el de su participación en el PIB y su presencia en el mercado de trabajo. Dicha propensión se encuentra vinculada a un proceso más general que aquí denominaremos como de institucionalización del movimiento ecologista, sobre el cual, por sus diversas implicaciones, nos ocuparemos más adelante.

Para finalizar lo concerniente a la dimensión cuantitativa del movimiento, vale la siguiente reflexión. Pese a que el MEM señale contar con más de 100 mil afiliados, lo cual de ser cierto rompería con una generalidad no sólo de las ONG ecologistas sino de otros grupos ligados a movimientos como serían las feministas o el lésbico-gay, (no así del movimiento urbano-popular que en la ciudad es sujeto de carácter masivo). Si le otorgamos el beneficio de la duda, al no contar con otros instrumentos para corroborar o imputar la afirmación, se puede asegurar que ésta constituye una excepción y no la regla.

De hecho, sólo cuando la puesta en marcha de la nucleoelectrica en Laguna Verde Veracruz o en otras ocasiones, cuando la defensa del ambiente se relaciona con demandas de justicia social como serían los casos de los campesinos tabasqueños contra PEMEX o en el movimiento tepozteco contra el Club de Golf, el movimiento verde parece adquirir una presencia verdaderamente masiva. En la ciudad de México, según se hace constar en diversas fuentes periodísticas, las cuestiones ambientales transitan entre reivindicaciones de carácter local que conciernen a demarcaciones o comunidades específicas a demandas universales que difícilmente son percibidas como problemas relevantes, tal como sucedió con las manifestaciones de repudio a los recientes ensayos nucleares de Francia en el Pacífico sur.

Greenpeace, grupo que a nivel nacional e internacional se ha caracterizado por tener siempre una presencia pública, suele ser, en nuestro país, aquel que captura los reflectores en mayor medida. En ese sentido, es un buen ejemplo de las proporciones que ha alcanzado la dimensión política del movimiento verde, cuyos núcleos de resonancia, es decir los grupos susceptibles de simpatizar con sus causas, no logran rebasar en mucho el número de los sectores que detonan o que conforman el soporte primario. Son centenares los que participan en las demostraciones públicas convocadas por Greenpeace, con grandes dificultades se logran rebasar los miles y las decenas de miles son sólo una utopía. El capital político del ecologismo reside en otro atributo del propio movimiento y todo indica que se encuentra ligado a algunos de los aspectos de la institucionalización de los grupos verdes.

*Los bemoles de la institucionalización*

Tarde o temprano, si los movimientos no se agotan y desaparecen, se convierten en el basamento de los nuevos pactos institucionales, diría Alberoni. Para los organismos del movimiento verde, el fin de la década pasada y los primeros años de ésta han significado un período de transformaciones profundas, las cuales han incidido en sus formas de relacionarse internamente, en la forma que abordan la solución de sus problemas y en el modo que conciben su relación con el Estado y con otros agentes externos.

La fase en donde la solidaridad y la afectividad constituían los lazos de unión entre individuos, en donde el principio organizativo era prescindir de estructuras rígidas y jerarquizadas, en donde las demandas eran cuestiones de fondo y por tanto no negociables, y la espontaneidad e informalidad fundamentaban la metodología de trabajo, fue cediendo poco a poco ante una normatividad que comenzó a redefinir las relaciones hacia adentro y hacia afuera. En efecto, el ejercicio voluntario, la intuición, la horizontalidad y la igualdad parecieron no adecuarse a la lógica y a los ritmos que la trascendencia en el tiempo y la continuidad de los propios proyectos comenzaron a exigir.

Para entender este proceso es elocuente la siguiente reflexión realizada por Alfonso González, entonces coordinador general de GEA. "Hoy en día le damos un énfasis mucho mayor a ser eficientes profesionalmente. Esto en realidad hizo crisis a los 2 o 3 años de nacer la asociación, al grado de que varios de los que habíamos dejado a medias la formación profesional regresamos después de probar, en el trabajo de campo, que la gente de otros sectores espera efectividad en el uso de instrumentos analíticos, conceptuales y tecnológicos. Nos dimos cuenta de que teníamos muy poco instrumental efectivo, eso nos condujo a volver y completar nuestros ciclos de formación profesional, pero ya no por la escuela en sí, sino para tomar los instrumentos efectivos de uso práctico. En ese entonces vimos con claridad que para ser útiles a la sociedad necesitábamos ser efectivos profesionalmente, y eso quería decir efectivos técnicamente, eficientes organizativamente. Todo ello cobra una relevancia si pensamos que una estructura de trabajo no convencional de acercamiento libre a colaborar en investigaciones ambientales es algo que vale la pena mantenerse, sobre todo por la cerrazón de muchas instituciones, en ese sentido, concebimos que nuestra misión puede tener significado y ser útil pero al mismo tiempo le damos mayor énfasis a ser claramente profesionales, que funcionemos en el mercado, sino no la hacemos". (González Alfonso, 1996).

De tal suerte aquellos hijos de las flores, capaces de volcar su trabajo, su tiempo y sus conocimientos, solidaria, altruista y por que no de forma desordenada, se fueron convirtiendo, al paso de los años, en profesionales del ambiente, especializándose en temas, sectores, regiones y adquiriendo tal soporte técnico y metodológico que en ocasiones sus balances alcanzaban una consistencia mayor a las realizadas por su

contraparte gubernamental. Aquellos jóvenes impulsado por un espíritu romántico de transformar aquí y ahora la realidad social y sus redes de dominio sobre la naturaleza, hicieron de su actividad una fuente más o menos estable de empleo, la profesionalización pasó también por garantizar la subsistencia de los grupos de soporte que transitaron inevitablemente hacia la madurez y por tanto a adquirir responsabilidades hasta entonces desconocidas como la de ser padres de familia. No quedó otra alternativa que emplearse así mismos y que mejor opción que este sector por ellos conocido.

El proceso de institucionalización implicó romper también con viejos mitos como el de la horizontalidad y el igualitarismo, en el cual, todo mundo hace de todo, todo es debatible y todo debe ser sometido a la aprobación de todos. En el centro de la discusión se encontraba aquel dilema entre democracia y eficacia, así como la búsqueda de los justos medios que pudiesen conciliar aquello al parecer contradictorio. De tal suerte, lo que inició como líneas de acción un tanto informales devinieron en áreas con cierta permanencia bajo el cargo de individuos específicos. El proceso no exento de desgarres y confrontaciones internas, concluyó con la adopción de armazones organizativos que ciertamente entrañaban una escala vertical y una división del trabajo. Si bien, no existe un tipo único de estructura interna, los grupos entrevistados para la investigación del D.F. contaron, por lo menos, con dos niveles diferenciados que corresponden, por un lado, a una instancia superior de decisión y representación, y otra que atañe a la estructura operativa, es decir a las formas particulares que cada organismo dispone para ejecutar sus actividades. Sin embargo, existen organigramas más complejos de tipo partidista como el del MEM, quien dispone de un comité central de 77 secretarías encargadas de problemas o temas ambientales, un presidente, un secretario general y asambleas anuales (Ciprés Alfonso, 1996).

Pero el tránsito no finalizó ahí, el sistema de toma de decisiones fue sometido igualmente a revisión. Así, se crearon instancias en su mayoría colectivas, en donde se acuerdan las cuestiones trascendentes que tienen que ver con los lineamientos generales y los principios básicos. Muchos asuntos operativos los resuelven los responsables de la organización: presidentes o coordinadores generales; y otros tantos se encuentran en manos de los propios equipos que dan vida a los proyectos. En este sentido, existen cuatro asociaciones que tiene como instancia máxima las asambleas generales de socios, uno más en donde los casos muy especiales se deciden desde un consejo de administración y otro en el que la última palabra la tiene el director general (Investigación del D.F.).

En cinco de las organizaciones se insistió en la independencia y en el rango de movilidad del que disponen las instancias que conforman la base de los grupos. En las redes, sobre todo en el Pacto, se enfatizó en la autonomía, autosuficiencia y autogestión de los grupos integrantes, mientras que en el resto, los equipos que

conforman las áreas de trabajo disponen de un margen amplio para generar y resolver iniciativas, sin tener que consultar ni pedir autorización de los niveles superiores (Investigación del D.F.). Esto constituye una de las soluciones intermedias que los organismos han encontrado para conciliar democracia y eficacia.

En diversas lecturas se establece que uno de los rasgos innovadores de los movimientos sociales es aquel referente a su armazón organizativo de carácter rudimentario, y a la facilidad e informalidad con la que los individuos pasan a formar parte de estos espacios de acción colectiva. Offe, por ejemplo, llega a establecer que a diferencia de las organizaciones tradicionales, los NMS no se rigen por el principio de la diferenciación, ni en la dimensión horizontal (el de dentro frente al de fuera), ni en la dimensión vertical (dirigentes frente a gente común). (Offe Claus, 1991: 178).

El trabajo de campo, por el contrario, indica que el grado de desarrollo alcanzado por los grupos del movimiento verde invalidan muchas de estas tesis. Así, por ejemplo, en lo que respecta a la membresía es totalmente falso que exista una apertura total de los grupos hacia la participación voluntaria externa, que los criterios sean flexibles y que por lo tanto no exista una diferenciación entre los de adentro y el resto de la sociedad. El MEM, por ejemplo, exige sólo una cuota mensual para formar parte de él, pero en general, las reglas de aceptación y los procedimientos para lograr plenos derechos, esto es, participar en las decisiones trascendentes y de vida cotidiana del grupo son mucho más complejas.

Los organismos establecen niveles de participación en donde se encuentran claras las fronteras entre los voluntarios o simpatizantes y los profesionales de la organización. Estos límites están dados no sólo por la retribución económica de la que gozan los segundos o por que estos dediquen más de medio tiempo a las actividades de la organización. La diferencia pasa también por que los primeros tienen una escasa presencia en los órganos de decisión. En todos los casos en que las asambleas constituyen la máxima instancia de resolución, sólo los miembros fundadores, los socios y los profesionales tienen voz y voto. Eso significa que en los asuntos generales y de principios, los voluntarios no pueden intervenir. En la UGAM, por ejemplo, se establecen tres niveles o tipo de miembros: fundadores que cuentan con voz y voto en las asambleas, los socios que igualmente gozan de ambas prerrogativas y finalmente los amigos de la UGAM quienes tienen derecho de expresar sus opiniones pero no de votar (Barba Regina: 1996).

Por otro lado, parte esencial del proceso de institucionalización es el grado de especialidad que alcanzan los grupos del movimiento. Sus componentes más organizados, lejos de pretender abarcar todo han venido concentrando sus acciones en ciertos temas y regiones de las que, en algunos casos, se ha vuelto verdaderas autoridades. Desde investigaciones en torno al exterminio de especies, pasando por programas de educación ambiental y de desarrollo de ecotecnias, los grupos enfilan

sus baterías alrededor de aspectos perfectamente delimitados, abordados desde complejos diseños metodológicos.

Entre los proyectos más comunes generados por los organismos verdes se encuentran: a) programas de educación ambiental que entre otras actividades contemplan la realización de talleres, seminarios y conferencias destinados al público general o a sectores específicos (niños, amas de casas, campesinos, etcétera); b) programas de difusión mediante la publicación de libros, revistas, boletines o materiales audiovisuales de cobertura diversa; c) administración de reservas naturales o proyectos de protección de las mismas; d) proyectos productivos en comunidades rurales y urbanas con las que se persigue alcanzar un desarrollo sustentable; e) investigación y producción de ecotecnologías o tecnologías blandas, tales como plantas para el tratamiento de aguas o energías no contaminantes como la solar o la del viento; f) programas de reforestación; y g) proyectos de turismo ecológico (Investigación del D.F.)

La permanencia de estos organismos como referentes más o menos estables, su especialización y profesionalización requiere, por necesidad, del diseño de estrategias tendientes a allegarse de recursos constantes. Aquí, sobresale la importancia de las agencias de cooperación extranjeras como uno de los mecanismos más recurrentes de financiamiento. De las 6 organizaciones entrevistada 5 reportaron acoger la asistencia de organismos internacionales para la puesta en marcha de uno o varios de sus proyectos, sólo Greenpeace afirmó llevar cabo el grueso de sus actividades mediante autofinanciamiento, del que las restantes también afirmaron recurrir. Otras fuentes de recursos, provienen de dependencias gubernamentales con las que se establecen convenios de colaboración o las cuales comparan servicios que ciertas asociaciones disponen. Los aportes y las donaciones privadas constituyen otras de las medios señalados en la mitad de los grupos, aunque la práctica de realizar donativos periódicos no es una tradición generalizada de la sociedad mexicana ni de su empresariado, como sí ocurre en los Estados Unidos, esta situación obedece a obstáculos de tipo legal, así como a que las organizaciones civiles en general no son percibidas como entidades de utilidad pública por el resto de la población (Investigación del D.F.).

Los procesos descritos con anterioridad se acompañan de un tránsito de la invisibilidad jurídica a la adopción generalizada de figuras legales por parte de los grupos verdes. Esto a todas luces anuncia un cambio en las concepciones que hasta entonces permeaban el movimiento. De entrada significó el reconocimiento de la autoridad del Estado, que simbólica y legalmente constituía la contraparte con el cual se concertaba un pacto de ida y vuelta. Es decir, un contrato en donde se admitían derechos así como obligaciones de ambas partes.

Desde la perspectiva del Estado esto entrañaba la aceptación de sectores



articulados independientemente del gobierno, los partidos y las corporaciones, legitimándose así, la existencia de grupos privados que persiguen fines públicos y que precisan de un marco normativo que los comprenda y al mismo tiempo regule su acción. Con ello, el Estado admitió que la política no era su exclusividad, ni siquiera de las instituciones y actores del sistema político, desde la esfera civil emergían grupos que con toda claridad expresaban su intención de incidir en el rumbo de las políticas públicas y en el debate ideológico de la sociedad.

Encauzar las energías participativas dentro de los parámetros de la ley, además de válvula de escape, contuvo la radicalidad de gran parte de los organismos verdes que transformaron aquel lenguaje de ruptura y confrontación en otro que incorporaba el reconocimiento del Estado y la posibilidad de negociar y colaborar con él. En suma, abría la puerta para que gran número de grupos ecologistas asumieran como propia las reglas de la *real politik* y desplegaran un potencial pragmático desconocido hasta entonces. Esto, entre otras cosas, permitió que algunos de sus cuadros se incorporaran en espacios de decisión, que aun constreñidos, sirvieron para influir en las políticas que en materia ecológica se implementaban desde el SP.

Lo anterior, lejos de ser el feliz camino a la reconciliación, constituyó, en el mejor de los casos, la continuidad de una relación altamente conflictiva desplegada ahora dentro de un conjunto de reglas hipotéticamente respetadas por ambos contrincantes. Por añadidura, ha sido un recorrido cruzado con escollos, tropiezos y golpes bajos, por antiguas prácticas clientelares y autoritarias que siguieron prevaleciendo en ambas caras de la moneda. El viejo método de pulverizar a la oposición mediante la cooptación de sus cuadros ha surtido efecto en aquellos dirigentes, que otrora furibundos detractores del Estado, encontraron finalmente aquí, el único camino para revertir la crisis ambiental. La estatolatría de la cultura política mexicana se expresa a través de dos extremos que inevitablemente tienden a darse la mano.

Por otra parte, es ilustrativo de este accidentado tránsito hacia el mundo de lo legal y de lo complejo que resultó para el Estado reconocer la dimensión política de las organizaciones ecologistas, el caso del MEM. A mediados de los años ochenta, cuando el Movimiento Ecologista Mexicano decidió constituirse como Asociación Civil, la petición fue rechazada una y otra vez, el argumento consistía en que la denominación movimiento era exclusivo para las asociaciones políticas y los partidos, por tanto ningún organismo civil podía ostentarla. Finalmente después de varios intentos el MEM pudo conservar su nombre original y constituirse legalmente (Ciprés Alfonso: 1996).

No obstante lo intrincado del proceso, la tendencia es abrirse camino dentro del marco legal. Así, de acuerdo con la investigación del Instituto Alemán, a fines de la década pasada, sólo una décima parte de su muestra poseía alguna forma jurídica. (Kürzinger F. et al. 1991: 91) Esto contrasta enormemente con el sondeo realizado un lustro después, en donde, de 120 organizaciones existentes más del 69% contaban

con registro. De éstas, 72 (60%) eran Asociaciones Civiles (AC); 2 Instituciones de Asistencia Privada (IAP); y 7 gozaban de diversas figuras: Sociedad Civil (SC) y Sociedad Anónima de Capital Variable (SA de CV) para grupos que al mismo tiempo desarrollan actividades de tipo empresarial, como ecoturismo.

Por otro lado, únicamente 39 organizaciones (32%) no poseían figura jurídica, dentro de éstas, es posible que sigan prevaleciendo visiones enteramente contestatarias, las cuales lleven a enarbolar como principio el no perseguir el reconocimiento de las autoridades gubernamentales, tal como lo expresa el Foro Regional Ecologista del Valle de México (Valencia Miguel, 1994: 5). Pero, también es probable que lo anterior indique un nivel menor de consistencia organizativa. Coincidentemente, dentro de este conjunto se encuentran aquellos organismos cuya existencia es incierta, y las cuales pudiera presumirse han desaparecido. Es frecuente encontrar aquí que direcciones y números telefónicos registrados dejaron de pertenecer a dichos grupos.

Para finalizar este punto, cabe señalar que justamente en torno al marco legal vigente se viene delimitando un área de conflicto entre el Estado y los diversos organismos de la sociedad civil, incluyendo los ecologistas. En el fondo, lo que se encuentra a debate es el pleno reconocimiento de la utilidad pública de las organizaciones civiles, así como el control y supervisión de los que siguen siendo objeto por parte del Estado. El dilema se expresa claramente en las dos figuras legales más recurrente: *Asociación Civil* (AC) e *Institución de Asistencia Privada* (IAP). La primera permite un grado de autonomía e independencia más amplia, de aquí que sea la más utilizada por los núcleos verdes, aunque, simultáneamente, presenta restricciones de carácter fiscal que repercuten en su situación financiera. Por su parte, las IAP gozan de beneficios fiscales tales como la exención de impuestos y la deducibilidad que alientan los donativos privados; sin embargo, tiene la desventaja de que sus acciones son vigiladas permanentemente por la Junta de Asistencia Privada, instancia tripartita, en donde el gobierno tiene una participación directa.

Una amplia red de redes se ha lanzado a diseñar una ley de fomento a las organizaciones civiles, la cual aspira a instaurar una relación más horizontal entre los grupos de la sociedad y el Estado. Una ley en donde, en lugar de controlarse el desempeño de las asociaciones, se aliente el esfuerzo de proyectos destinados a mejorar los niveles de vida de aquellos sectores mayoritarios de la población. Una ley que garantice independencia política e incentive económicamente esas labores encaminadas hacia el bien público. Pese a que dicha propuesta ha generado un consenso nunca visto dentro del mundo civil, el desenlace se encuentra aun en ciernes,<sup>37</sup> desde el campo de los tomadores de decisiones persiste cierta suspicacia

<sup>37</sup> La propuesta cuenta con el aval del Foro de Apoyo Mútuo, la Convergencia de Organismos Civiles por la Democracia, el Centro Mexicano para la Filantropía, la Fundación Miguel Alemán y la Universidad Iberoamericana.

sobre los organismos que se abrogan la representación de la sociedad civil, lo que al parecer constituye el principal obstáculo (Foro de Apoyo Mutuo, 1995:62-64).

### *De la acción contestataria a la propuesta*

Por último, otra de las aristas de la institucionalización del movimiento, que aquí nos interesa resaltar, es aquella que se expresa en su dimensión política. Como se ha dejado entrever, la profesionalización, la especialización y la legalización de los grupos del movimiento han propiciado que ciertos principios inamovibles, ciertas concepciones fundamentales y ciertas prácticas enraizadas den lugar a otro tipo de quehacer político, notable sobre todo en su relación con el Estado y otros agentes sociales.

Como puede advertirse, esta transformación conlleva, como todo fenómeno complejo, es un proceso por el cual se obtienen ganancias pero también se registran pérdidas. De esta manera, sólo entendido en esta constante fluctuación se pueden situar aspectos como el creciente pragmatismo, la capacidad propositiva, la profesionalización, y otros aspectos correspondientes a las novedades implícitas en la conversión institucional del movimiento verde.

Un primer rasgo importante de precisar y que representa una de las singularidades del movimiento en nuestro país es su resistencia a confluir en partido político. A diferencia de lo sucedido en Europa, cuando en 1987 el Grupo Alianza Ecologista convoca a la formación del Partido Ecologista Mexicano (PEM), los grupos existentes, en su inmensa mayoría, deciden seguir actuando dentro de la sociedad civil y rehúsan cualquier invitación a participar en la política partidaria.

La exitosa experiencia de los Partidos Verdes europeos basada en su vínculo con el movimiento social, ese que les permitió autoorganizarse como el brazo electoral y parlamentario no sólo de los ecologistas sino también de feminista y pacifistas, no ha podido consolidarse en México. Aun con los desgarres entre las alas fundamentalista y pragmática, los partidos europeos, sobretudo el alemán, lograron recoger las principales afluentes del ecologismo, incorporando en la arena de la política formal, los modos de actuar y expresarse provenientes del movimiento. Este vínculo sumado a la novedad que representaban contribuyó a las conquistas electorales y a la sacudida que los verdes propinaron a los sistemas de partidos en los países de occidente (Offe Claus, 1992b:251-252).

En México, sin embargo, la dimensión política del movimiento no apuntó hacia la forma partido, cierto resquemor a la dinámica electoral y parlamentaria, y mucho de animadversión hacia el liderazgo de Jorge González Torres explican este divorcio contundente. Así, por ejemplo, ha sido notoria la ausencia de dirigentes ecologista en las listas del ahora Partido Verde Ecologista Mexicano (PVEM) a puestos de elección

popular, pero no sólo eso, durante el proceso electoral de julio de 1997, Greenpeace demandó al PVEM por uso indebido de materiales videográficos empleados por dicho partido con fines propagandísticos. Por otra parte, en ese mismo periodo, diversos voceros de los grupos verdes denunciaron a González Torres, acusándole de oportunista, de lucrar políticamente con el tema ambiental y de carecer de representatividad dentro del movimiento, por si fuera poco, en las entrevistas realizadas para el proyecto, las expresiones desfavorables hacia el partido y hacia su dirigente fluían sin necesidad de mediar pregunta expresa (Proyecto del D.F.).

No obstante del divorcio partido-movimiento, es un hecho que el PVEM ha tenido una presencia electoral relativamente exitosa. Desde 1991 cuando interviene por primera vez como Partido Ecologista de México (PEM) y a pesar de perder su registro nacional, en la ciudad de México obtiene 4.96%, a partir de entonces no deja de tener cierta fuerza al nivel local. En 1997, en las primeras elecciones para elegir gobernador del D.F., el PVEM, lanza una campaña efectiva con el lema "vota por un ecologista no por un político", lo cual entre otras cosas, les permitió colocarse en el cuarto lugar con una votación nada despreciable.

Pero, el camino elegido por el grueso del movimiento condujo a la consolidación de organismos civiles pequeños, con un alto grado de profesionalismo, para quienes la sociedad civil siguió siendo el territorio-objetivo de gran parte de sus acciones. De tal manera, algunas sus batallas han tenido como fin la autoafirmación de este espacio en tanto entidad diferenciada del sistema político y también del económico. Estas batallas, como ya lo vimos, se expresan concretamente en la demanda de crear un marco jurídico-institucional más benévolo hacia los actores civiles. No obstante, la dimensión política no se agota ahí, ante todo está dirigida a transformar, en el caso del ecologismo, la tendencia escocida de nuestras sociedades y eso implica transformar comportamientos, valores, pautas de crecimiento económico y el contenido de las políticas que median la relación con el ambiente ¿Qué más público podían ser los contenidos y las finalidades de este movimiento?

En efecto, cualquier aspecto del quehacer ambiental genera implicaciones necesariamente políticas, cualquier acción se encuentra orientada a producir impactos de magnitudes sociales. Es en este nivel de su contenido político en donde los grupos ecologistas han experimentado una notable transformación, especialmente en la forma en que construyen temas susceptibles de convertirse o influenciar las políticas publicas.

A diferencia de lo que se establece en la literatura, el comportamiento político de las organizaciones ecologistas se encuentra más cerca a lo pragmático que a los juegos de suma cero. Este desfasamiento en la teoría obedece con seguridad a que muchos de estos acercamientos se llevaron a cabo justo en los momentos de emergencia, en aquella fase naciente como lo expresaría Alberoni. Aunado a ello, es probable también que tuvieran como referentes empíricos los movimientos en ciclos de efervescencia,

en donde las corrientes y grupos se amalgaman frente a un adversario común. Posiblemente, los movimientos continúen siendo fundamentalistas en periodos de efervescencia, pero como se planteó más arriba, por cuestiones de método y también por las especificidades del movimiento en nuestro país, el presente estudio aspira a dar cuenta de los atributos de éste en su estado latente.

De tal forma veinte años después y teniendo como marco un movimiento distinguible en sus componentes estables, procede la afirmación anterior de que las demandas políticas han perdido ese estigma de ser los preceptos fundamentales de la acción colectiva, por lo tanto, gran parte de los temas que conforman la agenda de las organizaciones no se plantean más en término de vida o muerte, de todo o nada.

Si bien siguen conservando ciertos principios, en general existe una disposición a negociar cualquier punto del pliego petitorio. Eso en significa que desde las organizaciones los escenarios políticos se conciben como espacios en donde las oportunidades se abren o cierran en función de la capacidad argumentativa, en donde de se debe estar dispuesto a ceder y a enfilear todos los recursos persuasivos para probar al oponente y al grueso de la población, la pertinencia del tema o la demanda proclamada. De aquel "exigid lo imposible" se ha transitado hacia un "amar lo factible", la política hecha en base a principios irrenunciables viene siendo sido eclipsada por otra en la que el "aquí y el ahora" guía los pasos de esos mismos sujetos que cansados de correr sin avanzar, hoy estiman necesario avanzar poco a poco. "Queremos incidir en los procesos sociales, y aunque no sea el cien por ciento lo que ganemos, con un cinco que conquistemos ya hemos logrado algo, pero además pensamos que los espacios que hoy se nos abren son espacios creados por la sociedad, de ninguna manera resultan graciosas concesiones del Estado" (Barba Regina, 1996).

Aprovechar los estrechos márgenes que el SP abre a la participación ciudadana,<sup>38</sup> no es el único atributo que marca el nuevo comportamiento de los verdes, también es notable la tendencia propositiva que viene sobreponiéndose a las tradicionales formas reactivas y contestatarias del movimiento. El abandono paulatino de las sobrecargas ideológicas frente a la necesidad de solucionar problemas inmediatos, la eficiencia como criterio único de evaluación, como exigencia de las agencias financiados y de la propia sociedad, han orillado a los grupos a profesionalizar y especializar cada vez más sus actividades. En esa medida, la política basada en la demanda y la denuncia ya no es suficiente, se precisa del diseño de alternativas sustentadas en la razón y en su viabilidad.

Los grupos ecologistas son probablemente quienes expresa con mayor notoriedad dicha tendencia, y no es para menos, los temas que constituyen la política ambiental

---

<sup>38</sup> Sólo por citar un ejemplo, durante la última regencia del Distrito Federal miembros de la UGAM, de Greenpeace y del Grupo de los Cien formaron parte del consejo consultivo de la Comisión Metropolitana para la Calidad del Aire

requieren en su inmensa mayoría un soporte científico. “Hoy en día ya no puedes hacer propuestas tan a la ligera como antes se solían realizar, las propuestas requieren de sustentos técnicos, las denuncias se hacen con evidencia científica, antes llegábamos y decíamos ¡oiga como es posible este muladar! Hoy por el contrario, lo planteamos de la siguiente manera: mire le presentamos este plan de manejo de, de... los viveros, por ejemplo, y así arribamos a propuestas mucho más viables, que quizá ahorren trabajo al gobierno (Barba Regina, 1996).

Asuntos concernientes a la calidad del aire; al manejo sustentable de recursos (principalmente el agua); al tratamiento de desechos tóxicos; y a políticas de desarrollo urbano, configuran los temas públicos construidos por el movimiento verde en nuestra ciudad. Su misma dimensión y complejidad, conlleva por necesidad de abordajes especializados, cuyos análisis e interpretación exige de los métodos que sólo la ciencia puede ofrecer. Paralelamente, este proceso provoca otro fenómeno: paulatinamente, el sustento de poder de los grupos verdes pareció no residir más en su capacidad de movilización ni el impacto que pudiesen generar en la opinión pública, la consistencia técnica y científica de sus propuestas comenzó a ser su principal capital político.

Ocurre entonces que gran parte de los discursos y de los conflictos protagonizados por los ecologistas adquieren tal nivel técnico que terminan siendo asuntos relevantes sólo para iniciados. Esto explica, en cierta medida, lo considerablemente minoritario que resulta el movimiento verde en una ciudad que ha sido declarada zona de desastre ecológico. Una ciudad que en esa medida, ofrece tal cantidad de problemas que hipotéticamente podrían propiciar iniciativas ciudadanas de carácter masivo. Sin embargo, los temas, las demandas, y las propuestas políticas son construcciones sociales, es decir, no son una traducción literal de lo que ocurre al nivel de estructuras, ni tampoco efectos automáticos de disfunciones o crisis en los sistemas.

En la producción del sentimiento de oprobio, en la demanda de justicia, en la propia alerta sobre el ecocidio existe siempre la intervención de actores resignificando eso que denominamos fenómenos objetivos. Entre la ausencia y la carencia hay un trecho que sólo puede ser cruzado a través de la acción subjetiva de los actores sociales.

Los temas políticos no nacen, se hacen, y así tenemos que aquellos grupos que en materia ecológica se propusieron politizar los espacios civiles, han preferido optar por el camino de la concertación, del diseño de propuestas altamente especializadas, de privilegiar las relaciones personales para incidir en políticas y de ocupar los pequeños espacios que el SP comienza a abrir. Siguiendo este trayecto, muchos de los grupos han perdido de perspectiva uno de los retos más significativos de la acción colectiva; la disputa de los códigos que sustentan valores, creencias y comportamientos tanto individuales como colectivos, en las que descansan buena parte de las tendencias

contaminantes y depredatorias de nuestra sociedad: el endiosamiento del automóvil, la voracidad consumista, el despilfarro de recursos, el crecimiento económico a toda costa, etcétera.

La subversión de los códigos hegemónicos parece un flanco olvidado por el movimiento, los retos culturales ha sido relegados a un segundo término, eclipsados por una política de corte pragmática. De esta manera, el movimiento ecologista mexicano no sólo ha perdido capacidad para socializar temas y demandas políticas también padece un déficit para generar amplia legitimidad respecto a las alternativas civilizatorias que entraña.

Lo anterior ha redundado negativamente en su desempeño como interlocutor y actor de la *real politik*, así por ejemplo, cuando la aprobación de la Ley General de Equilibrio Ecológico y Protección al Ambiente, fue unánime el sentimiento de exclusión que permeó en las organizaciones. Así, pese a que muchas de ellas invirtieron cantidad de recursos en los debates previos con propuestas y modificaciones a los apartados del anteproyecto, la ley final no recogía, a juzgar por ellos, aspectos centrales debatidos por largo tiempo. Pecaron de inocente o quizá olvidaron que la política es el campo de las relaciones de poder, que por lo tanto, el sustentar técnica y científicamente cualquier propuesta nunca es suficiente, sobre todo cuando el otro es nada menos que el Estado y un Estado como el mexicano con fuertes dejos de autoritarismo.

Los actores civiles, en especial los movimientos que ostentan alguna capacidad de veto o de incidencia en políticas es porque cuentan al mismo tiempo con cierto poder de convocatoria y de impacto en la formación de redes de opinión pública. Es por ello, que el socializar los temas, hacer que la ciudadanía comparta las mismas preocupaciones y se convenza de asumir nuevos comportamientos se vuelve hoy en día indispensable para los contenidos de una política más eficientes y de mayor trascendencia en materia ambiental.

Los dilemas implícitos en la dimensión política del movimiento verde son muchos y de tal magnitud que implicarían estudios de mayor profundidad. Desde mi perspectiva, algunos de estos requieren conciliar tendencias vigentes pero expresadas de forma aislada. De entrada, se hace necesario equilibrar las determinantes científicas y técnicas con un lenguaje que permita que las demandas políticas sean significativas y relevantes para amplios sectores de la población. Encontrar el justo medio entre las implicaciones de transformación civilizatoria con acciones puntuales e inmediatas. Preservar la autonomía e independencia pero proirizar una política de alianzas allende aun de los núcleos ambientalistas, ecologistas o conservacionistas. Reconocer la universalidad de las causas ambientales pero no olvidar lo local, lo regional, el entorno inmediato. Recordar que todo está ligado a todo y que todos compartimos el mismo barco pero sin pecar de cándidos, advirtiendo que hay camarotes de primera y de segunda.

En estos días cuando en las travesuras del *Niño* causan severos estragos y el calor de primavera alcanza un grado superior a lo insoportable, cuando las brumas matinales nos anuncian tragedias lejanas, vividas por otros como desgracias personales, descubro nuevamente que somos tan animales como el que más, que aun con un pie en le concreto y una mano en el ciberespacio, tenemos extremidades que nos ligan irremediabilmente a esa esencia llamada naturaleza. Quizá nuestro humor no esté ligado al ciclo de la luna, ni los eclipses presagien calamidades, sin embargo nuestro destino inevitablemente se entrecruza al de los anfibios y los invertebrados. Cuando pienso en todo ello, inmediatamente asumo como indispensables acciones colectivas que preconicen el poder de las flores y el derecho de las selvas, por ello, la insistencia en las debilidades con la esperanza de que apuntalen la vigorosidad y creatividad de un movimiento que socialmente es necesario.



## CONCLUSIONES

Recientemente, en el *Le Monde Internacional* apareció un artículo en donde la reflexión central versaba sobre la nueva dimensión de las luchas ecologistas en los Estados Unidos. Durante la presente década, señalaba el trabajo, los asuntos ambientales se han convertido en espacios en los que se vienen resignificando conflictos entre poseedores y desposeídos, entre élites y grupos marginados.

A través de un mapeo para ubicar las industrias más nocivas, los tiraderos de desechos contaminantes y las centrales nucleoelectricas, una constante apareció, en su mayoría, todas estas se encuentran cercanas o en el seno mismo de comunidades negras, hispanas y de blancos empobrecidos. Por muchos años todas ellas se consideraron parte integral del paisaje y del destino inalterable de aquellos antípodas del sueño americano.

¿Qué resistencia podían encontrar los dueños de las industrias y los tomadores de decisiones frente a sectores que difícilmente se reconocen como sujetos de derechos? Desarticulados, con nulas redes de influencia e ignorantes de las artimañas de la presión y el cabildeo, habían representado, hasta hace poco, una opción que aseguraban el menor de los costos políticos. Sin embargo, dentro de los muchos Bronx existentes en el mapa norteamericano comenzó a agotarse el horizonte de certezas que reproducía y normalizaba tales situaciones. Las redes de solidaridad que la pobreza y las dinámicas ciudadinas no pudieron destruir, emergieron de la invisibilidad a través de acciones colectivas y movilizaciones sociales, que, como sus antecesores del siglo pasado, descubrieron en las luchas por mejorar el ambiente nexos con añejas reivindicaciones de justicia social.

Hace poco en la colonia donde habito, una típica colonia de clase media en crisis, se autorizó la construcción de una gasolinera. Pese a la calidad de los argumentos en su contra, los cuales abordaban aspectos técnicos, legales y ambientales, los esfuerzos vecinales por detener la construcción parecieron infructuosos. No sólo se navegó a contracorriente de las tendencias más agresivas de la atomización social y la pérdida

de sentidos de identidad y pertenencia, aunado a ello fue evidente el escaso eco que las movilizaciones tuvieron aun dentro de un gobierno democráticamente electo. Esto me lleva a preguntar si una situación similar podría acontecer en el Pedregal de San Angel o en la Lomas de Chapultepec, si en esos lugares, las poderosas influencias de sus habitantes complicarían o de plano vetarían la puesta en marcha de proyectos de tal naturaleza.

Contrario al espíritu universal promovido por IBM y otras grandes multinacionales, la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro (1992) abrió un nuevo flanco de batalla entre países ricos y países pobres. En nombre de la superioridad técnica y cultural, apelando a la conciencia de especie y al patrimonio de la humanidad sobre los dones naturales, concentrados casualmente en los hemisferios sur, las naciones más desarrolladas, casualmente las más consumidoras, vienen a innovar, con nuevos discursos y nuevas prácticas, las viejas y olvidadas tradiciones colonialistas. Propuestas como la internacionalización de la selva amazónica, bajo el argumento de preservar la zona como un bien planetario, entrañan al mismo tiempo, amenazas a la soberanía de los estados sudamericanos que albergan el ecosistema más rico del mundo. El colonialismo también se tiñe de verde.

La biogenética es uno de los campos de investigación científica más seductores, alberga grandes esperanzas para el mantenimiento de la biodiversidad planetaria así como para la solución de aquellas enfermedades y disfunciones ligadas a nuestro historial hereditario. Pero, paralelamente, entraña algunas de las pesadillas más recurrentes de la literatura del siglo XX: ejércitos de seres idénticos, confeccionados en función de prejuicios de poderosos tiranos. Teóricamente, la manipulación genética permitiría el sueño nazi de una raza aria.

Así, el futuro y los alcances de esta ciencia nos confrontan con las más idílicas promesas y con los peores fantasmas de la humanidad, en esa medida han despertado encarnados debates y las más insólitas alianzas, (la iglesia católica y algunos ambientalistas se han colocado del mismo lado) pero a pesar de ello, su potencial se encuentra aun en ciernes, las discusiones todavía no se conjugan en presente, son materia de escenarios futuros, de prospectiva política. No obstante, aquí y ahora, cazadores de genes al servicio de las más importantes farmacéuticas recorren los bosques tropicales de Perú, Indonesia, México y Brasil en busca de la planta que cure el cáncer, el SIDA y otras enfermedades. Esta noble labor se ve ensombrecida por la economización de los fines. Como todo descubrimiento e invento humano, los genes son patentables, son sujetos de la protección que gozan los frutos de la propiedad intelectual. En otras palabras, aquello patrimonio del mundo entero y específicamente de las comunidades que han usufructuado desde siempre esos bienes, se verán despojados no sólo de los beneficios que se alcance con la comercialización sino también de los productos mismos.

La biogenética abre otros campos de sujeción, no sólo significa la privatización de los

beneficios que la naturaleza ofrece, el monopolio de la tecnología que las empresas del primer mundo detentan en materia genética afianzará el control y la dependencia de los países del sur (Escobar Arturo, 1997:15-29).

¿Qué persigo con la descripción de todos estos escenarios? Más que una síntesis de los puntos más sobresalientes desarrollados en la tesis, me propongo reflexionar sobre un problema que involucra a muchas de las ideas aquí expuestas, y éste es el siguiente.

Cuando observo las dinámicas sociales de finales de siglo, no dejo de pensar que la realidad se expresa a través de tendencias contrarias, por no llamarlas contradicciones ¿Qué quiero decir con esto? Me refiero a que muchas de las discusiones de hoy en día pueden abordar los mismos fenómenos y concluir con afirmaciones opuestas. Se puede argumentar con un discurso perfectamente coherente y apelar a evidencia empírica para demostrar tesis diametralmente distintas. Quién puede negar, por ejemplo, que en las sociedades modernas se producen procesos de individualización cada vez claros, así como la fragmentación y volatilidad de los referentes identitarios. Simultáneamente, con datos en mano se puede sostener la premisa contraria; hoy como nunca los ciudadanos tienden a agruparse colectivamente para la defensa y promoción de una cantidad infinita de causas. Que mayor contundencia que el boom de las ONG.

Las aproximaciones a la historia de nuestro tiempo se encuentran plagadas de contrasentidos similares: se habla de una crisis irremediable en el sistema de partidos pero por lo menos en el caso mexicano, el caudal del electorado aumenta y se perfila una real competencia de partidos; la globalización se consagra como una ley tan universal como la gravedad y al mismo tiempo, de la nada, parecen surgir las más férreas reivindicaciones étnicas; los ensayos nucleares en India y Paquistán nos recuerdan la multipolaridad del equilibrio internacional pero esto no niega que en muchos frentes se estén librando batallas norte-sur.

Los estudios sobre movimientos sociales han cobrado la importancia actual, en gran medida por el agotamiento de una dinámica social expresada en términos de lucha de contrarios. Desde una perspectiva política, el pluralismo societal fundamenta la presencia de los numerosos movimientos, las teorías pluralistas han hecho hincapié en la existencia de múltiples sujetos quienes prefiguran los escenarios políticos de las sociedades. Desde esta concepción es impensable la preeminencia de algún conflicto central o de un actor capaz de detentar hegemonía sobre el resto, menos aun de portadores de cierto proyecto histórico tendiente a revolucionar al universo entero.

¿Cómo se podría explicar la revolución islámica en Irán, el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos, los movimientos pacifistas a lo largo de la guerra fría, el propio conflicto chiapaneco si no se reconoce primeramente la complejidad alcanzada por las sociedades contemporáneas? Entender que ello hace referencia a la multiplicidad de conflictos que tienen lugar a lo largo y ancho de los niveles y áreas de lo social: en la sexualidad, en el ámbito religioso, en el comercio, en las comunicaciones, en

la salud, en la ética, en lo étnico, etcétera. Difícilmente la realidad actual puede interpretarse bajo una perspectiva dicotómica, en donde dos macrosujetos determinados por su papel en el proceso de trabajo se disputan la historicidad.

Sin embargo, las perspectivas pluralistas tienden a olvidar que las relaciones de poder detrás de todo conflicto implican siempre una relación asimétrica, una relación de dominio y de subordinación. Es aquí, donde cobran sentido los relatos anteriormente señalados así como la idea de las direcciones opuestas. En efecto, nadie se atrevería a refutar la evidente heterogeneidad presente en cualquier nación del globo pero tampoco es posible desconocer que la explotación y el dominio siguen tan vigentes como siempre.

Si los procesos plurales y las teorías que dieron cuenta de los mismos se alzaron en contraposición al marxismo y a los antagonismos de clase, una comprensión más completa de las dinámicas actuales, me parece, debe reconstituir los puentes entre estas lógicas societales en apariencia excluyentes. Con lo anterior no quiero afirmar únicamente lo lejos que se encuentran los movimientos de la clase obrera de desaparecer, al igual que su capacidad de incidir en las transformaciones sociales. Más que ello me parece pertinente retomar la noción marxista de lucha de contrarios para dar cuenta de un gran número de fenómenos colectivos, que siguen revistiendo verdaderas contiendas entre poseedores y desposeídos, élites y márgenes, gobernados y gobernantes.

Sin embargo, la diferencia estriba en que dichos enfrentamientos no ocurren en un sólo espacio ni están determinados por cierta relación productiva. Como hemos apuntados a lo largo de la tesis, estos ocurren en la casa, en la escuela, en el barrio, en la iglesia, en todo espacio que contenga actividad humana y que propicie la identificación y construcción de solidaridades, en donde los actores colectivos se disputen entre sí la distribución o apropiación de recursos (simbólicos o materiales) y se produzcan conflictos que alteren los límites dentro de los cuales se reproduce un sistema. De esta forma, los movimientos sociales confiesan la heterogeneidad alcanzada por las sociedades de la posguerra fría, pero también aluden a la asimetría prevaleciente, a los nexos entre débiles y fuertes que en cada movilización colectiva emergen de la obscuridad.

La historia de la humanidad está marcada por las inequidades. Los conflictos sociales se han encargado de develar la desigualdad en la distribución de bienes materiales y de aquellos que alimentan al espíritu. Si bien, en todo momento las disputas han tenido como centro una gran cantidad de recursos, de los cuales, varios continúan siendo manzanas de la discordia, durante la era industrial fue en torno a los medios de producción y a las ganancias que el trabajo generaba, en donde se escenificó un conflicto que pareció eclipsar al resto. Es hasta hace poco que la asimetría entre los sexos, entre miembros de distintas etnias y religiones se vuelve a poner en la mesa de discusión, es algo relativamente fresco que los recursos informativos, los códigos de valores y el uso

por lo menos del universo que representa esta ciudad.

Los grupos institucionalizados del movimiento han optado por la vía de la especialización y de la profesionalización y han preferido utilizar los recursos del cabildeo, la influencia y las relaciones personales para insertar sus demandas en la arena política. En esa medida han subestimado el poder que potencialmente les podría brindar la movilización de aquellos sectores que asumen como propias las banderas ecologistas y que constituyen un valioso medio de poder a la hora de negociar con el Estado o los agentes económicos.

Contrariamente, la tendencia es a la tecnificación de los debates *verdes* y en esa proporción a la ausencia de amplias movilizaciones. El trabajo de traducir las problemáticas ambientales a un lenguaje aprehensible por las mayorías ha sido ciertamente descuidado por estas organizaciones, el desentrañar más allá de lo evidente y descubrir la verdadera dimensión de la crisis se ha convertido en una función relegada a segundo plano. Esto, para ser justo, no sólo se debe sólo a la falta de sensibilidad de dichos grupos sino también a la ausencia de recursos comunicativos disponibles por los núcleos de la sociedad civil.

El poder de convocatoria y la legitimidad social alcanzada por los verdes en los países occidentales se ha edificado, en gran medida, gracias a la capacidad de socializar sus demandas y valores, de construir puentes firmes entre activistas y amplias comunidades. Por el contrario, en la ciudad de México, ciudad al borde de desastre ambiental, el movimiento permanece constituido por decenas de pequeños grupos, que de forma aislada invierten la mayor parte de sus recursos en proyectos micro, que difícilmente tejen alianzas internas y que parecen poco hábiles para operar consensos más amplios que posteriormente se inviertan para apuntalar sus proyectos más ambiciosos. Esto es, en síntesis, el rasgo y simultáneamente el dilema más relevante del movimiento verde asentado en nuestra mega ciudad.

## BIBLIOGRAFÍA

- ADELL Argiles, Ramón; "Movimientos sociales y contexto político" en *Leviatán*, Madrid, Verano 1994, núm. 56, pp. 113-129.
- ALBERONI, Francisco; *Movimiento e institución. Teoría general*, Madrid, 1994, Editora Nacional.
- ALONSO, Jorge; *Movimientos sociales en el valle de México, vol. I y II*, México, 1986, Ediciones de la Casa Chata-CIESAS
- ALONSO, Jorge; *La Tendencia al enmascaramiento de los movimientos sociales*, México, 1985, Casa Chata-CIESAS.
- ALONSO, Jorge et al.; "Estados, actores y movimientos sociales" en Alonso, Jorge et al., *El nuevo Estado mexicano*, México, 1992, CIESAS -U. de G.-Nueva Imagen.
- ALVAREZ Enríquez, Lucía; *El Distrito Federal: sociedad, economía, política y cultura*, México, 1988, CEIICH-UNAM.
- AMIN, Samir et al.; *Transforming the revolution. Social movements and the word-system*, New York, 1990, Monthly Review Press.
- BALLESTEROS, Carlos; "Ecología y política en México y América Central" en *Relaciones Internacionales*, México, mayo-agosto 1991, vol. 13, núm. 51, pp. 12-17.
- BALVÉ, Beatriz y Balvé, Beba; "Algunas consideraciones acerca de la temática de los movimientos sociales" en *Revista de Ciencias Sociales*, San José, Junio, 1989, núm. 44, pp. 121-126.
- BARBA Pirez, Regina; "La unión de grupos ambientalistas en el proceso de negociación del tratado de libre comercio" en *Frontera Norte*, Tijuana, julio-diciembre 1993, vol. 5, núm. 10, pp. 117-132.
- BERRY, Wendell; "Pensar en pequeño" en *Opciones*, núm. 21, pp. 2-4.
- BOBBIO, Norberto; *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, México 1989, FCE.
- BOBBIO, Norberto; *El futuro de la democracia*, México, 1989.

- BONAMUSA Miralles, Margarita; "Movimientos sociales: organización y estructura de oportunidad" en *Análisis Político*, Bogotá, septiembre-octubre 1994, núm. 23.
- BOOKCHIN Murray; *Por una sociedad ecológica*, Barcelona, 1978, Gustavo Gili.
- BORJA, Jordi *et al.*; *Descentralización del Estado: movimiento social y gestión local*, Santiago de Chile, 1987, Instituto de Cooperación Iberoamericana-FLACSO-CLACSO.
- BORÓN, Atilio; "Estado, democracia y movimientos sociales en América Latina" en *Memoria-CEMOS*, México, Mayo 1993, núm. 54, pp. 5-20.
- CALDERÓN, Fernando; *Movimientos sociales y política. La década de los ochenta en Latinoamérica*, México, 1995, UNAM/CIIH-Siglo XXI.
- CALDERÓN, Fernando y Dos Santos, Mario; "Del petitorio urbano a la multiplicidad de destinos" en *Revista Mexicana de Sociología*, México, octubre-diciembre 1989, vol. 51, núm. 4, pp. 77-91.
- CALDERÓN, Fernando y Jelin Elizabeth; *Clases y movimientos sociales en América Latina: Perspectivas y realidades*, Buenos Aires, 1987, Centro de Estudios de Estado y Sociedad.
- CAMACHO, Daniel; "Movimientos sociales. Algunas definiciones conceptuales" en *Revista de Ciencias Sociales*, San José, núm. 37-38.
- CAMACHO, Daniel; "Los movimientos sociales y la evolución de la sociedad civil en América Latina" en Vuskovic, Pedro *et al.*, *América Latina hoy*, México, 1990, Siglo XXI.
- CARMONA Lara, Maria del Carmen; "Política y ecología en México" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, México, octubre-diciembre 1991, vol. 36, núm. 146, pp. 81-86.
- CARRILLO, Ana María; "Verde que te quiero verde: reforestación en el Valle de México" en *Fem*, México, noviembre 1991, vol. 15, núm. 107, pp. 12-15.
- CASTELLS, Manuel; *La ciudad y las masas: Sociología de los movimientos sociales urbanos*, Madrid, 1986, Alianza, 567 pp.
- CHAO, Felipe; "Ecología política o política ecológica" en *Estudios Políticos*, México, octubre-diciembre 1991, núm. 8, pp. 221-236.
- CHAO, Felipe; *Ecología política o política ecológica*, México, 1990, Tesis Licenciatura FCPYS-UNAM.
- CHILDE, Gordon V.; *Los orígenes de la civilización*, México, 1986, FCE.
- COHEN, Jean *et al.*; *Teoría de los movimientos sociales*, San José, 1988, FLACSO.
- COHEN, Jean y Arato Andrew; *Civil society and political theory*, Cambridge, 1992, MIT Press.
- Cohen, Jean y Arato Andrew; "Rethinking social and political theory" en *Thesis Eleven*, London, núm. 28, 1988.
- CROZIER, Michel y Eriendber, Erhard; *El actor y el sistema. Las restricciones de la*

- acción colectiva*, México, 1990, Alianza Editorial Mexicana.
- CRUELLS, Manuel; *Los movimientos sociales en la era industrial*, Barcelona, 1967, Labor.
- CRUZ, Rafael de la; "El ecologismo ¿reforma o revolución?" en *Nueva Sociedad*, Caracas enero-febrero 1987, pp. 63-81.
- DUBET, Francois; "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto" en *Estudios Sociológicos*, vol. VIII, núm. 21, 1989, p. 519-545.
- DURANT Ponte, Víctor Manuel; "Sujetos sociales y nuevas identidades" en Garza, Enrique de la (Coord.), *Crisis y sujetos sociales en México*, México, 1992, CIIH/UNAM-Miguel Angel Porrúa, pp. 587-605.
- EDER, Klaus; "¿Cruzadas morales, grupos de presión o movimientos sociales?" en *Política de El Nacional*, 10 de agosto de 1989.
- EISENSTADT, Shamuel Noan; *Modernización, movimientos sociales de protesta y cambio social*, Buenos Aires, 1968, Amorrortu.
- ELINO Martínez, Rafael; "Ecología y paz" en *EURE*, octubre 1986, vol. 13, núm. 37, pp. 255-256.
- ENZENSBERGER, Hans Magnus; *Para una crítica de la ecología política*, Barcelona, 1972, Cuadernos Anagrama.
- ESCOBAR, Arturo; *Biodiversidad, naturaleza y cultura: localidad y globalidad en las estrategias de conservación*, México, 1997, CEIICH-UNAM (El Mundo Actual).
- ESTRADA Saavedra, Marco; *Actores colectivos y participación política*, México, 1995, UIA-Plaza y Valdés.
- FALETTO, Enzo; "Propuestas para el cambio: movimientos sociales en la democracia" en *Nueva Sociedad*, septiembre-octubre 1987, núm. 91, pp. 141-147.
- FALETTO, Enzo et al.; *Movimientos populares y alternativas de poder en Latinoamérica*, Puebla, UAP.
- FIGUEIRA, Carlos; *Movimientos sociales en la restauración del orden democrático*, Montevideo, 1985, CIESO.
- FLASHNER, Ana; *Háblale a la tierra... La ecología como mito y utopía*, México, 1986, Talleres del SEI.
- FLORES Suárez, Eugenia; "Ecología: hacia una nueva relación Estado-sociedad" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, México, octubre-diciembre 1991, vol. 36, núm. 146, pp. 87-111.
- FORO DE APOYO MUTUO; *Organizaciones no gubernamentales: definición, presencia y perspectivas*, México, 1997, FAM.
- FLOWERAKER, Joe y Craig Ann (editores); *Popular movements and political changes in México*, 1990, L. Reinner.
- FRANK, André Gunder y Fuentes, Marta; "Diez tesis acerca de los movimientos sociales" en *Revista Mexicana de Sociología*, México, octubre-diciembre 1989,



- vol. 51 núm. 4, pp. 21-43.
- FRANK, André Gunder y Fuentes, Marta; "El estudio de los ciclos en los movimientos sociales" en *Sociológica. Actores, Clases y Movimientos Sociales II*, año 10, núm. 28, mayo-agosto 1995, p. 37-66.
- GALINDO, Jesús; *Movimiento social y cultura política; discurso, conciencia histórica*, Colima, 1987, Universidad de Colima.
- GALTUNG, John; "El movimiento verde: una exploración sociohistórica" en *Revista Mexicana de Sociología*, México, octubre-diciembre 1989, vol. 51, núm. 4, pp. 3-20.
- GARZA, Enrique de la; "Los sujetos sociales en el debate teórico" en Garza, Enrique de la (Coord.), *Crisis y sujetos sociales en México*, México, 1992, CIIH/UNAM-Miguel Angel Porrúa, pp. 15-39.
- GARZA, Enrique de la; "El corporativismo: teoría y transformaciones" en *Iztapalapa*, México, núm. 34, julio-diciembre 1994.
- GIMENEZ, Gilberto; "Los movimientos sociales. Problemas metodológicos" en *Revista Mexicana de Sociología*, México, núm. 2, 1994, pp. 3-14.
- GÓNGORA Soberanes, Janette; "El ecologismo en México" en De la Garza, Enrique (Coord.), *Crisis y sujetos sociales en México*, México, 1992, CIIH/UNAM-Miguel Angel Porrúa, pp. 495-527.
- GONZÁLEZ Casanova, Pablo; "La democracia de los de abajo y los movimientos sociales" en *Memoria-CEMOS*, México, Mayo 1993, núm. 54, pp. 20-22.
- GONZÁLEZ Madrid, Miguel; "Crisis del interencionismo estatal y nueva estrategia del bienestar social en México," en *Iztapalapa*, México, núm. 33, 1994.
- GORZ, André; *Ecología y política*, Barcelona, 1982, El Viejo Topo.
- GORZ, André; "Ecología, política, expertocracia y autoalimentación" en *Nueva Sociedad*, Caracas, noviembre-diciembre 1994, pp. 32-42.
- GUEVARA Sada, Sergio y Moreno Casasola Patricia; "Áreas verdes de la zona metropolitana de la ciudad de México" en Garza Gustavo (comp.), *Atlas de la ciudad de México*, México, 1987, DDF-COLMEX, pp. 231-236.
- GUIDO, Julio; *Partidos, sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina*, Buenos Aires, 1987, Puntosur.
- GUIDO, Rafael y Fernández, Otto; "El juicio al sujeto: un análisis de los movimientos sociales en América Latina" en *Revista Mexicana de Sociología*, México, octubre-diciembre 1989, vol. 51, núm. 4, pp. 45-76.
- HOBSBAWM, Eric; *Rebeldes primitivos: estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, 1968, Ariel.
- IRACHETA Concecorta, Alfonso y Calvo Villar, Alberto (Coord.); *Política y movimientos sociales en la ciudad de México*, México, 1988, DDF-Plaza y Valdés.
- JELIN, Elizabeth (Comp.); *Los nuevos movimientos sociales*, Buenos Aires, 1985, Centro Editor de América Latina

- movimientos antisistémicos” en *Sociológica. Actores, Clases y Movimientos Sociales II*, año 10, núm. 28, mayo-agosto 1995, pp. 13-36.
- TARRÉS, María Luisa; “Notas sobre la sociología de los movimientos sociales y la obra de Touraine” en *Revista Interamericana de Sociología*, núm. 2 y 3, año VI, mayo-diciembre 1992.
- TARROW, Sidney; *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, 1997, Alianza.
- TILLY, Charles; “Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuaciones políticas” en *Sociológica. Actores, Clases y Movimientos Sociales II*, año 10, núm. 28, mayo-agosto 1995, pp. 13-36.
- TOLEDO, Víctor “Vertientes de la ecología política” en *Ecología Política*, núm. 0, 1986, pp. 14-16.
- TORRECILLA, Arturo; “Por los caminos de la utopía: ecología, vida cotidiana y nuevos protagonistas sociales” en *Revista de Ciencias Sociales*, San Juan, enero-junio 1986, pp. 79-120.
- TOURAINÉ, Alain; *América Latina, política y sociedad*, Madrid, 1989, Espasa Calpe.
- TOURAINÉ, Alain; *Producción de la sociedad*, México, 1995, IIS-UNAM/IFAL.
- TOURAINÉ, Alain; “Introducción al método de la intervención sociológica” en *Estudios Sociológicos*, vol.4, núm. 11, mayo-agosto 1986, pp. 198-213.
- TREJO Romo, Pablo; “Los proyectos políticos: una propuesta para el estudio de los movimientos sociales en la historia” en *Estudios Políticos*, México, enero-marzo 1991, pp. 45-53.
- VALENCIA, Miguel; “Foro regional ecologista del Valle de México”, ponencia presentada en el seminario Participación Social y Cambio Institucional en el Distrito Federal-CEIICH-UNAM, enero 1994, mimeo.
- VARIOS AUTORES; *Transformaciones sociales y acciones colectivas: América Latina en el contexto internacional de los noventa*, México 1984, El Colegio de México.
- VILAS, Carlos; “Actores, sujetos, movimientos: ¿dónde quedaron las clases?” en *Sociológica. Actores, Clases y Movimientos Sociales II*, año 10, núm. 28, mayo-agosto 1995, pp. 61-89.
- VILLAREAL, Jorge M.; “Dos grupos ecologistas y el neocardenismo en el proceso electoral de 1988” en Cuéllar, Angélica (Coord.), *Movimientos sociales y neocardenismo*, México, 1994, Aguirre y Beltrán.
- VILLASANTE, Tomás R.; *Comunidades locales: análisis, movimientos sociales alternativos*, Madrid, 1984, Instituto de Estudios de Administración Local.
- VIOLA, Eduardo y Leis, Héctor; “Desorden global de la biosfera y nuevo orden internacional: el papel organizador del ecologismo” en *Medio Ambiente y Urbanización*, Buenos Aires, Junio 1990, núm 31, pp. 13-37.
- VIVEROS Lomelí Alejandra; *Surgimiento, desarrollo e impacto del ecologismo en las*

- sociedades desarrolladas*, México, 1995, tesis de licenciatura FCPyS-UNAM.
- WYBO Gilbert, Raúl Salvador; *Ecologistas y antinucleares en México, 1988-1989: movimiento y contramovimiento social*, México, 1992, tesis de licenciatura FCPyS-UNAM.
- ZEMELMAN, Hugo y Valencia Guadalupe; "Los sujetos sociales una propuesta de análisis" en *Acta Sociológica*, vol. III, núm. 2, pp. 89-103.
- ZERMEÑO, Sergio y Díaz Cuevas Jose Aurelio (coord.); *Movimientos sociales en México durante la década de los ochenta*, México, 1990, CIIH/UNAM.
- ZERMEÑO, Sergio; "Hacia una democracia como identidad restringida: sociedad y política en México" en *Revista Mexicana de Sociología*, México, abril-junio 1987, núm. 49, pp. 57-87.
- ZERMEÑO, Sergio; "El retorno del líder: crisis, neoliberalismo y desorden" en *Revista Mexicana de Sociología*, México, octubre-diciembre 1989, vol. 51 núm. 4, pp. 115-150.
- Zermeño, Sergio; *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, México 1991, Siglo XXI.
- ZICCARDI, Alicia; "De la ecología urbana al poder local. Cinco décadas de estudios urbanos" en *Revista Mexicana de Sociología*, enero-marzo 1989, núm. 1, pp. 275-306.

#### ENTREVISTAS

1. Alfonso Cipres Villarreal, Presidente del Comité Coordinador Central del Movimiento Ecologista Mexicano
2. Regina Barba Piréz, Presidenta de la Unión de Grupos Ambientalistas de México
3. Alejandro Calvillo, Coordinador de Campaña "Atmósfera y Energía de Greenpeace México
4. Rodolfo Ogarrío Ramírez España, Director General de la Fundación Mexicana para la Educación Ambiental
5. Ignacio Peón, Comisión de Comunicación del Pacto de Grupos Ecologistas
6. Alfonso González, Coordinador General del Grupo de Estudio Ambientales